

OBRAS COMPLETAS DE

VARGAS VILA



# Cachorro de León



RAMON SOPENA  
EDITOR.

PROVENZA 95. BARCELONA



# Obras completas de J. M. Vargas Vila

---

DERECHOS DE AUTOR



Todo ejemplar que circule  
sin estampilla será conside-  
rado ilegal.

## CACHORRO DE LEÓN

EDICIÓN DEFINITIVA  
DEBIDAMENTE REVISADA Y CORREGIDA  
POR EL AUTOR

# **:: Obras completas de Vargas Vila ::**

## **NOVELAS**

- |                                  |                                 |
|----------------------------------|---------------------------------|
| <b>Aura o las Violetas.</b>      | <b>María Magdalena.</b>         |
| <b>Flor del Fango.</b>           | <b>La Demencia de Job.</b>      |
| <b>Rosa Mística.</b>             | <b>El Minotauro.</b>            |
| <b>Ibis.</b>                     | <b>Los discípulos de</b>        |
| <b>Rosas de la Tarde.</b>        | <b>Emaüs.</b>                   |
| <b>Alba Roja.</b>                | <b>Los Parias.</b>              |
| <b>La Simiente.</b>              | <b>Sobre las Viñas muertas.</b> |
| <b>Delia (Lirio blanco).</b>     | <b>Los Estetas de Teópolis.</b> |
| <b>Eleonora (Lirio Rojo).</b>    | <b>El Final de un Sueño.</b>    |
| <b>Germania (Lirio negro).</b>   | <b>La Ubre de la Loba.</b>      |
| <b>El Camino del Triunfo.</b>    | <b>Salomé.</b>                  |
| <b>La Conquista de Bizancio.</b> | <b>Cachorro de León.</b>        |

## **L I T E R A T U R A**

- |                              |                             |
|------------------------------|-----------------------------|
| <b>Prosas-Laudes.</b>        | <b>Sombras de Aguilas.</b>  |
| <b>Ars-Verba.</b>            | <b>Horario Reflexivo.</b>   |
| <b>De sus Lises y de sus</b> | <b>Archipiélago Sonoro.</b> |
| <b>Rosas.</b>                | <b>Rubén Darío.</b>         |
| <b>Libre Estética.</b>       |                             |

## **FILOSOFÍA**

- El Ritmo de la Vida.**  
**Huerto Agnóstico.**  
**La Voz de las Horas.**  
**Del Rosal Pensante.**  
**De los Viñedos de la**  
**Eternidad.**

## **HISTORIA**

- La República Romana.**  
**Los Césares de la De-**  
**cadencia.**  
**Los Divinos y los Hu-**  
**manos.**  
**La Muerte del Cóndor.**  
**Pretéritas.**



OBRAS COMPLETAS DE J. M. VARGAS VILA

# CACHORRO DE LEÓN

(NOVELA DE ALMAS RUSTICAS)

---

EDICIÓN DEFINITIVA



BARCELONA  
RAMÓN SOPENA, EDITOR  
PROVENZA, 93 A 97

---

Derechos reservados.

---

# PREFACIO

## PARA LA EDICIÓN DEFINITIVA

---

Rememoro ;

hosca, trágica, feral, la casa solariega alza ante mi, sus blancuras de vivienda árabe, y sus amplios corredores, ornados de clemátides y parásitas salvajes ;

enfestonada así, surge en los limbos de mi memoria, con su aspecto claustral y feudal, como una de esas abadías medioevales, en las cuales monjes guerreros amparaban por igual sus crímenes y su piedad ;

la casa de los Rujeles (1) ;

porque el drama esbozado en este libro, no tuvo su origen en una leyenda, sino en un fragmento de historia, vivido por protagonistas reales en una pequeña aldea, enclavada en lo más alto de la cordillera andina ;

esas dos familias vivieron, y se destruyeron entre sí ;

y, a mí me tocó, en los azares bélicos de mi juventud, conocer los miembros dispersos de la una y, ampararme bajo el lecho señorial de la otra ;

no creo ser ingrato a aquella lejana hospitalidad, diciendo hoy, que yo vi vivir los últimos retoños de la raza ya diezmada de aquellos que yo llamo, los Rujeles, y los vi actuar en plena guerra, con los últimos gestos de su trágica actitud ;

huésped de su espléndida morada, yo vi, en noches tempestuosas y aciagas, a sus mujeres, bellas aún, Amazonas apasionadas y vibrantes de emoción, partir en corceles indómitos, que parecían enloquecidos de cólera, para llevar armas y municiones, al campamento cercano en que militaban

---

(1) Desde luego no era éste el nombre verdadero de la familia cuya historia sirve de argumento a mi novela.

*sus hermanos, y regresar en albas pálidas y pluviosas, trayendo casi siempre, en ancas de sus cabalgaduras, algún guerrero, herido o moribundo;*

*yo, las vi, vírgenes ciegas de odios, llorar amargas derrotas;*

*y, oí al padre, septuagenario, hacer reproches a su hijo, por no haber ultimado a un enemigo vencido;*

*fué con el recuerdo de esas escenas vistas vivir, y, evocando la leyenda que circundaba esa raza como un halo de incendio, que luengos años después, yo escribí este libro...*

*¿cuánto tiempo ese argumento de drama vivió en mi cerebro, en estado larvado, antes de novelizarlo?...*

*más de treinta años;*

*un día esos recuerdos se despertaron vivaces e imperiosos y sentí la necesidad imprescindible de fantasear sobre ellos, y de escribirlos;*

*e hice este libro, en Barcelona, en el año de 1917;*

*y, lo di a la Casa Editorial Sopena;*

*que en ese mismo año lo publicó.*

.....

*He ahí la génesis de este libro, y su muy corta historia;*

*las relato, para cumplir la promesa que he hecho de historiar todos los libros míos, al entrar en la Edición Definitiva de mis OBRAS COMPLETAS;*

*y, éste entra hoy a formar parte de ellas;*

*ornado de este Prefacio;*

*y, lo entrego a mis lectores fieles;*

*cual si les diese un fragmento de mi lejana juventud, vivido en plena selva;*

*con todo el corazón.*

VARGAS VILA

1920.



# CACHORRO DE LEÓN

---

En el silencio se dirían dormidas las cosas expectantes ;

las ondas de ese silencio parecían subir ahogándolo todo, como las olas de una mar inabarcable ;

un suave ritmo de paz, que venía de los cielos azules y melancólicos, semejantes al interior de una urna de lapislázuli atravesada por venazones de oro, se extendía sobre el vértigo alucinante de las montañas, que un nimbo de rocas, parecía coronar de una diadema metalescente ;

la sierra alta, escueta, dentellada, daba una sombra hosca a las laderas, que se ex-

tendían en un violento declive hasta el lejano candor de las llanuras, ilimitadas y glaucas, de un verde anormal, desgarrado a trechos por las brutalidades del arado ;

en el último estribo de la montaña, que como una prora de hierro entrábase en el llano, la *Almudena*, la vieja casa señorial de los Rujales, alzaba, su mole agresiva y bravía, de aspecto medioeval ; casi oculta por completo entre los árboles añosos y los follajes gualda y ocre, del centenario jardín que la rodeaba ;

blancos muros la circuían, unos muros conventuales que clemátides floridas ornaban enseñoreadas sobre ellos ;

la gran puerta de hierro historiada y oxidada, le daba un aspecto de mansión feudal, que hacía buscar el escudo armoñado, sobre el arco de calicanto, desnudo de todo adorno ;

el río, descendiendo de la sierra con extrañas violencias tumultuosas, se hacía manso al llegar a esos contornos, y, reflejaba en sus aguas de un azul danubiano y misterioso, la cándida blancura de los muros, la gracia arborescente de los follajes y, el verde de las viejas madre selvas

que se asomaban por sobre él, y cuyas flores de una blancura anémica, semejaban novicias de un convento, que miraran la enervante quietud de los lugares, desde un balcón con balaustral de piedra ;

el antiguo puente de mampostería, que unía la vieja casa y el camino, mostraba su recia estribadura, que las aguas y los años no habían logrado falsear, y, la curvatura intacta de su arco secular, que un limo verdáseo y marescente, cubría como un espeso terciopelo real ;

más allá, la llanura acre y grisácea, con el color metálico de un viejo escudo abandonado a la inclemencia del sol y de las nubes ;

como un cuartel de ese escudo, repujado en colores, *Sierra Negra*, el pueblo legendario y tenazmente bravío, mostraba las dos torres de su iglesia, y el gris ceniciento de sus casas, que el río, hecho ya manso, retrataba como en un terso cristal de encantamiento ;

en la calle principal, y, descollando sobre la humildad de las casas campesinas que la rodeaban, la de los Pedralbes, mostraba su comfortable construcción moderna en cuyas fachadas de un blanco impe-



cable, el largo barandaje verde, fingía festones vegetales de una perpetua fiesta, y el ancho portal abierto tenía un amplio gesto de hospitalidad ;

sus jardines arrojaban hacia el río sus follajes adolescentes, inclinados sobre las olas, como para beber el azul inocente de las aguas, que se burlaban de ellos, huyendo en un gesto mitológico de ninfas perseguidas ;

el silencio del pueblo y el de los campos se dirían hermanos, surgidos del vientre de una misma devastación ;

nada atemperaba la fiereza de los paisajes ; nada que no fuera el verde intenso y húmedo de los jardines y huertos centenarios de la *Almudena*, la casa de los Rujeles, ese nidal de aguiluchos salvajes, cuyas arboledas descollaban en el horizonte violento, como en una visión febriscitante ;

el mágico encanto de la hora rodeaba la casa de uno como foso de deliciosa quietud, en el cual, los menores ruidos tenían un extraño efecto de acústica ;

el vuelo de un pájaro, el deshojarse de una rosa, dejando caer sus pétalos por tierra, el rodar de una hoja seca llevada por



la brisa, todo tenía proporciones de sonido, enormes y desconcertantes ;

todo, hasta el bordonar de las abejas voloteando sobre las corolas entreabiertas de las flores, que tomaba sonoridades de una orquesta aérea hecha para encantar el sueño nostálgico de los jardines ;

el estupor de los lugares parecía disolverse en una vaga placidez serena, al llegar al amplio corredor, donde a la sombra de un espeso cortinaje de enredaderas, Celina Rujales, bordaba, sentada en un amplio sillón de terciopelo carmesí y, rodeada de todos los enseres necesarios a la ocupación que la absorbía ;

vestida en blanco, era como una nota jazmínea en aquel verde denso de follajes y de penumbras que la circuía ;

en la oscilación de los ramajes, su figura aparecía como indecisa y, flotante, cual si por momentos se disolviese y, se esfumase en la suavidad de la tarde que moría más allá de los estores y de los follajes, en las perspectivas lacustres del paisaje, que se diría infinito ;

inclinada sobre la tela que sus manos bordaban, no se veía de ella, sino el perfil del rostro grave, la cabellera tenebrosa,

y, la línea armoniosa del cuello, encorvado en el gesto de un ánade joven que se mira en el cristal de un río ;

la tela que bordaba envolvía la parte inferior de su cuerpo, cayendo de las rodillas hasta los pies en grandes pliegues ondulados donde la luz jugaba en caprichosas irisaciones ;

era una amplia tela de seda violácea con tonalidades lila, que hacía reflejos amatista al caer en pliegues, sobre una pequeña alfombra, que protegía los pies de la joven contra el frío de las baldosas desnudas del corredor ;

ensimismada en su obra, sus manos recorrían la tela, como un teclado, en el cual los hilos versicolores trazaran los signos de una sinfonía prismatizante ;

bellas manos de alabastro que se alzaban y volvían sobre el bordado como un vuelo suave y lento de mariposas de nácar y, en instantes parecía, que en las sombras de la tarde vagamente se perdían ;

sus manos como rosales, de cuyas ramas surgían esas rosas sidéreas, que sembraba sobre el brocado fijándolas allí, con un raro tesón de idealidad ;

sus ojos, hacían sombra sobre la extra-

ña melodía de las sedas, que parecían murmurar músicas ledas, en el corazón de las flores que gradualmente ornamentaban la tela, y, que parecían arrancadas a remotos jardines de ensueños, florecidos de quimeras ;

aquellos caprichos folescentes y, florales que sus manos bordaban, servían todos de marco a un rojo corazón, coronado de espinas, y, atravesado por una lanza ;

una leyenda latina, en iniciales de oro, lo coronaba en hemiciclo ;

el verde esmeralda de las sedas circundantes, hacía resaltar el rojo vivo de la entraña que parecía palpitante ; tal era el color de sangre viva de los hilos con que había sido bordada ;

un vago candor de orlas de plata aislaba ese medallón ocre escarlata, y se perdía en el oro fúlgido de la leyenda inicial ;

el perfil de la joven, inclinada sobre el rosal divino que sus manos bordaban, tenía un peregrino encanto de idealidad, como el de aquellos medallones, que el pincel cándido de Taddeo Gaddi, trazó en la capilla Baroncelli, en *Santa María Novella* de Florencia ;



sobre el plegamiento de sedas que la envolvía, podía escribirse bien el verso franciscano :

*Lilium candens virginitatis*

porque era también *el lirio brillante de virginidad*, perfumando aquellos lugares, donde la luz, penetrando a través de las persianas y de los ramajes, hacía penumbras de un azul verdoso de lirocónita ;

en ese estuario de moribunda luz, tenía el candor de una blanca margarita, en las hojas de un viejo Antifonario...

en la divina calma, la suave melodía de la tarde muriente tenía un fasto litúrgico, bello para hacer nimbo a esa blanca figura inmóvil a la sombra de los ramajes, como una Anunciación, prisionera en los toscos dibujos de un Misal ;

lentamente, suavemente, en el corazón de tantas cosas dolorosas que morían, la virgen alzó la faz blanca y magnificente como un lirio que se irguiese en el turbio cristal de una palude ;

y, brillaron en la sombra, los espejos tenebrosos de sus ojos visionarios ;

bajo el tupido espesor de las pestañas



sus pupilas semejaban lunas vistas al través del ramaje de un pinar ;

ojos negros, muy oscuros, como ríos subterráneos, que corrieran por la entraña calcinada de un volcán ;

su tez, era suave y, pálida ;

su blancura de azucena, hacía más negra y trágica la opulenta cabellera cuyas ondas tenebrosas, tenían con el brillo de la tarde el reflejo intermitente de las de un lago mercurial ;

boca larga, imperativa, era su boca, de unos labios arqueados y delgados, no muy rojos, que velaban unos dientes blancos, recios, con tersuras de marfil ;

miró soñadora y ensimismada las cosas mudas que la rodeaban, los ramajes dolientes y las flores que se inclinaban sobre su cabeza, el follaje desamparado en la tarde, la debilidad creciente de la luz, que parecía sufrir de su extinción gradual, y más allá la soledad melancólica de los jardines, que empezaban a dormirse en la magnífica tristeza de los árboles y de las aguas ;

la línea oblicua del sol, menguaba sobre los parterres florecidos, donde los surtidores de las fuentes cantaban la canción

somnolienta de sus ondas, retratando en las suyas un cielo pálido de tintes anaranjados, que era como una cúpula diáfana sobre la belleza extática de los llanos y, el gesto inmóvil de las montañas vecinas ; un olor de verbenas, llenaba la atmósfera de un perfume suave y casto, como hecho de la emanación de todas las cosas virginales que afuera se envolvían en la gloriosa mansedumbre de la tarde ;

la vieja casa, hosca en la sombra creciente, se llenaba de silencios abrumadores ;

sólo se oía el ruido de las aguas, corriendo en la magnífica tristeza del jardín, y, el de las hojas caídas que el viento arrastraba, con un gran rumor de lamentación ;

el sueño de tantas cosas vencidas, y, el panorama languideciente de la hora, parecían reflejarse, engrandeciéndose, en las pupilas de la joven, donde irradiaban luces vagas, como una fuga de noctilucas que tuviesen las alas incendiadas por un reflejo de sol ;

el alma desolada de los paisajes, parecía haberse fundido en su alma, saturán-

dola del invencible orgullo de su melancolía ;

la virgen, se puso en pie ;

la tela que sostenía sobre sus rodillas, rodó y cayó al suelo, formándole con sus pliegues caprichosos, uno como pedestal de olas dormidas ;

se libertó de ellas, y, se dirigió a la baranda del corredor, como deseosa de respirar el aire libre, que venía de las montañas lejanas ;

miró el paisaje, que el oro de los cielos y, el efluvio de las aguas, envolvía en una niebla opalina que lo idealizaba, haciéndolo aparecer como desprendido de la tierra y flotante, como un miraje en el mar ;

se apoyó de codos en el barandal, avanzando el busto un poco, fuera del insólito marco de verdura que la circuía ;

las luces moribundas del sol, la orfebriaban, nimbándola de aureolas siderales, tal la Virgen de un áureo medallón, que un orífice piadoso hubiese laborado con pasión, en suaves esmaltes de blancura sobre un fondo verde y ocre florecente ;

y, quedó allí, inmóvil en el Silencio, en la transparencia luminosa de los cielos y



de los follajes, que la enmarcaban en una perspectiva de Ensueño ;

ella, era la hija única de don Pedro Rujeles, el más rico propietario de esas comarcas, dueño de todas las tierras adyacentes, aun aquellas en las cuales estaba enclavado el cercano pueblo de *Sierra Negra*, con cuyo Municipio sostenía litigio de posesión y al cual se empeñaba en cobrar una gabela que nunca le fué pagada ;

habían sido los Rujeles, siempre, de siglos atrás, hombres adinerados, y, temidos en aquella región campesina que largo tiempo les rindió homenaje y pleitesía ;

descendientes eran de viejos hidalgos, señores de horca y cuchillo, raza de viejos lobos blasonados, haciendo subir su abolengo hasta los primeros propietarios a quienes el rey diera en feudo y propiedad esas tierras ; .

venidos a menos sus pretensiones y sus prestigios, por el crecer de la ola democrática e igualitaria que abolió fueros, extinguió privilegios y crió derechos, no capitularon con el espíritu de la época, ni por vencidos se dieron, ni se allanaron ante la



merma de sus prerrogativas, que ellos creían sagradas ;

vencidos hoscos e irreductibles, continuaron en creer una expoliación, todo derecho que se creaba y se ejercía, en aquellas tierras largo tiempo indivisas, que ellos, se habían habituado a mirar como suyas, ejerciendo sobre ellas dominio y posesión ;

las mesnadas campesinas les rindieron largo tiempo vasallaje, y, el señorío que sobre ellas ejercieron fué cruel y despótico, y, lo era aún sobre aquellas que quedaban como esclavas en sus tierras de labor ;

creyéndose en realidad víctimas de un despojo, los antiguos Rujeles, habían mirado a todos los propietarios de muchas leguas a la redonda como usurpadores de sus propiedades, amparados por leyes inicuas, dictadas contra ellos ;

los Rujeles, de los últimos tiempos, sin abdicar de esas pretensiones habían tenido que capitular con lo irremediable, resignándose a ser los más ricos propietarios, en esos campos, poblados para ellos, de siervos insumisos ;

conservaron largo tiempo el prestigio

de su dominación, manteniendo y cultivando la ignorancia de sus vasallos ;

el analfabetismo fué el canon primordial de su autoridad ;

inocular y cultivar en ese rebaño humano, el virus de la religiosidad, desarrollando en él la epizootia del fanatismo religioso, fueron la fuerza y el secreto de su poderío ;

las turbas fanáticas de *Sierra Negra*, fueron por largos años, el terror de esas comarcas, y el brazo y la esperanza de todos los partidos retrógrados que llegaron a buscar allí, amparo a sus pretensiones ;

aquellas mesnadas bélicas, a las órdenes de los Rujeles, tuvieron una celebridad nacional, y sus crímenes llenaron de espanto muchas generaciones de hombres, habitantes no ya cerca, sino aun lejos de sus guaridas sombrías ;

anduvieron los tiempos, la ola revolucionaria rompió diques, invadió esas comarcas, y, un vago anhelo de libertad, poseyó a aquellos siervos que ya habían hecho la conquista de la tierra, pese al querer de sus antiguos señores, y, deseaban romper en manos de ellos, su coyunda política ;

pero faltábales un jefe, porque el despotismo vigilante de los Rujeles, no veía descollar una cabeza de rebelde que no la cortase en el acto, como Tarquino ;

fué necesario el huracán de fuego de una de esas guerras cruentas y asoladoras, que con frecuencia azotaban aquel país, para que cayera en él, el caudillo libertador, que había de desafiar el poder secular de los Rujeles, asestándole los primeros golpes ;

en un día de esas revueltas, llegó a *Sierra Negra* desprevenida, Luis de Pedralbes, con sus huestes diezmadas pero audaces, dispuestas a atacar la madriguera de lobos, que llenaba la comarca con el ruido de sus asesinatos y sus depredaciones, uniéronsele muchos de los antiguos siervos de la gleba, aquellos que libertados por la partición equitativa de las tierras y el favor de las leyes agrarias, habían dejado de ser sus esclavos sometidos, y, se unían a las legiones venidas de lejos, para combatir y vencer su feudalismo arcaico y sanguinario.

venido a cazar los aguiluchos de la sierra, los atacaba en su propio nidal ;

éstos se defendieron con una violencia



trágica, habituados como estaban a obtener por el Crimen la Victoria ;

los campos adyacentes, se hicieron campos de muerte, y las mesnadas indígenas abonaron con sus cadáveres el predio de su esclavitud ;

los Rujeles, vieron con furor y con espanto, que su mayoría, reconoció por Jefe a Luis Pedralbes, y se unió a sus tropas, aclamándolas como libertadoras ;

el río, hecho rojo de sangre, apareció desde entonces, como el límite de los dos campos... ;

más allá de él, los Rujeles, y sus dominios ilimitados, sus campos prósperos, hechos un campamento de bárbaros, con sus hordas indígenas fatigando por igual la esclavitud y la crueldad, haciendo del pillaje una doctrina y del asesinato una bandera ;

más acá, el pueblo, donde solo tres o cuatro familias ricas, con pretensiones gamonalescas, se conservaron fieles al despotismo de los Rujeles, por estar habituadas a compartirlo con ellos—y todos los propietarios y labradores de las tierras que se extendían hasta lo más alto de las sierras y lo más profundo del cora-



zón de las montañas, formando el nuevo partido dispuesto a extirpar de raíz el feudalismo caduco, y, exterminar a sus secuaces.

Luis Pedralbes tenía una recia envergadura de soldado, y una verdadera talla de Caudillo ;

nacido de una estirpe aventurera y, guerrera, que desde tiempos remotos de la patria historia, se había mezclado a los tumultos de la plaza pública y, a los combates armados, siempre del lado de la Libertad, para iluminar y conducir al pueblo, que buscaba ardiente y confusamente su destino a través de la selva oscura de todos los vasallajes ; frescos aún sus lauros universitarios, había entrado en esa guerra ansioso de otros laureles, ebrio de un divino entusiasmo que era el vino generoso de las vides de su juventud ;

la fama hosca y cruel de *Sierra Negra*, que el feudalismo sanguinario de los Rujeles, hacía legendariamente terrible, como una Vendée montañosa y misteriosa, en cuyo seno el Crimen adquiriría proporciones desmesuradas, lo atraía, lo fascinaba, como los ojos de una hidra, cuya cabeza debería cortar ;

por eso apenas principiada esa guerra, reunió algunos compañeros de antiguas aulas y de juventud, y, se dirigió hacia la selva voraz, de la cual salían ya humos de incendios recién prendidos, y, se alzaba el vapor de la sangre vertida con crueldad ;

los habitantes de *Sierra Negra*, habían huído casi todos hacia las montañas, no queriendo ser enrolados en las hordas que los Rujeles armaban para defender sus propiedades, y, aterrorizar la comarca ;

muchos de ellos habían sido muertos en su huída, y los otros buscaban en la selva un asilo a su independendencia, cuando Luis Pedralbes, y sus compañeros de expedición, llegaron a los llanos y subieron hasta las montañas de *Sierra Negra*, llenos de ardor guerrero y de la noble idealidad de redimir aquel suelo, de la bárbara tiranía que lo separaba del mundo como una altísima muralla, contra la cual la Civilización, no sabía sino romperse sin triunfar, y todos se unieron al Héroe ayácida, que surgía, como los de Homero, en el candor de una mañana, embrazado el escudo, sin otro lema, que el de

vencer el monstruo, o sucumbir en el intento ;

el choque fué recio y tenaz ;

la sangre hizo oleaje en la llanura, y, los cadáveres hicieron montículos, como los que reverdecían bajo la hierba ;

los Rujales no aceptaron siquiera la probabilidad de la derrota, y fueron sobre sus contrarios, dispuestos a exterminarlos, ya que no eran para ellos sino esclavos rebeldes a los cuales era preciso poner de nuevo bajo el yugo, o ultimarlos rompiéndoles el testuz con los pedazos de aquel, que su soberbia había soñado sacudir ;

su odio todo, se reconcentraba en Luis Pedralbes, el caudillo aventurero que el oleaje de la guerra había arrojado sobre sus dominios para disputárselos ;

esta especie de Espartaco adventicio soliviantando los antiguos esclavos y llevándolos al combate, era para ellos el Monstruo Pitonisario, al cual era preciso arder en lo más alto de las montañas y arrojar al viento las cenizas disgustantes... ;

pero, aquella cabeza puesta a precio, se alzaba cada vez más alto entre sus legiones, y solía asomarse por sobre las trin-



cheras rujelistas, y asaltarlas con sus tropas haciendo estragos en el campo contrario, del cual sacaba casi siempre el cadáver de algún Rujeles, como trofeo ;

aquella raza parecía inacabable ; porque en ella, ni el sexo, ni la edad eran estorbos para morir ; las mujeres y los niños combatían como hombres ; amazonas y centauros adolescentes se disputaban los laureles de los viejos ; y muchos de sus contrarios morían bajo los tiros disparados por unas manos tan blancas y tan suaves que se dirían dos rosas mortales ;

durante esa guerra, que fué llamada *de los dos años*, *Sierra Negra* fué muchas veces, tomada y, perdida, por los dos bandos, y, quedó por último, como una ruina humeante, en poder de las fuerzas de Pedralbes, que ya no la abandonaron ;

los Rujeles, muy diezmados, prolongaron aún la lucha por varios meses, atrincherados en la *Almudena* ; de seis que eran ellos al principiar la guerra, cuatro habían muerto, y, la resistencia la prolongaron los dos sobrevivientes, con sus sobrinos, unos niños bravíos, a los cuales, la orfandad hacía más heroicos ;



sus enemigos, no tenían objeto ninguno, en atacar la *Almudena*, viéndose obligados a asesinar mujeres y niños que se defenderían como fieras, y, los sitiaron por hambre... talándoles los bosques, quemándoles los sembrados, cortándoles las aguas corrientes, y aislando la casa como una mansión infestada de lepra ;

la caída del gobierno central, que hasta entonces los había sostenido, fué el golpe de gracia para los Rujeles y quebrantó su resistencia ;

capitularon, pero no ante las fuerzas de Luis Pedralbes, sino ante las de la Capital de la Provincia, que hicieron venir con el pretexto de que iban a ser asesinados por sus vencedores.

Luis Pedralbes, se estableció en el pueblo, hizo venir su familia, y edificó su gran casa para albergarla ;

desde entonces, los dos bandos quedaron frente a frente, y los dos campos deslindados ;

en *Sierra Negra*, Luis Pedralbes, y los suyos ;

en la *Almudena*, los Rujeles, y sus mesnadas, dispersas en sus campos, tan am-

plios que colindaban con distritos muy lejanos ;

en el exilio que su orgullo les imponía, los Rujeles no fueron ya a *Sierra Negra*, sino en los días de elecciones, para disputar el triunfo a los Pedralbes, con sus hordas, llegadas a las urnas en forma de traíllas, y dispuestas a vencer sus contrarios o a devorarlos ;

los días de estas zambras electorales, eran siempre días de luto en *Sierra Negra*, porque la sangre corría a torrentes y, muchos muertos marcaban las etapas de la victoria o la derrota ;

misericordia de los tiempos era, si sólo sangre de heridos manchaba esas jornadas ;

el oro de los Rujeles compraba a veces la victoria, y su política cartaginesa, oprimía entonces la misérrima aldea, que lloraba tristes lágrimas de sangre, bajo la opresión de sus viejos señores vindicativos, que le hacían pagar bien caros, sus escasos días de libertad ;

pobres eran los Pedralbes, pobres pero valerosos y, tenaces, y solían ser más implacables en la derrota, que en sus días de

victoria, en los cuales eran siempre de una magnanimidad conmovedora ;

esta lucha duró decenas de años, y, en ellas se consumieron generaciones de las dos razas, asesinándose los hombres de ellas sin conmiseración y sin descanso ;

la de los Rujeles, cuyo orgullo aldeano, no le permitía emparentar con razas nuevas, degeneró y se agotó en matrimonios consanguíneos, hasta no tener ya más heredero, que esa bella joven que en el albor de sus veinte años, meditaba ahora, apoyada de codos en el barandaje del corredor entre el festón cromático de las clematídes florecidas, que oscilaban sobre su cabeza como un vuelo de libélulas ;

la de los Pedralbes, segada por la hoz de los Rujeles, en las más bellas espigas de su masculinidad, tenía aún un último vástago másculo, que reunía en sí, todas las energías y las virtudes de su raza : Leoncio Pedralbes ;

este cachorro formidable, que contaba apenas veintidós años, era ya jefe de su partido y embrazaba con fuerza hercúlea el escudo de su raza, habiendo hecho ya muchas veces retroceder ante él, las mesnadas anónimas de sus contrarios ;



esa supervivencia de la raza enemiga floreciendo en tan bello retoño amenazante, entristecía e inquietaba a don Pedro Rujeles, que veía agotarse la suya en esa hija única que para su desventura, parecía no haber heredado las virtudes vindicativas de su estirpe ;

para evitar el desaparecimiento de ésta, y, perpetuar su raza de lobeznos ortodoxos y devastadores, había ya concertado el matrimonio de ella, con Torcuato Mendoza, hijo del más rico y, linajudo abogado de la pequeña ciudad de Miralles, vecina a *Sierra Negra*, hombre de grandes prestigios, cuya influencia política había de serle muy útil, para la reconquista de la suya, muy mermada, merced a la victoria que parecía ya definitiva de los Pedralbes ;

eso de consultar la voluntad de las mujeres para casarlas, no había sido nunca de uso entre los Rujeles, donde los matrimonios, siempre entre vástagos de la misma raza, se pactaban en familia, a veces desde la cuna, y, se realizaban a fecha fija, según el querer de los genitores ;

los tiempos habían cambiado, pero el alma de los Rujeles era la misma, y don



Pedro habría creído abdicar de su autoridad, o ser desposeído de un sagrado derecho, si hubiese consultado la voluntad de su hija para ese matrimonio, y, apenas si el proyecto se le comunicó, para que se preparase a recibir y conocer a su novio que en unión de su padre, vendría a hacer muy pronto una visita a la *Almudena* ;

exquisita y, sensitiva, el alma de Celina Rujales, se rebeló interiormente contra esta imposición, contra esta especie de venta, que su padre hacía de su corazón ;

el anuncio de la próxima visita, le fué indiferente, porque no le interesaba conocer a aquel que le destinaban por amo, y, sentía ya por él, ese odio manso de todo esclavo a su señor ;

su apatía agresiva, que tanto disgustaba a su padre, no se conmovía ante nada de lo que a ese proyecto se refería, llegando hasta no querer mirar los planos, del *Chalet* moderno, que su padre pensaba construir más allá de *Sierra Negra*, para darle como regalo de boda, para que viviese allí con su esposo, cuya salud muy delicada, necesitaba el aire libre y reconfortante de las sierras ;

¿ qué podía importarle la belleza de la

jaula que se le destinaba para encerrar su esclavitud, en las faldas de esas mismas montañas que la habían visto nacer, frente a ese paisaje hermético, que a fuerza de serle familiar, le era casi odioso?

de la prisión de ese anfiteatro de montañas y de colinas, no se había visto libre sino los cuatro años que había permanecido lejos de él, en el Colegio de monjas ursulinas de la Capital ;

y, había sido durante los dos meses de vacaciones anuales, pasados en casa de sus tíos, viejos aristócratas que ocupaban la más alta posición social allí, que había aprendido esa elegancia de maneras, y, ese lujo de trajes y de tocados, que sus primas llevaban hasta el refinamiento, y por el cual, ella se había apasionado locamente ;

su rara y hosca belleza, apenas entrevista en tes y saraos, donde sus tíos la llevaban en compañía de sus hijas, había despertado un largo rumor de admiración y, no habían faltado adoradores a su belleza taciturna y esquiva ;

pero su corazón, prisionero de un lejano sueño, había permanecido indiferente a estas admiraciones, sordo al rumor de

esos homenajes, atento al cántico interior que sonaba en él, con una suave música de flautas y una caricia de alas ;

de las visiones de su infancia, en la cual le había tocado ver las últimas olas del río de sangre, en que se había ahogado su raza, y, el esplendor de los últimos incendios prendidos por las manos de los suyos, no conservaba sino un débil recuerdo sin emociones ;

el odio a los Pedralbes, que había llenado el alma de todos sus antecesores, había llegado a su corazón, muy debilitado, casi inánime, como la última ola de una tormenta, que busca una playa hospitalaria, en qué morir...

su alma cándida, blanca como un lis de Misericordia, no sabía sino rogar por aquellos que habían muerto y aquellos que habían matado ;

los grandes clamores de venganza, que salían de las tumbas mal cerradas, no tenían eco en su corazón ;

su alma parecía ser como una pausa sagrada, una tregua divina, alzada como una cordillera inaccesible entre esos dos océanos, que habían sido las almas de las razas enemigas ;



de los Pedralbes, ella, no conocía sino a Amparo, una niña muy bella y muy suave, blonda como todos los de su raza, y con unos azules ojos de candor, a la cual había encontrado, cuando en el presbiterio de la iglesia parroquial, se preparaba con otras niñas, para hacer su primera comunión, y, a Leoncio su hermano, el párvulo inquieto y, tumultuoso, que aparecía en el horizonte de su vida, como una interrogación de su destino ;

databa eso de años atrás, remotos y, perdidos en la lejanía, cuando ella frecuentaba la Escuela privada que una hermana del Cura de entonces, había fundado, casi exclusivamente para ella, y, a la cual habían sido admitidas luego, niñas de las familias rujelistas de *Sierra Negra*, con exclusión absoluta de las hijas de los Pedralbes y sus afines ;

había sido en esos años de naciente puericia, al salir en las tardes de la Escuela, para regresar a la *Almudena*, acompañada de la vieja criada que iba a buscarla, que había visto al temido adolescente, apenas dos años mayor que ella, salirle al encuentro y seguirla con la mirada de sus ojos leoninos, hechos al mirar-

la, cariñosos y tiernos, como dos ojos de paloma ;

fuerte, musculado, robusto, Leoncio Pedralbes, era bello, con una belleza animal y felina, hecha sin embargo, por momentos, espiritualmente soñadora ;

era el más bello espécimen de su raza, y, el que mejor había heredado el alma heroica y bravía, y, al mismo tiempo, misericordiosa de los suyos ;

a esa edad, era ya jefe de los adolescentes de su bando, y, su padre podía penosamente contener los arrebatos de ese leoncillo apenas nacido y, ya deseoso de aterrar y conquistar la selva ;

camaradas epígonos suyos, lo seguían en sus juegos atrevidos que eran siempre simulacros de batallas, y, lo miraban ya, como un jefe futuro, que había de conducirlos más tarde, a verdaderos combates ;

el pueblo empezaba a amarlo y a temerle como una fuerza obscura y naciente, hecha para despertar grandes presentimientos y bellas esperanzas ;

el amor por Celina Rujeles, despuntaba en aquella alma adolescente, con los caracteres de violencia y de ternura, con que nacían en su alma todas las pasiones ;

el odio de su raza, se hacía inerme y desarmado, al llegar a aquella rosa cándida del jardín de sus contrarios.

—Si fuera un hombre, lo mataría; pero, es una niña, y es tan bella... ¿qué puedo hacer sino amarla?

así lo decía;

y, así lo hacía;

la amaba con pasión;

la esperaba a la salida de la Escuela, y la seguía largos trechos con miradas suplicantes, y, más suplicantes frases de amor;

como ella no respondía, y sólo tenía para él, miradas enigmáticas, tan enigmáticas como su silencio, él resolvió escribirle, y, le escribió largas y apasionadas cartas de amor;

ella, cometió la debilidad de recibir las cartas, pero no las contestó nunca;

las ocultó entre sus ropas, sobre su seno, feliz de sentirlas allí como si una tibia onda de ventura, subiese a su corazón, murmurándole un cántico;

su silencio, era como una flor de esperanza, que se abría ante los ojos del mancebo, que miraban atónitos hacia ella co-



mo hacia un cielo lleno del claror de las más bellas promesas ;

los domingos, con el asombro y la extrañeza de todos, el cachorro de los Pedralbes, como llamaban los Rujeles al heredero de sus enemigos, iba al templo, donde sus genitores no concurrían jamás, y, eso, únicamente para ver de cerca el rostro bello y enigmático de Celina Rujeles, y, sentir próxima, la mirada de sus ojos, oscuros y magnéticos como gemas imantadas que fulgiesen en la sombra ;

la esperaba a la salida del templo, por el solo placer de verla pasar cerca de él, blanca y silenciosa, como un cisne en la noche, y, la seguía a distancia hasta las afueras del pueblo, y, se detenía al fin, hasta verla perderse y desaparecer, en la sombra de las arboledas remotas ;

perdiéndola de vista, le parecía que había perdido su propia alma, y regresaba al pueblo, triste, taciturno, húmedos los ojos, cual si hubiese recogido en ellos, la humedad de las campiñas onduladas y, verdes, donde había visto perderse el fantasma de su Amor ;

don Pedro Rujeles, tuvo conocimiento por amigos suyos del pueblo, y, por con-

fidencias de la criada que acompañaba a Celina a la Escuela, de la pasión del mozo y de los esfuerzos que hacía para ser escuchado por su hija; y, montó en una cólera sorda y, trágica contra lo que creía un ultraje de aquel rapaz, plebeyo según él, que osaba alzar sus ojos, hasta la inmaculada belleza de la última flor nacida en el jardín señorial de los Rujeles, y, resolvió vengarse castigando rudamente, la afrenta que se hacía a su nombre y, a su raza;

y, así lo hizo...

una tarde, el sol, como fatigado de vehemencias inútiles, se ocultaba ya, tras de las sierras lejanas, en la pacificación silenciosa de los valles, hechos extáticos en un vértigo de calma;

a la salida de *Sierra Negra*, en el recodo de un camino, que la sombra de los sauces hacía negro, con negruras tumbales, ocultos tras de las piedras de un cercado, cuatro hombres espiaban el paso de alguien, y, otro a caballo, a cierta distancia estaba pronto, como para darles la señal;

era éste, don Pedro Rujeles, y, aquéllos, cuatro arrendatarios suyos, que ha-

bía apostado allí para esperar el paso de Leoncio Pedralbes, que sin duda vendría siguiendo a su hija, y, los cuales tenían orden de saltar sobre él, sujetarlo, desnudarlo, azotarlo en las carnes desnudas, hasta hacerle sangre ;

era el ultraje que le reservaba ;

no tardaron en aparecer sobre el montículo cercano y descender por la vereda que conducía al vallado, Celina Rujeles, con la criada que la acompañaba, y detrás de ellas, Leoncio Pedralbes, que a cierta distancia le decía cosas amables, que la joven fingía no escuchar, sonriendo sin embargo, como si la música de esas frases, hiciese más bella a sus ojos, la hora idílica, que temblaba ya insegura, pronta a envolverse en el peplum flotante de la noche ;

apenas pasadas las mujeres, y, llegado el joven frente al cercado, los cuatro hombres, saltaron sobre él, lo inmovilizaron, sujetándolo por los brazos y, por las piernas.

Celina, se detuvo, y, quiso volver sobre los agresores—que no eran de una raza pronta al miedo—, pero, la vista de su padre entre ellos, la retuvo de intervenir, y,



siguió su camino, silenciosa y angustiada.

Leoncio Pedralbes, se defendía como una fiera, con los pies, con las manos y, con los dientes, pero, habría sido a la larga vencido y humillado, si amigos suyos, que lo seguían siempre, a distancia, temerosos de una brutalidad de los Rujeles, no hubiesen venido en su auxilio ;

verlos aparecer, y oír los primeros disparos de revólver que hicieron, bastó para que los campesinos desarmados, soltasen su presa, y huyesen despavoridos ;

don Pedro, furioso, quiso detenerlos, pero tuvo que huir él, también, ante el ataque de los mozos, y, el revólver de Leoncio Pedralbes, que apuntando sobre él, logró herirlo en un pie ;

los tiros se escucharon en el pueblo, y bien pronto el camino se llenó de gente armada, que persiguió a don Pedro Rujeles hasta su propia casa intentando asaltarla ;

la *Almudena* fué sitiada como en los viejos tiempos ; y, habría sido tomada por asalto, si Leoncio Pedralbes, desarmando con sus ruegos, la justa cólera de su padre y de sus amigos, no lo hubiera impedido ;

don Pedro Rujeles, estuvo dos meses en cama, y, apenas curado de su herida, que lo dejó para siempre, ligeramente cojo, se ocupó de mandar su hija a la Capital, para ser encerrada, en un colegio de ursulinas, temeroso de que los Pedralbes asaltarán un día su casa, para sacar de ella a Celina, como lo tenían prometido y, casarla con Leoncio Pedralbes, sobre el cadáver del último Rujeles, y las ruinas de la *Almudena*, hecha un monte de cenizas.

Celina, partió, hosca y silenciosa, llena ya de una secreta y, creciente hostilidad contra aquellos que contrariaban el gran amor de su corazón ;

ese destierro había durado cuatro años hasta ahora que la habían hecho regresar, para casarla con Torcuato Mendoza, y, revivir a la sombra de ese matrimonio la hoguera de los rencores seculares, ya casi extinta por falta de combustible inmediato ;

su idilio roto, el idilio de su amor imposible, vivía aún en su corazón, ansioso de vivir, ansioso de triunfar... y, sin embargo, miserablemente prisionero del Pasado, que lo tenía cautivo en su noche, dis-

puesto a estrangularlo en los brazos del Silencio...

durante su permanencia en el colegio, cartas de Leoncio le habían llegado a pesar de la vigilancia de las monjas ;

el mismo vértigo de amor, loco y violento, encadenado por el respeto, pasaba en esas páginas, donde siempre como un inacabable ritornello, cantaban las mágicas palabras : Yo TE AMO ;

ella, no había contestado nunca ;

al saber la suerte que le esperaba, miserablemente vendida como una esclava, a la influencia política de los Mendoza, que su padre mendigaba, para enfrentarse a los Pedralbes y, acabar con ellos, había sentido el deseo de hacerse hermana ursulina, para ahogar su amor humano en el amor divino, y, no volver nunca a esa casa odiada, donde su cuerpo era como una mercancía, vendida al mejor postor en el mercado del Odio ; pero su padre, se había opuesto, y, ella había regresado, brutalmente vencida, en su sueño generoso de Olvido y de Perdón ;

ella, había soñado ser la paloma del Arca, que trajera el ramo de olivo, en el pico misericordioso ;



que su amor fuera el Arco iris, extendido, sobre ese mar de sangre en el cual habían perecido generaciones y generaciones de hombres, ahogados en ese oleaje del odio, tumultuoso y brutal ;

que en su vientre como en un crisol pacificador, se fundieran las dos razas enemigas, naciendo de esa fusión, el arquetipo perfecto, de esas razas de héroes ;

y, todo ese sueño generoso se hundía en una realidad brutal, sin otras perspectivas que la sangre y la muerte ;

la vendían para perpetuar el Odio, y, hacer fructificar en su vientre la Venganza ;

miseria de las miserias de su vida...

la sangre, siempre la sangre... era el sino y, la Fatalidad de su Vida...

temblaba ante la idea de que ella, mancharía su manto nupcial, y, que sus nupcias, serían la señal de un combate terrible, porque Leoncio Pedralbes, le decía en sus últimas cartas : «Yo asaltaré la *Almudena*, te raptaré ; y, te depositaré en el regazo de mi madre, hasta que puedas ser mi esposa» ;

y, ella temblaba ante esa amenaza ;...  
¿ de miedo ? ¿ de esperanza ?

a la muerte de su padre, acaecida hacía dos años, Leoncio Pedralbes, había sido proclamado jefe de su partido, y su valor legendario, lo había hecho el ídolo de aquellas turbas bélicas que buscaban a tientas en el tumulto, el camino de la libertad ;

tocado de la locura del valor, en un grado en que toda temeridad le parecía cobarde ; generoso, hasta más allá de los límites de la misericordia, emulando por sus heroísmos las hazañas de todos sus antecesores, dominando a sus amigos por sus audacias sin velos y, desarmando a sus enemigos por una nobleza sin ejemplos, se había hecho el Héroe de las multitudes, no sólo de *Sierra Negra*, sino de aquellas que había en los pueblos circunvecinos, más allá de su anfiteatro de montañas, y, su nombre de Caudillo, había llegado hasta la Capital, circuido de un extraño prestigio de Héroe juvenil, digno de figurar, en el elenco homérica ;

algo de romántico había en él, como en todos los héroes auténticos, y, ese algo, era su invencible amor por Celina Rujeles, cuya ausencia, más había exasperado que vencido su pasión ;

al Colegio le había hecho llegar sus cartas apasionadas y tenaces, y, apenas llegada de él, sus saluciones no le habían faltado ;

después de ese regreso, sólo dos veces se habían visto al salir de la iglesia, al pie de cuyo atrio la esperaba él, con la sola esperanza de verla pasar, lejana como una aurora, muda e inasible como el fulgor de una estrella ;

la niña hecha mujer, despertó en sus carnes anhelos desconocidos, que coronaron su Amor, de un largo halo de voluptuosidad ;

y, ella halló muy bello el adolescente hecho ya hombre, con una belleza bélica y trágica, en cuyos ojos azules parecía reflejarse un cielo siempre en tempestad, y, cuya cabeza de melenas blondas y en-sortijadas parecía hecha para agotar los laureles del campo en una sucesión infinita de coronas triunfales ;

y, se le aparecía más bello así, con ese aire de león sumiso, cuando ella surgía como una gran pacificadora en su camino ;

sus miradas se habían encontrado y se habían mezclado, como dos olas de mares



muy distintos, unidas para morir estrelladas contra la entraña sin piedad de una misma roca : el Odio de sus razas ;

para la audacia infinita de Leoncio Pedralbes, como para la de todos aquellos, destinados por su valor a ser los domadores de la Vida, la palabra *Imposible*, no existía ;

por eso, a pesar de la vigilancia inquisidora que rodeaba a Celina, sus cartas amorosas no dejaban de llegarle ;

ella, no las contestaba nunca, y, las quemaba después de leerlas, temerosa de que alguien de su casa pudiese hallarlas ;

pero continuaba en acudir todos los días, a la cita tácita que se habían dado para verse aunque a distancia, en el sortilegio de la tarde, y, a la hora fija aparecía entre el marco de follajes que la nimbaba, apoyada de codos en el barandaje del corredor desde el cual, el camino cercano se veía, semejante a un hilo de oro, serpenteando en el oricalco de la llanura a la cual, el moaré de las montañas lejanas, hacía un pálido halo de violeta ;

y, Leoncio Pedralbes, aparecía surgiendo del saucedal violáceo, en el más próximo recodo del camino, y, avanzaba ji-

nete en su corcel, deteniéndose un momento al llegar frente a ella, para esbozar un gesto de saludo, al cual ella respondía con una larga inclinación de cabeza, y, lo seguía con la vista, hasta verlo perderse en el candor de la tarde, en la línea azul del horizonte, en el cual, el sol sin rayos, semejaba un pálido cadáver ;

y, esa tarde, como en las tardes anteriores, Celina, inmóvil en la única zona de luz, que quedaba aún en el palor mordorado de la hora y, en la cual su belleza brillaba como una estrella prisionera del ramaje, veía avanzar el audaz jinete por la línea amarilla del camino, sobre el cual el sol poniente proyectaba su sombra ecuestre alargándola desmesuradamente ;

y, lo vió esbozar su gesto de saludo, al cual contestó inclinando su cabeza suave, como una rosa caída en los lánguidos follajes ;

el jinete se perdió a lo lejos, en la limpidez cerúlea de la línea horizontal, hecha luminosa por el fulgor de un plenilunio ;

inmóvil en la fosforescencia de la hora, en la cual la canción de las aguas y de las brisas, decía frases lentas y dulces de una extraña vibración, la joven absorta en su

propio ensueño y en la melancolía de la tristeza ambiente, que la rodeaba con el vago encanto de un tenue dolor sentimental, no sintió a su madre, que llegaba, y que poniéndole la mano en el hombro, con la suavidad de una paloma que se posa en el alero, le dijo :

—Celina...

ella, volvió a mirar, y sonrió a su madre, con una sonrisa tan triste, que tenía más bien, el esplendor de una lágrima, que le hubiese rodado hasta los labios ;

doña Encarnación Rujeles de Rujeles, era una mujer aún bella, aunque de una belleza descuidada y simplista, sin ninguna forma de afeites ni de adornos ;

alta y delgada como su hija, había tenido como ella los cabellos negros, que ya eran prematuramente blancos, a fuerza de sufrir, y, los ojos bellos y negros, ya muy fatigados a fuerza de llorar ;

su alta y esbelta estatura se había encorvado como bajo el peso invisible de sus dolores, y un aire de resignación y de vencimiento irremediable, hacía de ella, una figura opaca y borrosa, como aquellas que se esfuman lentamente, en el fondo de los



viejos daguerrotipos bajo la acción deletérea del tiempo inexorable...

vestía de telas muy oscuras, y, siempre con el cingulo de alguna hermandad a la cintura, lo cual le daba el aspecto de una religiosa, que enmarcaba muy bien en aquella casa que tenía el aire de un convento, en el cual, no se oían otros ruidos que la voz del Amo, que daba órdenes, y, las de las mujeres que rezaban ;

doña Encarnación contaba apenas cuarenta años, aunque la falta de salud y la sobra de dolor la hubiesen envejecido hasta hacerla aparecer como sexagenaria ;

de la cepa de los Rujeles de la ciudad vecina, más civilizados y menos crueles, que los terribles lobos de la *Almudena*, había sido casada muy joven, casi niña con don Pedro Rujeles, su primo, y traída a esa casa trágica, entonces en plena revuelta partidarista de Rujeles contra Pedralbes y, no había sabido desde entonces, sino llorar, sufrir y temblar ante el despotismo de su marido y las escenas de sangre y de muerte que la circuían en su propia casa ;

tres hijos había perdido en partos pre-

maturos, ocasionados por la violencia y el horror de los acontecimientos que presenciaba ;

había visto caer los Rujeles, uno a uno hasta quedar extinguida la línea de varones, que no tenía ya otro representante que su esposo, envejecido y achacoso, que no pudiendo ya ejercer el despotismo fuera de su casa, lo ejercía dentro de ella con caracteres de una tiranía ilimitada y brutal ;

uno a uno, o en grupos habían ido cayendo los hombres de esa raza, ultimados, unos en las elecciones tumultuosas y sangrientas de *Sierra Negra*, otros en los combates sostenidos en la *Almudena* o sus alrededores, otros en los caminos adyacentes, en emboscadas hechas por sus enemigos, pero todos bajo el plomo de los Pedralbes, o de sus partidarios ;

la Muerte se había enrollado como una serpiente a la garganta de aquella raza y, la había estrangulado ;

de las mujeres que habían pasado como furias, por la selva fosca de aquella tragedia, no quedaba sino Matilde Rujeles, la *leona virgen*, como la habían llamado años atrás, los periodistas de la Ca-

pital, dando cuenta de las batallas sangrientas lidiadas entre los Rujeles y los Pedralbes, en las calles de *Sierra Negra* y, del sitio de la *Almudena*, a la cual el gobierno de entonces había tenido que enviar fuerzas para protegerla contra los asaltantes, que después de incendiarla amenazaban con destruir a todos sus habitantes ;

en aquellos combates y en ese sitio, Matilde Rujeles, entonces muy joven, había adquirido las verdaderas proporciones de una heroína impávida y cruel ;

amazona ameritada, se le había visto a caballo, sola, o al lado de su padre y sus hermanos atravesar por los caminos o por las calles de la población en el momento álgido de los combates, sin otro escudo contra la muerte que su belleza adolescente, alentando los combatientes, dirigiendo los asaltos, disparando contra sus enemigos, o asesinando fríamente los vencidos, porque aquella virgen, parecía haber nacido sin entrañas, tan insensible al Miedo como a la Misericordia ;

cuando los Rujeles, fueron definitivamente vencidos en el pueblo y se retiraron a la *Almudena*, donde fueron sitiados por



sus contrarios, Matilde Rujeles, fué la que hizo y repartió municiones a los sitiados y, les ayudó a sostener el fuego, tras de los muros del jardín y desde los balcones de la casa, convertida en fortaleza; los sitiadores la vieron varias veces, salir sobre los terrados superiores para cambiar la bandera blanca y azul de los Rujeles, ya despedazada por las balas, por otra intacta, recién bordada por sus manos; y, la aplaudían, en vez de disparar sobre ella, porque esta especie de Walkyria, vengativa y, feroz, era entonces muy bella, con sus formas exuberantes y provocativas, el blanco y rosado de sus mejillas, avivado por la pasión del combate, sus ojos grises, de un gris ilúcido de acero sin pulir, avivados por la exaltación; y, su cabellera castaña, indómita, anudada en lo alto de la cabeza, como una cimera triunfal;

en las excursiones que los sitiados hacían fuera de la *Almudena*, para sorprender y diezmar los sitiadores, y en las cuales avanzaban a veces hasta muy lejos de la casa, Matilde Rujeles, marchaba siempre a la cabeza del grupo más audaz, alentándolo con su ejemplo, y era la última en

regresar, impávida bajo el fuego de los contrarios, que encerraban de nuevo los lobos en su madriguera ;

en esos combates nocturnos, como en todos los otros, no se le vió nunca socorrer los heridos ;

los ultimaba con un gesto cruel ;

no se contaba que hubiese hecho nunca un prisionero, y si regresaba con algún atado a la cola de su caballo, no era un prisionero, sino un cadáver ; casi siempre el cadáver de algún Pedralbes ;

cuando la *Almudena*, fué libertada por las fuerzas gubernamentales, y, la guerra cesó, cesaron los combates, pero no cesaron los asesinatos ;

los Rujeles y los Pedralbes, continuaron en exterminarse unos a otros, sin tregua y sin piedad ;

la doncellez agresiva de Matilde Rujeles, no hacía sino nutrirse diariamente de nuevos odios, porque uno a uno fueron reclinándose sobre su seno para morir, su padre y sus hermanos, ultimados en los años subsecuentes, por el plomo de sus contrarios, en ese mudo campo de asesinatos, que era el camino que separaba a *Sierra Negra* de la *Almudena* ;

el último y más grande duelo de su corazón, había sido la muerte de su primo Carlos Rujeles, a quien estaba prometida en matrimonio, mozo garrido, educado, y valeroso, muerto en el pueblo por uno de los Pedralbes, a causa de unas palabras tenidas sobre ella, sobre la *leona virgen*, a quien éste había negado la legitimidad del epíteto virginal, llamándola simplemente : la pantera de la *Almudena* ;

ese duelo había entenebrecido para siempre su corazón, cerrándolo a todo amor, y, la había hecho más hosca, más solitaria, más irreductible que nunca...

cuando los asesinatos entre Rujeles y Pedralbes terminaron, por la extinción de varones en los primeros, de los cuales ya no quedaba sino don Pedro, baldado y achacoso, y, el triunfo de los Pedralbes fué definitivo y completo, Matilde Rujeles, guardando el duelo de su raza, se cerró en la *Almudena*, como en un convento, envuelta en las negras tocas de su viudez virginal, y, se dió por completo a los rezos y a las prácticas piadosas, en la suntuosa capilla de su casa, para la cual pidió y obtuvo toda clase de licencias y de indulgencias ;



un fanatismo exagerado como todas sus pasiones, la poseyó, ya no salió de la Capilla de la *Almudena*, sino para ir a *Sierra Negra*, una vez, en la Semana Santa, a adorar al Señor de la Columna, de la cual era devota y, cuyo culto costeaba en una capilla especial, razón por la cual, el pueblo llamaba a esa imagen : el *Cristo de la leona* ;

y cuando ella pasaba, en ese día fijo, por las calles del pueblo, toda vestida en negro, en su viejo coche familiar, tirado por dos mulas tordas, con campanillas, las madres la mostraban a los chiquillos, diciéndoles como para amedrentarlos : «ahí va la leona» ; «ahí va la leona» ;

y, los abrazaban contra su seno como contagiadas de un miedo real, cual si fuese de veras, una hembra del felino formidable que atravesase el poblado, y, temiesen que se escapase de su jaula, para devorarlo ;

los años no amortiguaban este odio y, este horror ;

la leona tenía conciencia de ellos, y, viéndolos en todas las miradas y, en todos los rostros, sentía crecer su rencor, pensando que ya no había un hombre de

su raza, que la vengara de esos ultrajes ;  
el último retoño de su estirpe, era una hembra, Celina Rujeles, esa divina criatura que ella miraba con un mal disimulado rencor ;

era verdad que la raza de los Pedralbes, había sido también rudamente diezmada, y, de ella no vivía otro varón que Leoncio, el terrible cachorro de la raza, que el plomo de los viejos Rujeles no había alcanzado por estar entonces en la cuna, y, en el cual, ella, reconcentraba todos los odios de su raza ;

verlo, oírlo nombrar, bastaban para exasperarla y, hacerla montar en una cólera de fiera ;

matarlo habría sido el encanto de su vida ;

verlo morir, habría sido su ventura' suprema ;

su vida sin amores, no tenía más pasión que ese odio ;

así, cuando años atrás, supo las pretensiones del muchacho, que había osado alzar sus ojos hasta Celina Rujeles para amarla, tembló de rabia y, prorrumpió en grandes clamores de venganza ;

fué ella quien organizó la celada en que

debía caer Leoncio Pedralbes, al salir de *Sierra Negra*, siguiendo a Celina ;

pero el objeto de esa celada, no era azotarlo solo, como quería don Pedro Rujes para humillarlo, sino traerlo atado a la *Almudena*, para hacerle sufrir el tormento de Abelardo, mutilándolo ella con sus propias manos, y, que muriera después, de su mutilación o de la vergüenza de ella ;

fracasado el plan, y, herido don Pedro, por los tiros de Leoncio Pedralbes, fué ella, quien resolvió e impuso, el envío de Celina al Colegio, temerosa de la revancha de sus contrarios, que podían raptarla ;

y, era ella quien había concertado el matrimonio de Celina, con Torcuato Mendoza, la influencia política de cuyo padre, debía reconquistar a *Sierra Negra* para los Rujes, y de cuyo matrimonio había de nacer el vengador de todos sus muertos ;

y, en la realización de ese plan, ponía ella ahora, todos sus cinco sentidos ;

la fascinación del triunfo futuro la deslumbraba y la cegaba, como en los días ya remotos de sus batallas campales ;



y, le parecía ver ya el bello vástago de esa unión, llegado a la edad viril, realizar los más grandes heroísmos, exterminando los Pedralbes de sobre la faz de la tierra ;

y, ella podría morir feliz, viendo ya vengados los suyos, y, no sería ya la leona vencida que las madres de *Sierra Negra*, mostraban a sus hijos, en los días de la Semana Santa, como una fiera enjaulada, que atravesara las calles ; vencida porque su seno no había concebido y sus pechos no habían lacteado, el cachorro formidable que debía vengarla a ella, y vengar todos los varones extintos de su raza, esas generaciones de lobos muertos que parecían aún aullar bajo la tierra ;

y, era para el engendramiento de ese vengador en otro vientre, que ahora ponía tanto empeño y, tesón tanto, en la pronta realización del matrimonio de Celina Rujeles, con Torcuato Mendoza ;

omnipotente en esa casa, donde todos no sabían sino temblar ante ella, no se le había ocurrido siquiera, consultar la voluntad, de aquella a quien iban a sacrificar y, de cuya inmolación esperaban ver surgir la resurrección y la victoria de su raza ;

su actividad ruidosa y despótica se multiplicaba entonces, en hacer los preparativos necesarios para recibir a los Mendozas, cuya visita estaba ya anunciada, y, en preparar la Capilla, dotándola de nuevos paños y ornamentos, para la ceremonia del matrimonio, que debía celebrarse en ella, y, no en la iglesia del pueblo, por temor a cualquiera manifestación hostil de los contrarios, y, a cualquier golpe de audacia de Leoncio Pedralbes, que era el fantasma turbador de todos sus sueños de dominio;

para eso, empleaba todo el día en bordar albas y roquetes, y, hacía que Celina, muy hábil en bordados en seda, bordase la casulla que el cura había de llevar, en el acto de bendecir el matrimonio, esa casulla, cuya tela yacía olvidada por tierra, haciendo un dibujo de olas opacas, en el estupor de la hora, sobre las losas desnudas, en las cuales las flores nocturnas, caídas de la enredadera, ensayaban rondas mudas, en torno a las flores de oro de la casulla inconclusa;

viendo ésta por tierra, doña Encarnación, dijo, sobresaltada por un inoculto temor:

—Vamos, hija, vamos, a recoger, esto, porque si viene tu tía, y, ve por el suelo esa tela, nos hace una escena de esas que ella sabe hacer ;

y, diciendo así, miraba azorada a todas partes, temblando, como si viese ya aparecer ante ellas, la figura indignada de Matilde Rujeles, pidiéndoles cuenta de la tela abandonada :

—Vamos, vamos—dijo la joven, asaltada súbitamente del mismo temor, saliendo lentamente de su ensimismamiento, como si le costase una gran pena separarse de allí, y quitar los ojos, del paisaje violento, y, la línea de oro del camino donde acababa de borrarse la silueta de Leoncio Pedralbes, y, sobre los cuales la mansedumbre de unos cielos muy serenos, vertía ya blondeses de estrellas ;

su madre la besó en la frente, y, ella, sin saber exactamente por qué, sintió tan grandes ganas de llorar, que se abrazó a su madre, y lloró sobre su seno, largamente ;...

doña Encarnación, enternecida, lloró también, sin preguntarse siquiera, por qué lloraba su hija, ni por qué lloraba ella ;



y, permanecieron unos minutos, así, asaltadas del ímpetu mudo de llorar y, de abrazarse, como si un mismo pensamiento obscuro las dominase, cual si un mismo acerbo dolor las poseyese, y, se hallasen solas y desamparadas a la orilla de un mismo precipicio fatal ;

un ruido de pasos lejanos, las hizo prestar atención y separarse ;

se apresuraron a recoger la tela y los útiles de bordado que había en el suelo, y lo habían apenas hecho, cuando la figura alta y gruesa de Matilde Rujeles, apareció en una extremidad del corredor ;

avanzaba erguida, imponente, como apartándolo todo con su mole inmensa, como empeñada en hacer retroceder todo ante ella, hasta las lontananzas de la noche que avanzaba ;

no alcanzando a ver a nadie, porque ya la sombra ocultaba o hacía indecisos los objetos, llamó a grandes voces a su sobrina ;

ésta, y su madre, fueron hacia ella, sin responderle ;

cuando las vió cercanas, Matilde dijo con su voz imperativa y sin ternuras :

—¿ A dónde diablos os habéis metido ? ;

más de una hora hace que os busco por todas partes :

y, como nada le respondían, añadió dirigiéndose a Celina :

—Y, ¿la casulla? ¿has acabado de bordarla?

—No—dijo ésta ; con una voz fría, en la cual se notaba el esfuerzo para no ser agresiva—. Pero, creo que estará mañana.

—A ver—dijo Matilde, tomando en sus manos la tela, para examinar el bordado a la luz de las estrellas surgentes—. Está bien—dijo después de un minucioso examen, añadiendo— : No hay como las monjas para enseñar esto ; ¡ qué manos ! hacen primores.

—Bien hubiera yo querido quedar entre ellas, y, ser una de ellas—dijo Celina, con una voz turbada, en la cual el Orgullo ahogaba el llanto.

—No te llama Dios, para esas cosas, como no me ha llamado a mí ; se puede servir a Dios en el mundo mejor que fuera de él ; tú estás destinada a servirle de mucho y, a darle grandes servidores ; y, a propósito de eso ; los Mendozas vienen

el domingo, y, hay que arreglarlo todo— dijo Matilde, entrando en detalles sobre la vajilla, la argentería, la cristalería, que había que preparar, y, haciendo indicaciones que eran órdenes, con una voz breve, como la de un general, que dicta un plan de batalla.

Celina, la oía sin responder nada y aprovechando la ocasión de que ésta y su madre entraron en detalles sobre la comida por preparar, se retiró furtivamente, con la garganta repleta de sollozos contenidos, y, los ojos húmedos de lágrimas prontas a brotar, y, se encerró en su aposento, sin encender luz, como si amase más estar así, sola en las tinieblas, entregada a las torturas de su propio dolor, abrazada a la belleza de su inefable ensueño ;

la próxima llegada de Torcuato Mendoza, no hacía sino avivar su insensata pasión por Leoncio Pedralbes, y, la aproximación de ese matrimonio era como la ráfaga de aire violento que la empujaba más hacia la hoguera en que ansiaba quemar sus alas de mariposa locamente enamorada de la luz ;



y, extendida en una otomana, el cuerpo inerte, los ojos entrecerrados, gozaba en dejar vagar su alma por las praderas del Ensueño, lejos de las realidades fatigantes y abrumadoras de la Vida.



Fué un día de fiesta en la *Almudena*, aquel en que vinieron a ella los Mendozas, para pedir oficialmente, la mano de Celina Rujeles, que ya estaba concedida de antemano ;

la vieja casa, muchas veces remozada para ocultar su vetustez, había sido pintada de nuevo, encalados los muros, podados los jardines, y ataviada adentro, como en días ya muy lejanos, perdidos en el Olvido y, en la Eternidad ;

la raza torva y cruel de los Rujeles, era bien conocida, por su historia siniestra, su clericalismo adocenado y violento, sus pretensiones de nobleza, y, su larga su-

cesión de crímenes sangrientos, pero, se sabía a los miembros de ella, espléndidos, hospitalarios, con fausto de grandes señores, cuando de albergar a gentes de su misma alcurnia se trataba ;

eso lo sabían los Mendozas, y, por eso no se sorprendieron, y, no rieron tampoco cuando fueron recibidos a la puerta de la *Almudena*, por criados endomingados abiertos en dos filas, pobres campesinos vestidos de lacayos, y mal adiestrados para aquel ceremonial ;

en lo alto de la escalinata de piedras desvencijadas y, mohosas, esperábalos don Pedro Rujeles vestido con el traje de gala que sólo usaba los Jueves Santos, para llevar el estandarte en la procesión, ceremonioso y vistoso, con su levita arcaica, sus pantalones negros y sus botas de charol ;

introdújolos al salón, donde las tres damas de la familia, los esperaban en unión del Cura, en una misma y obscura promiscuidad de faldas ;

el viejo salón secular cuyos amplios ventanales daban sobre la parte posterior del jardín, que rodeaba la casa, era imponente, con sus grandes muebles cadu-



cos, sus espejos opacos, y los retratos de todos los Rujeles, sujetos al muro, como una jauría atraída, pronta a lanzarse sobre los visitantes para agredirlos ;

pálida y alta, como su hija, vestida en seda negra de brocados folescentes, adornada de viejos encajes costosísimos, y ataviada de valiosas joyas, muy antiguas, doña Encarnación, tenía una bella actitud de distinción nativa, que hacía muy buen efecto al recibir a sus huéspedes, con una delicada y suave sonrisa, extendiéndoles su mano coruscante de sortijas ;

alta, fuerte, voluminosa, casi monumental entre los pliegues de su traje negro anacrónico y lujoso, exhumado del viejo guardarropas de sus días florecientes, Matilde Rujeles, aparecía grave e imponente, bella aún, de una belleza ruda y agresiva, pletórica de carnes que principiaban a hacerse fofas con la edad ; la sangre sana y fuerte, le empurpuraba el rostro con un bermellón subido que era como el aluvión ardiente de su indómita virginidad ; en su garganta taurina, el exceso de grasas hacía pliegues ultrajantes ; en la cabelleira aún espléndida, peinada sin arte y su-

jetada rudamente hacia la nuca, algunos hilos blancos, anunciaban la cuarentena, el Otoño omnipresente de aquella Diana vencida, que parecía llevar el duelo de sus difuntas jaurías; los ojos eran aún bellos en su dureza de mineral impoluto, orgullosos y resueltos; la boca grande y sensual, empezaba ya a deformarse por la gordura, pero conservaba una fuerte dentadura de felino, cuya blancura hacía un vivo contraste con el rojo vivo de las encías; no llevaba joya ninguna, pues tal no podía llamarse, el gran cintillo de azabaches, que rodeándole el cuello, le caía hasta el seno juniano sosteniendo sobre él, un medallón;

recibió a los visitantes estrechándoles fuertemente la mano, en un gesto sin distinción, privado de todo encanto femenino;

su voz alta y fuerte, con entonaciones de comando, principiaba a hacerse ronca, perdiendo la dulce musicalidad, que hace de la voz de las mujeres uno como gorjeo de pájaros;

muy imponente en sus maneras y, en su *toilette* de viuda virgen, hizo derroche de amabilidad con sus huéspedes que la mi-

raban curiosos y recelosos, imbuídos por la leyenda, como si mirasen realmente una leona, a través de los jarales de un monte ;

esbelta, imponente, en una como diafanidad toda espiritual, Celina Rujeles, vestida a la última moda de la Capital, de la cual le venían directamente los trajes, aparecía como un prodigio de elegancia natural, doblado por la elegancia social, que había aprendido en los salones de sus tíos ;

la simplicidad exquisita de su *toilette* realzaba aún más, la elegancia imperial de su figura ;

vestía un traje de color de cerezas pálidas, de un rosa tan evanescente, que se diría diluído, con aplicaciones de encajes antiguos cuyo color de viejo marfil daba áureas tonalidades sobre el busto y en las mangas, fingiendo franjas de oro sobre el satín plegado de la falda ;

conocedora de las prácticas del buen tono, que prohíben a las jóvenes solteras llevar joyas, no portaba ninguna, habiéndose rebelado a ponerse aquéllas riquísimas con que Matilde Rujeles quería ataviarla, para hacerla ver a los Mendo-



zas, como un cofre andante, portador de todas las viejas alhajas, que poseía el tesoro familiar de los Rujeles ;

apenas si un jazmín del Cabo, recién cortado del tallo, le adornaba el pecho, prendido a él, por un brocamantón de acero negro, en forma de mariposa ;

anudaba su cabellera tumultuosa en la parte superior de la cabeza, dejando caer dos pequeños bucles hacia atrás, y una ligera orla de cabellos cortados sobre la frente, como era de moda entonces ;

resultaba en aquel viejo cuadro de austeridades arcaicas y monacales, una bella flor de modernidad y, de exotismo, que lo llenaba todo con el prestigio encantador de su belleza ;

alto, gordo, pomposo y, ceremonioso, don Fausto Mendoza, entró al Salón, saludando en todas direcciones como si avanzase en un estrado, inclinándose ante el grupo de damas, como ante un Tribunal, frente al cual, fuese a comenzar un alegato ;

detrás de él, pequeño, pálido, medroso, como ocultándose para no ser visto iba Torcuato Mendoza como llevado a zaga

por su padre, que lo ocultaba con su mole inquieta y enorme ;

padre e hijo, vestían con elegancia capitolina, *jaquets* de paño negro y pantalones de fantasía ;

lujosamente encorbatados, enguantados y, pomadeados, se inclinaron con reverencia ante las damas, no sin cierta elegancia cortesana, muy nuevo en aquel ambiente de vetustez rural y de arcaico hidalguismo campesino ;

hechas las presentaciones, y ya los hombres arrellanados en los sillones, haciendo círculo a las damas sentadas en el sofá, se inició la conversación, que quedó reducida desde el principio, a un sonoro y pomposo monólogo de don Fausto, en perpetua busca de auditorio para su facundia verbal inagotable ;

orador profesional, en el foro y en el parlamento, parecía haber hecho el juramento de no callarse nunca, ni aun en los momentos que dedicaba al sueño, y, en los cuales solía soñar en alta voz ;

dispuesto a cautivar a los Rujeles por su elocuencia y, a halagarlos por su espíritu retrógrado y clerical, bien pronto se ganó el auditorio, en el cual descollaba

por su admiración a veces ruidosa, don Ciriaco Laguna, el Cura de *Sierra Negra*, allí de visita, invitado para hacer más solemne con su presencia, el compromiso matrimonial, que había de unir las dos casas de Mendozas y Rujeles ;

gañán porquero parecía el presbítero, desmandado de carnes, rico de grasas y pletórico de sangre ; espécimen de bruto pródigo, al cual la Naturaleza dió todos sus dones animales para hacerlo rico *etazon* de una raza de borricos ; la lascivia y la brutalidad emanaban de él, como un sudor ; sus ojos, sin una vislumbre de inteligencia, eran como lagunas malsanas, de ellos parecía escaparse un vaho de bestialidad tan espeso, que casi se hacía irrespirable y asfixiaba ; las mujeres se sentían mal en su presencia, como si fuesen poseídas sin quererlo, por ese fauno enfaldado, que parecía oler a almizcle ; pocos meses hacía que había llegado al pueblo, para suceder al viejo cura difunto, y, ya se contaban cosas horribles de su lujuria, y terribles escenas de estupro y violación ;

muy ignorante, muy retrógrado como todos los de su especie, la fama y la his-



toria de los Rujeles, que pasaban por héroes y hasta por santos, entre las mesnadas clericales que dominaban ese país, lo había seducido desde su adolescencia, y, ser cura de *Sierra Negra*, había sido su sueño durante los años que había ejercido como auxiliar de un viejo cura, en una parroquia lejana ;

para lograr la realización de ese sueño, había puesto en juego, todas sus influencias, y, lo había logrado al fin, a la muerte del viejo lobo tonsurado que por treinta años había sido el fiel ayuda de los Rujeles, en todos sus crímenes banderizos ;

llegado a *Sierra Negra*, no pensó ya sino en ser el esclavo sumiso de aquellos aguiluchos feroces y vindicativos, cuyo feudalismo vencido iba a resucitar y, a cobrar nuevas fuerzas merced a esa alianza con los Mendozas, para celebrar la cual, ese ágape familiar era hecho ;

a honrarlo con su presencia había sido invitado, y con gran complacencia había venido ;

múltiples razones de placer tenía al concurrir a aquella fiesta, pero, una había que las dominaba todas, porque había si-

do un imperioso deseo de su vida : conocer *la leona virgen* ;

aureolada de leyendas sangrientas, esa *virgen roja*, más trágica que aquella noble y pura Luisa Michel, que llevó ese nombre, había sido desde su juventud, uno de sus cultos y, de sus adoraciones ;

cuando llegó a *Sierra Negra*, con su hermana Pilar, una abúlica y, borrosa criatura, especie de cuerpo sin alma, que lo seguía a todas partes como una sombra, recibió la visita de don Pedro Rujeles y de los primates de su partido ; vinieron luego doña Encarnación y Celina a visitar a su hermana, un domingo después de misa mayor, pero, Matilde Rujeles, no había venido ; la leona no salió de su guarida ;

era necesario verla en su madriguera y aquella fiesta vino como de perillas al cura para la satisfacción de su loco deseo ;

y, vió al fin la Diana devastadora, cuyas jaurías había soñado oír aullar en la Noche ;

y, la había hallado aún bella en su madurez declinante, con una belleza ardiente de crepúsculo estival ;

sus carnes opimas, lo deslumbraron y lo dejaron soñador; aquel seno de Cibelles que a nadie había lactado y, parecía pletórico de leche acumulada por los siglos; aquellas ancas de yegua normanda que como las de la ninfa hecha vaca parecían pedir a gritos las caricias del dios convertido en toro; la garganta que había sido escultórica y en la cual, la carne que empezaba a hacerse fofa, ponía ya rodajas importunas; los brazos columnarios que según decires, no habían estrechado a nadie sobre su cuerpo desnudo, todas esas cosas bellas y ya proclives a la desaparición, trastornaron al cura libidinoso y, lo atosigaron de deseos;

y, no tuvo ya ojos, sino para la garganta de la *leona*, el seno de la *leona*, las ancas fenomenales de la *leona*;

congestionado y casi apoplético de deseos torpes, este centauro brutal, se habría puesto enfermo, si los discursos apasionados de don Fausto Mendoza, contra los masones, los librepensadores, y sus congéneres no hubiesen venido a distraerlo, llamando su atención hacia cosas más interesantes, aunque menos culminantes que las ancas de la leona;



beatos y alelados escuchaban todos los circundantes, los tópicos manidos, las frases manoseadas, y los lugares comunes, del diputado reaccionario, que siendo del arsenal vetusto de donde la oratoria clerical toma sin cambiarlas sus armas oxidadas, eran sin embargo nuevas para aquellas almas ignaras y retardatarias, reducidas por el *pico de oro*, del Abogado sentencioso y, locuaz ;

sólo Torcuato Mendoza, escuchaba aquella peroración como ser pensante y consciente, mirando a su padre, ora con angustia, cuando decía algún despropósito que sólo él, sabía notar, ora con cansancio, ante el discurso fatigante, que él se sabía casi de memoria ;

pequeño, pálido, silencioso, con una faz ascética, y ojos llenos de luces interiores, como los de los místicos y, los visionarios, Torcuato Mendoza, no era feo, pero era el espécimen de una naturaleza agotada y enfermiza, en la cual, el pauperismo de la vida se acusaba por la palidez cerosa del rostro, la demacración prematura de las facciones, el cristal ilúcido de los ojos y las largas, profundas ojeras violáceas que los circuían ;

peinaba sus cabellos en bandas lisas que le caían a los dos lados del rostro, separados por una raya central ;

sus maneras, eran tímidas, como sus miradas, y, su voz insegura, de tonos bajos, como la de los seres largo tiempo habituados, a la obediencia y, al respeto ;

conservaba las maneras untuosas y, equívocas de los seminaristas, porque había sido largos años interno en un convento de jesuítas, de donde había salido hacía poco tiempo porque el exceso del estudio y el de las prácticas solitarias que habían llenado el ardor de su adolescencia, principiaban a minar su juventud, y, amenazaban su salud, muy seriamente ;

no pudiendo ser sacerdote, como era su único deseo, quiso ser uno como lego laico al salir del colegio, y se enclaustró en su casa, entregándose con más ardor que nunca a las prácticas religiosas y, a sus otras prácticas, asombrando a todos por su devoción, que era muy sincera, y, por su ascetismo cuasi cenobítico ; todo lo cual, continuó en minar su salud de un modo alarmante ;

su padre, hombre de mundo y, conoce-

dor de las pasiones humanas, no había tardado en adivinar las causas de la enfermedad que agotaba la salud de su hijo, y, había hecho, cuanto su decoro de padre le permitía para que éste, acercándose a los pomares del Amor, hincara sus dientes, en la fruta deliciosa, que al decir de la Biblia, perdió al primer hombre, y, ha continuado en perder a los demás ;

fracasado en todos sus intentos, y, desesperanzado a ese respecto, había resuelto casarlo, para que vencida en el matrimonio, su timidez hacia la mujer, entrara de lleno en la zona ardiente de la Vida, y, perpetuara su raza ;

relacionado por razones políticas con los Rujeles, de los cuales sabía la fortuna inmensa, y conocía el poder electoral que podía serle tan útil, pensó en Celina Rujeles, la rica heredera, cuya belleza era ya famosa en toda la comarca, como el mejor partido que podía obtener para su hijo ;

éste, absorbido por sus devociones y, por sus estudios, había sabido con miedo los planes de su padre, y, sin fuerza ni valor para oponerse a ellos, ni siquiera para objetarlos, había obedecido y allí estaba,



dispuesto a pedir la mano de Celina Rujeles, y, a casarse con ella ;

la belleza espléndida de la joven, no conmovió su naturaleza inerte, y, apenas si osaba mirarla, dirigiéndole raramente la palabra y, casi siempre para responder, nunca para preguntar, ni iniciar conversación alguna ;

el discurso de don Fausto no habría tenido fin, si no hubiese venido un sirviente a llamar los Señores a la mesa ;

la comida fué pantagruélica y, los vinos generosos abundaron, que no era aquélla, morada de regateo y cicatería en asuntos de yantar y menos si de obsequiar extraños se trataba ;

nadie que no fuera el inagotable don Fausto habló en la mesa, aunque muchas fueron sus interrupciones porque en eso de atiborrarse de buenos manjares ni tar-do ni perezoso era el letrado ;

no le iba en zaga el Cura, gran catador de manjares y, de vinos, goloso como una monja y, glotón como un cerdo ;

cuando la comida hubo finido, fueron los mayores al salón, y, enviaron los jóvenes al jardín cercano, con la intención

de que se aproximaran y, conocieran, ya que de su matrimonio iba a tratarse ;

era la tarde tierna y sonrosada, como una novia virgen ;

el cielo una mayólica luciente ;

el sol, una gran joya de cristal ;

avenidas de ciclantos enanos enfestonadas de parásitas floridas, se extendían desde el pie de la escalera, hasta las arboledas remotas, y los estanques perezosos cuyas aguas quietas, parecían reflejar el sueño febricitante de la tarde vencida ;

obedeciendo la indicación de su padre, Torcuato Mendoza, dió el brazo a Celina Rujeles y descendieron al jardín ;

un vaho de voluptuosidad, se escapaba de las cosas extáticas y de los follajes móviles, como un flúido invasor lleno de olores sutiles y enervantes ;

los dos jóvenes, se hallaron solos, en el silencio tórrido, dulce como una miel y, perfumado como un búcaro ; se diría que las flores de los romeros, eran incensarios ocultos detrás de los rosales para perfumar la tarde, llena de un candor virginal de égloga tibuliana ;

en el silencio, el rumorear de los insec-

tos, se hacía sonoro, como trémolos de arpa ;

apenas entrado en el laberinto de arbustos odoríferos, que como una muralla de verdura los separaba de la casa, Torcuato Mendoza, se detuvo, miró azorado a todas partes, y viéndose lejos de su padre, solo, con una mujer, y tan cerca de ella, se turbó, se hizo rojo y retrocedió instintivamente, asaltado del miedo loco de un efebo mártir, arrojado al furor de una pantera ;

con aquel movimiento brusco, el brazo de Celina se deslizó del suyo, retirado por ella tanto cuanto abandonado por él ;

y, quedaron allí distanciados en el silencio, como si la lluvia de oro de la tarde muriente, los aislase a uno del otro, por una infinita atmósfera de desolación ;

él, ajeno al orgullo de su sexo, temblaba ante aquella virgen, que se le aparecía como un pecado desnudo, tentador de su virtud, uno de esos arcángeles réprobos que bajo las facciones de la mujer o las escamas de la serpiente, se alzaban, al decir de los predicadores, en el camino de los hombres, para perturbarlos y perderlos ;

a su virilidad inerte nada decía el cuer-



po maravilloso de la virgen, alzado ante él, como una ánfora de cristal llena del divino licor que a través de las edades, ha embriagado los dioses y, los hombres, y que se ofrecía ahora, inútilmente a sus labios ignorantes del beso, y, marchitos por otras embriagueces ;

la mujer, aun la más pura, siente el orgullo de inspirar deseos, y, perdona más fácilmente, el ultraje de ser violada, al al ultraje de no ser deseada ;

ante esa actitud visiblemente miedosa, del joven que se apartaba de ella, la virgen, sintió henchida su alma de tanto desprecio hacia él, que como si lo hubiese eliminado de su pensamiento, se volvió hacia los rosales cercanos, inclinándose sobre ellos, como para besar las rosas, haciendo el gesto de odorarlas ;

él, apenas si osaba mirar la creatura deliciosa, que inclinada sobre las flores, era como una rosa más, sumada al mágico esplendor de las otras, sus hermanas ;

sobre ella las ramas de los arbustos ondulaban, como si le tejiesen coronas de oricalco, en el fervor de la tarde contemplativa ;

en la paz divina de la hora, todas las

formas vegetales, parecían tomar una actitud de adoración ;

la oblicuidad de los rayos solares, proyectaba, alargándola, la cándida figura de la joven sobre el blancor de las rosas y, el terciopelo azulado de los ramajes espesos.

Torcuato Mendoza, la miraba absorto, no pudiendo sacudir por completo, el sortilegio que se escapaba de tanta belleza, ofrecida así, como un holocausto de pira en las vibraciones violentas de la luz solar ;

de ella, no emanaba ninguna tentación hacia sus carnes inertes, pero sin embargo, continuaba en orar mentalmente, y, en rezar en silencio, no pudiendo impedir que las palabras del rezo, se escapasen a veces, agitando con su temblor sus pálidos labios de asceta ;

ella, no lo miraba ya, como si hubiese desaparecido por completo, de ante sus ojos y, de su pensamiento ; y, continuaba en tronchar las flores, absorbida en un sueño lejano, con una devoción ferviente, como si las arrancase para ofrecerlas a un dios remoto, ahora presente en el santuario de su corazón ;

el fondo orográfico del horizonte, era cuadro apropiado para aquella figura de idealidad, dibujada en el corazón misterioso de los paisajes ;

los brazos de la joven tenían una armonía de asas de un vaso etrusco al alzarse o abajarse para coger las flores, y, aparecía, como en un baño de oro líquido, con una gracia de iluminadura de misal ;

un viento gregal hacía inclinarse dócilmente las rosas, como si viniesen a buscar voluntarias la presión de aquellas manos, que al proyectarse sobre ellas, eran como dos pájaros de cristal, a cuyas alas, la luz suave y amortiguada de la tarde, daba una como vaga transparencia de hidrolitas ;

la cortina de follajes, que se extendía sobre ella, como el *intaglio* dorado de un viejo iconostasio, la coronaba de un halo musivo con resplandores de púrpura casio ;

alzó la cabeza en el silencio solemne que la circundaba y, empuñó en sus manos suaves y diáfanas, los grandes macizos de flores, que temblaban.

—¿ Son para el altar de la Virgen ?—le



dijo él, cándidamente, haciendo un esfuerzo por vencer su timidez.

—Sí—dijo ella, sin hacer casi atención a la pregunta.

—¿Qué advocación ama usted?

—Todas—respondió ella, frunciendo las cejas, como si hasta entonces reflexionase sobre eso de las advocaciones.

—Mi Patrona, es, la Virgen de los Desamparados—dijo él, con la unción apasionada de un novicio, alzando al cielo los ojos, como si viese aparecer tras el candor de las nubes la divina imagen que evocaba, y añadió—: El Padre Gaspar Ortiz, que es mi confesor, me la enseñó a amar desde niño; es una virgen muy milagrosa; yo, tengo mucha fe en ella...

y, calló, como sumido en un éxtasis de devoción, y, sus labios se agitaban como si murmurasen una plegaria;

ella calló también disgustada y despectiva ante esta candidez infantil, que era casi una idiotía;

vuelto de su arrobo, él continuó en hablar de la Virgen de los Desamparados, el sentido estricto de su advocación, las prácticas culturales precisas para obtener su protección, y, se extendió larga-

mente, sobre los milagros patentes que su divina Patrona había efectuado, al decir de los santorales y libros de devoción que eran sus textos ;

larga fué la plática hiperdulia, durante la cual, el joven místico apuró toda su elocuencia, cruzando los brazos sobre el pecho, y alzando al cielo los ojos, que tenían la cenagosa palidez de dos marismas ;

ella, no lo oía ;

absorta en sus sueños, su alma estaba lejos, muy lejos, de la piadosa plática, y del joven conferenciante, perdida en lejanos limbos, trepidantes de pasión...

era la hora en que por el camino cercano, debía avanzar la silueta esbelta de Leoncio Pedralbes, jinete en su corcel, buscándola con los ojos, entre las frondazones tupidas del balcón, donde las clemátides azules, temblaban en soledad ;

y, una gran angustia de verse lejos de aquel lugar la poseyó...

y, suspiró por aquel como relicario de follajes, en el cual su belleza lucía, como un maravilloso lis de oro, incrustado en el corazón de una esmeralda ;

el recuerdo y el amor de Leoncio Pe-

dralbes, la poseían tan completamente, que no oía el rumor siquiera de la plática de Torcuato Mendoza, hablándole con voz lenitiva, de los milagros de su Advocación...

un ruido de pasos, vino a sacarlos a ambos de su ensimismamiento.

—Amén—dijo ella, poniéndose de pie, para dar fin al sermón, y riendo, tan sonoramente, que las vibraciones de su risa, sonaron entre los rosales como una música ;

pronto se oyó la voz enfática de don Fausto, en su interminable monólogo...

y, luego se le vió avanzar entre el cura y Matilde, que lo escuchaban atentos ;

don Pedro Rujeles, y su mujer los seguían de cerca ;

ante la risa de la joven, Torcuato Mendoza, se había hecho rojo de vergüenza, porque era muy inteligente y no dejaba de comprender que su timidez lo hacía ridículo, y tenía conciencia de que había hecho un papel bien triste, no acertando a hablar sino de sus devociones en presencia de aquella mujer tan bella, que le tenían destinada para esposa, pero le habían hablado de tal manera de la religio-



sidad de los Rujeles, que había creído ésta, la manera más apropiada, para iniciarse en una alma eminentemente religiosa, como debía ser la de Celina Rujeles ;

además, no sabía hacer otra cosa, no podía hacer otra cosa, su misoginia, no era el odio a la mujer, sino al temor de ella ; un temor, que lo hacía enrojecer, temblar y callar, en presencia de toda mujer que no fuera su madre ;

aquel *Amén*, dicho con una voz burlesca, y, seguido de esa risa tan franca cuyo rumor parecía llenar aún el paraje idílico como una afrenta a su candidez, lo desconcertaba ;

la voz sonora de don Fausto continuaba en sonar entre las hojas de la arboleda con un monótono rumor y se veían sus brazos alzarse, extenderse y abajarse en los gestos vivos con que acompañaba su estridente peroración ;

el cura lo oía alelado, sin apartar los ojos de Matilde Rujeles, cuyas formas monumentales lo tenían fascinado, aprovechando los momentos en que hacían reposorios en el sendero, para cambiar de lugar y frotarse disimuladamente contra

las ancas o los senos de la *leona*, que hallaba placer en estos frotamientos fortuitos, que despertaban los instintos dormidos en su larga y fiera virginidad; y enrojecía en su belleza monumental de cariátide, de la cual, los años empezaban ya, a fundir lentamente los encantos;

cuando el grupo llegó a donde estaban los jóvenes, don Fausto y, sus acompañantes se detuvieron, y, éste interrumpiendo un momento su flujo oratorio, los miró con atención;

el aspecto de su hijo, no era para hacerle ilusión sobre su tenorismo;

cohibido, cabizbajo, rojo aún de vergüenza por la risa de la joven, tenía el aspecto triste y cuasi lloroso de un monago sorprendido en el momento de beberse el vino del Ofertorio;

abrazada a sus rosas recién abiertas, semejante a una Canéfora camino de las Panaténeas, surgiendo en ese cuadro de apoteosis crepuscular, Celina pedía todos los pinceles y los cinceles del Arte, para inmortalizar el radiante esplendor de su belleza;

don Fausto, que no había sido nunca insensible a los encantos de la hermosura

femenil, y, era aún, un gran amador de ella, quedó absorto ante la visión de la joven surgiendo así en ese fondo de azul diáfano y de verdor intenso que los cielos y los ramajes le formaban, como destacándose en un bajo relieve de bronce, tenuamente enmohecido por los siglos ;

don Pedro mismo halló muy bella su hija en ese cuadro de penumbras y de perfumes que el sol moribundo iluminaba hidratizándolo, haciéndolo inseguro y movible, como un miraje de aguas.

Celina, continuaba en sonreír, sin poder ocultar la impresión de burla impresa en su semblante ;

doña Encarnación, viendo sonreír a su hija, sonreía también, creyéndola feliz :

—¿ Os interrumpimos ?—dijo don Fausto, con mirada socarrona y sonrisa que quería ser picaresca.

—Sí—replicó Celina—. Interrumpen ustedes un bellissimo sermón del Señor Mendoza...

—No sería sermón—dijo don Fausto amostazado—. Sería una plática, alguna bella plática de amor...

—Sí ; de amor divino—dijo implacable,



la joven—; El Señor Mendoza, acaba de hacerme la confesión de su Amor...

—¿De veras?—exclamó don Fausto, feliz, como aquel a quien acaban de liberar de un gran peso...

—Sí; de su amor por la Virgen de los Desamparados—; dijo Celina, y esta vez ya no pudo contenerse, y rompió en un franco y sonoro reír, que sonó sobre el esplendor soberano de las rosas, como el sonar alegre de una serie infinita de campanillas de cristal;

don Fausto enrojeció, comprendiendo en el acto, todo el ridículo en que su hijo había caído;

el cura, taimado, intentó reír, pero, se contuvo:

—Es una grande y, bella advocación—dijo gravemente Matilde Rujales, y, añadió, como para acallar con la disciplina de un piadoso recuerdo, el espíritu burlón de su sobrina—. Mi madre la amaba mucho, y la tenía en gran devoción;

nerviosa y, fatigada, poco dispuesta a oír amonestaciones severas de su tía, Celina, dijo, inclinándose galantemente ante el grupo:

—Con perdón de ustedes, me retiro un

momento, para llevar estas flores a la casa...

—¡Sin darnos ninguna, como recuerdo de tan inolvidable día?—dijo con amabilidad exquisitamente cortesana don Fausto ;

en los límpidos ojos de la joven, brilló un resplandor de impaciencia porque sus minutos eran contados, y, avanzando rápida hacia el grupo apartó una a una las rosas, que habían tomado ya el calor del seno contra el cual las apretaba y, las repartió entre los circundantes, como si cumpliese un rito hospitalario :

—Para su Señora—dijo, entregando a don Fausto, una espléndida rosa, de un blanco pálido de florelita.

—Para el Santísimo—dijo al cura, extendiéndole, una purpúrea, llena aún del calor estremecido del Sol.

—Para la Virgen de los Desamparados —dijo, con una voz de unción cómica, entregando a Torcuato Mendoza, una, de un color rosado muy pálido, en cuyos pétalos languidecientes, había una como consunción de anemia ; y, se mordió los labios, como si estrangulase la risa con sus dientes :

Matilde Rujales, frunció el ceño olímpico, furiosa ante la irreverencia impertinente ;

don Pedro, halló muy bien el piadoso homenaje ;

y, doña Encarnación, no tuvo tiempo, sino para sonreír a su hija, que después de hacer una elegante reverencia, se había retirado, y, desaparecía en el final de la avenida, como si hubiese sido tragada por la vorágine del Sol ;

subiendo la escalinata, y atravesando los corredores, después de dejar sobre una mesa, las rosas que parecían afinarse y cristalizarse a la luz cuasi consunta del cielo, se dirigió presurosa, al sitio donde las trepadoras hacían cortina, y, apartándolas suavemente con la mano avanzó su busto, fuera del barandaje, mostrando a la magnificencia de la tarde, su rostro hecho ya serio, que tenía la ardiente languidez de una camelia ;

hojas mustias, cayeron muellemente de las ramas, sobre su cabeza y sobre sus hombros, cubriéndola de un manto ocre, y rodaron después al suelo, llenando el silencio del jardín, con notas mustias de suplicación y, de abandono ;



miró inquieta hacia el horizonte ;

allá en la línea dorada del camino, donde los últimos rayos del sol, ya muy pálidos, hacían uno como estuario de luz, Leoncio Pedralbes, inmóvil sobre su cabalgadura, esperaba ;

la noche que azuleaba ya lentamente los paisajes, con una coloración de cobalto, hacía proyectarse como espectral la figura del jinete sobre el verde alcacer de los cebadales nacies ;

al ver aparecer la joven, apoyadas sus dos manos en el barandaje, interrogando con los ojos las lejanías, hasta detenerse en el punto donde él, estaba inmóvil, Leoncio Pedralbes se descubrió lentamente, haciendo con su brazo al destocarse, el gesto de desplegar una bandera ;

ella se inclinó, para responder al saludo, más pausadamente, más profundamente, que solía hacerlo, y, lo que no había osado hasta entonces, acompañó el saludo con un gesto de su mano, que se agitó en la azucena de la tarde, como una paloma que ensayara volar, prisionera del ramaje, extendiendo sus alas sobre el cáliz donde hierve la sangre del sol, sacrificado en holocausto ;

y, permaneció así, hasta que la silueta del jinete se perdió tras de los árboles lejanos, como en una lontananza flúida hecha por un vapor escapado al corazón límpido de un lago.







Cuando Celina volvió, para reunirse a los suyos, éstos, estaban ya en el corredor, prontos a despedir a los Mendozas y al cura, que estaban en tren de partir ;

la despedida fué ceremoniosa y, cariñosa por parte de las gentes mayores, que habían ya concertado las condiciones del enlace, y, fría por parte de los jóvenes que se sentían sacrificados en ese autoritario pacto de familia ;

cuando los viajeros se hubieron alejado, el grupo de los Rujeles permaneció de pie en el corredor, hasta que la puerta de hierro que daba sobre el camino, fué cerrada por los criados :

el silencio entre ellos, se hacía pesado de hostilidades, y, nadie quería romperlo.

Celina, miraba el horizonte, soñadora, cual si se empeñase en bordar la leyenda de sus sueños, sobre la tela azul de su melancolía ;

tal vez sentía una piedad inconfesada, hacia ese pobre joven pálido y, cobarde, que se alejaba de ella herido por sus bur-las y cuya humillación inútil, le parecía una crueldad, porque en el fondo no era sino una víctima, como ella, un hermano de sacrificio, destinado a morir en la misma lenta agonía...

la tristeza parecía cegarla, hasta no ver ante ella sino un espacio gris sin matices y sin formas, una especie de pantano lú-gubre cuyas ondas sin rumores hubiesen tragado todos los objetos.

Matilde, en quien la cólera gruñía sordamente fué la primera en interrumpir ese silencio, diciendo bruscamente a su sobrina :

—¿Qué te dijo Torcuato Mendoza?

ésta, como si hubiese sido violentamente despertada de un sueño, dijo, despectiva y fríamente burlona :

—Nada ;... que amaba mucho a la Vir-

gen de los Desamparados, y que me recomendaba su devoción; a punto estuvo de ofrecerme como regalo de bodas un escapulario de la Virgen.

—Ya te he dicho, que tu abuela también la amaba mucho—dijo Matilde con voz imperativa.

—¡Que mi abuela la amara es razón, para que yo no diga a usted, lo que Torcuato Mendoza me dijo?; pues ésa ha sido su única declaración.

—Eso basta.

—Para eso ha podido hacérsela a la Virgen de los Desamparados, y no a mí... la leona, ya no pudo contenerse y roja de cólera, gritó:

—A ti no te gusta Torcuato Mendoza, porque es un mozo recatado y decente y no un hereje libertino como otros, y te burlas de él, porque no te habló de amores deshonestos, sino de Religión, como debe hacerlo, todo hombre religioso y casto, con aquella que va a ser su esposa.

Celina, agresiva y despreciativa a la vez, dijo mirando fijamente a su tía y, dejando caer, una a una, las palabras:

—Si a usted le gusta tanto Torcuato Mendoza, ¿por qué no se casa usted con



él?... todavía es tiempo ;... así harán de la *Almudena*, un Beaterio, y, serán ustedes Abelardo y Eloísa ;

y, acercando su rostro al de su tía, le rió en la faz, rudamente, con una risa agresiva y mala ;

la leona, que había leído en su juventud la historia de esos amantes desgraciados, comprendió la alusión, y, se hizo pálida de cólera, retrocediendo como para saltar sobre su sobrina y castigarla ;

ésta no se movió.

—¡ Insolente !... — gritó don Pedro, avanzando sobre su hija, con la mano levantada, como para abofetearla—. ¡ Así respondes a tu tía ?...

doña Encarnación se puso en medio, conteniendo con su mano el brazo de su marido y diciendo, con una energía que nadie le había visto hasta entonces.

—Ella tiene razón, ¡ la pobre niña ! ¡ pobre hija de mis entrañas !... la sacrifican, y no quieren que se queje... le arrancan el corazón y, no quieren que se defienda ; la venden como una esclava, y no quieren que proteste... pobre hija mía, que no tienes más que tu madre para protegerte, y, tu madre nada puede ;...—y, mirando fija-

mente hacia Matilde Rujales decía con una voz entrecortada de sollozos, que más que voz parecía el aullido de una loba, degollada en la noche.

—¿Hasta cuándo esta raza de sangre se cansará de devorar?... ¿hasta cuándo esta casa maldita se cansará de ser el corazón de la Tragedia?... veinticinco años hace que vivo en ella, y no he visto sino el Crimen;... el Crimen; ¡siempre el Crimen!... el Crimen ayer, el Crimen hoy, el Crimen mañana;... el Crimen contra todos, hasta contra nosotros mismos.

—Cállate—gritó el viejo, ronco de cólera...—¿Tú también?

—Ella también;... ambas unidas contra mí; desde que ésta vino del colegio, son dos enemigas mías—dijo Matilde Rujales, con una voz estrangulada de cólera y que semejaba un maullido de gato montés:

—Sí; yo estoy contra ti, como contra todos los que quieran sacrificar a mi hija... contra todos los que hagan llorar a mi hija... ¡pobre hija mía! si yo pudiera me iría con ella; seríamos más felices mendigando en los caminos que aquí tem-

blando hartas de lágrimas bajo el despotismo de los otros.

—Cállate—gritó don Pedro.

—Callaré cuando callemos todos; yo soy aquí la segunda autoridad después de ti, porque yo soy la madre, y, tengo derecho de hablar cuando de la suerte de mi hija se trata.

—Y, ¿yo?... ¿yo, que soy aquí?—gimió Matilde, fingiendo llorar para exasperar a su hermano :

—Tú—dijo doña Encarnación con dignidad—, no puedes opinar en este asunto, porque tú no eres madre; y, una mujer que a tu edad no ha sido madre, no puede saber nada de las ternuras del amor, porque el corazón se le ha petrificado con las entrañas; vientre que no ha parido un hijo, será siempre insensible a las contracciones del Dolor y la Piedad; las entrañas estériles ignorarán siempre lo que es la Misericordia; los seres que voluntariamente renuncian a dar la Vida, tienen que dedicarse a dar voluntariamente la Muerte, como tú...

los miembros todos de la leona, tuvieron una contracción felina, y, sus ojos brillaron, como pronta a lanzarse sobre su



cuñada, para herirla, pero Celina Rujeles se alzó ante ella, más alta que ella, más amenazante, más resuelta que ella, gritándole :

—¡Cuidado!... yo también soy una Rujeles, también mis manos pueden convertirse en garras... ¡ay de aquél que toque a mi madre!...

la *leona* retrocedió, quedando inmóvil...

Celina, tomó por el brazo a su madre, y, se alejaron las dos, dignas, erectas, entre el silencio de los dos hermanos que se miraron asombrados ;

nunca habían oído a doña Encarnación hablar así ;

era la primera vez que en aquella casa se osaba discutir un deseo expresado por Matilde Rujeles, la primera vez que alguien osaba hablarle alto y discutir con ella ;

la madre y la hija, habían desaparecido ya, y, la *leona* no volvía de su asombro.

al fin, y no sabiendo con quien desfogar sus iras, gritó, dirigiéndose a su hermano :

—Y ¿tú? ¿tú, dejas que tu mujer y, tu hija, me ofendan y me insulten, en tu presencia, aquí en esta casa a la cual he con-

sagrado mis desvelos y mi vida?...—y, acercándose más a su hermano añadió—: ¿Sabes tú, por qué Celina, no quiere a Torcuato Mendoza? ¿por qué se burla de él?... porque no es apuesto y, atrevido, galanteador y audaz como Leoncio Pedralbes, que sigue demostrándole amor y cortejándola como cuando era niña, y que todas las tardes pasa por el camino y la saluda de lejos...

—¿Que Leoncio Pedralbes saluda a mi hija?—dijo don Pedro, como hebetado, y haciendo con la mano pabellón a su oreja derecha para oír mejor, porque tardo de oídos empezaba a ser—. ¿Sabes lo que dices?

—Sí que lo sé; y fruto de una triste certidumbre es mi decir—replicó su hermana entre violenta y adolorida a la vez—. Hubieran cegado mis ojos, o los hubiera cerrado para siempre, antes de ver lo que vieron, que mejor estarían en cecidad, o podridos en el fondo de la tumba, que obligados a ver lo que ven y, a llorar sin remediarlo.

—¿Y, qué ven tus ojos, que tanto te contrista y, a todos nos concierne?

—¿Qué veo?... veo avanzar la deshon-

ra, sobre esta casa que hasta el presente nadie deshonró, porque nuestros enemigos han podido vencernos, pero, no envilecernos ;... veo la muerte, avanzar sobre nuestra raza, ya amenazada de extinción ;—y, la *leona*, acercándose más a su hermano, como si no lo viera, porque ya la zona de luz había desaparecido por completo, y dialogaban en las tinieblas, continuó en decir, con una voz, más baja y, más cálida, hecha feroz como un roznar de fiera—. La fuerza de mi odio es demasiado grande para que no me ilumine ; los animales feroces ven en la noche ; y, por algo yo soy la *leona* ; me nutre el odio de la raza enemiga ; la venteo de lejos, como la presa que no pueden mis garras alcanzar ; y, percibo en el aire el almizcle del último cachorro de esa raza, que ronda en torno nuestro, y acecha nuestro solar para pillar en él ; Leoncio Pedralbes, pasa todos los días en la hora del atardecer, cuando Celina, rendida su labor se acoda en el barandaje del corredor que da sobre el jardín, y, al verla, el mancebo refrena su cabalgadura, mira larga y amorosamente, y saluda ;... y, se aleja después,



muy lentamente, sin que mis ojos, que eso ven, puedan fulminarlo...

—¿Saluda? ¿y, Celina Rujeles le contesta?...—gimió don Pedro, y, continuó en decir, trémulo de ira—. ¿Contesta ella, el galardón y, el orgullo de nuestra casa, el último retoño de la raza nuestra, merced al cual, ésta ha de revivir injertada de nueva savia y poderío? ; ella, destinada a dar de su vientre el Vengador nuestro, aquel que ha de destruir hasta en sus gérmenes por nacer, la raza de los Pedralbes, y, ha de arrojar lejos, con las cenizas de sus muertos, las del nidal de esa raza de víboras, venidas un día, de tan lejos, para tormento y dolor de aquellos que nos dieron vida y, de nosotros mismos... ¿ella contesta?

—Si contesta, yo no lo sé de fijo, porque apercatarme de ello no he podido, pero, de colegir es que sí, porque si agradable no le fuera el paso del mancebo y, su salud ; por qué asomarse todos los días, a la hora fija al mismo sitio, en el barandal desde el cual se ve el camino y en el punto donde los ramajes la ocultan a las miradas de los otros, talmente que de mis ventanas yo no la veo, y por eso decir no

puedo, si responde o no a la salutación de aquel osado, pero, no me dejaría quemar una mano por negarlo.

—Y, sabiéndolo, ¿por qué no le prohibiste que terminada su labor se asomase a los ventanales, o se acodase sobre los barandajes del corredor que mira hacia el camino?

—¿Prohibirle?—repitió Matilde sardónica—. ¡Buena está tu hija para prohibiciones con ese genio que gasta y el espíritu de rebeldía que aportó del colegio, con el amor al lujo por toda educación, y, más cuando en este mal obrar, su madre le da aliento y la apoya sin medida; poner coto quise a esos desmanes, y, para ello dime maña de inventar un rezo, una novena que deberíamos hacer justamente a la hora de estos atisbos, y, para esa devoción a ella y, a su madre las invité;

a arreglar el altar, Celina me ayudó, trayendo flores, mas cuando la hora del rezo hubo llegado, que era la misma del diario avizorar en el barandaje quiso partir, y, ya no hubo modo de detenerla;

hícele observaciones, y, el estar chita hubiérame valido más, según el aluvión de reproches, con que me regaló;

plantándose en jarras delante de mí, con un aire de insolencia que nunca le había visto me dijo :

—Para rezar todo el día, y, llevar vida de monja, del colegio no habría salido ;

profesar quise en él, ¿ por qué no me dejasteis ? mejor estaría allí respirando un aire sin pasiones y no en esta madri-guerá de lobos, que me apestan con sus odios ;

bien está para ti, que eres ya vieja, el perpetuo rezar, y, el perpetuo orar, para implorar el perdón de Dios, que harto lo necesitas, mas no para mí, que joven soy, y crimen ninguno he cometido ; limpias de toda sangre están mis manos, y, nadie por obra de ellas, duerme bajo la tierra ;

piedad y devoción tengo muchas, y, rezo a mis horas, pero quiero mi descanso y mi vagar, y, de mis minutos de holganza quiero ser dueña ; reza tú...

Y, así diciéndome se aprestó a partir ;

quise detenerla y, vino su madre a su defensa, y, ambas me injuriaron a su guisa :

—Miserables no estamos, para por miseria ser esclavas—dijo Encarnación—. Dote y, no escaso traje a mi matrimonio,



y, ese dote es de mi hija ; con él, libre y feliz podría ser, y, sin embargo, vosotros la esclavizáis y la vendéis ;

¿ por qué queréis casarla con un hombre que ella no ama ?

¿ para hacer de su vientre el crisol de vuestros odios ?

¿ para hacerla madre de una raza de asesinos como vosotros ?...

y, todavía, antes de sacrificarla, tú quieres disputarle el aire y el sol, encerrándola en el oratorio, para rezar al lado tuyo...

¿ dónde las horas de placer que mi hija goza ?

¿ dónde las visitas, las comidas, los bailes, que mi hija tiene, y, de los cuales debería gozar, una niña rica y bien nacida como ella ?

Nada quise yo objetar para ahorrarme ultrajes prolongando la disputa ;

y, ambas se alejaron indignadas.

Encarnación fué a sus quehaceres, y, Celina corrió a su mirador, con la misma premura con que acaba de hacerlo, ahora, hace poco, cuando conversábamos con los Mendozas, y ella se alejó llevando sus rosas, después de burlarse insolentemen-

te de la piedad de aquel que va a ser su esposo.

—Sí, que lo será, a despecho de ella, y de sus burlas impertinentes—dijo don Pedro con resolución...

—Y, ese matrimonio, será nuestra salvación—dijo Matilde, y, añadió—: Hay que hacerlo pronto, muy pronto, porque los Pedralbes, son capaces de todo, y, tenemos el enemigo en nuestra propia casa...

nosotros somos verdaderamente, los últimos Rujeles ;...

tu mujer y, tu hija llevan nuestra sangre, pero no saben llevar nuestro odio ; no serían capaces de verter la de los Pedralbes ;... ellas no los odian ; antes bien ¿ podrán decirlo mis labios, sin caer en pedazos, fundidos por la vergüenza ?... tu hija ama a Leoncio Pedralbes...

—¿ Que lo ama ? ; di que te engañas ; di que mientes—dijo don Pedro, cogiendo entre las suyas las manos de su hermana, y, estrechándoselas, rudamente como si hubiese perdido todo temor a las zarpas de la *leona*.

—No me engaño y no miento, y sabe Dios que bien quisiera engañarme y mentir—dijo ésta, retirando sus manos de la

presión en que las tenía su hermano, y continuó en decir, como si la poseyese más la reflexión que la cólera—. No es tiempo de perder el que tenemos; ni faltos de ardides, ni escáso de audacia son nuestros contrarios; de todo son capaces para hacernos mal, y, más ahora que el enemigo está dentro de la casa misma, porque enemigos nuestros son tu hija y tu mujer, porque su corazón rendido ha sido al adversario, ellas, no lo odian y de ahí a amarlo no hay sino un paso, y, lo darán, si nosotros no ponemos dique a su locura;

sólo podemos salvarnos con apresurar el matrimonio de Celina;

una vez casada ella, toda tentación de Leoncio Pedralbes habrá pasado, porque tiempo tendrán apenas para defenderse él, y los suyos;

unidos nosotros a los Mendozas, seremos los vencedores;

don Fausto, es diputado, y, Ministro, puede ser, al decir de todos, que muy adentro y muy bien está, en las cábalas de la política;

su hijo, es muy sabido y estudioso; como escritor católico empieza ya a tener



una alta fama ; los padres jesuítas le dan su apoyo y protección, diputado será nuestro, es decir, diputado por *Sierra Negra*, y nosotros volveremos a tener como enantes, voz y voto en la política, y, entonces, ¡ guay ! de los contrarios...

los ojos de Matilde Rujeles, brillaban como dos carbunclos, ante esa perspectiva de triunfos, y, con voz hecha cálida de emoción, continuó en decir :—Pero, para obtener esto, es necesario, redoblar nuestra vigilancia, porque el enemigo acecha ; Leoncio Pedralbes, es capaz de todo para impedir esa boda ; de todo... ¿ lo oyes ?...

y, entonces... ¿ qué sería de nosotros ?

mis cabellos empiezan a blanquear, en espera de nuestra venganza, y, ahora más ligero, con el temor de la afrenta ;

nacidos de una raza de orgullo y de vigor, nosotros hemos caído en desuetud y en desaliento ;

nuestras vísceras, no han podido ni engendrar ni concebir un vengador ;

nuestros muertos se pudren sin venganza...

a mí me parece, oír en las noches, el aullido de nuestra raza, salir del fondo de la tierra ;... me parece que nuestros muer-

tos, no hablan, sino aúllan, en el corazón de las tinieblas; aúllan, como lobos enjaulados en sus tumbas...

nuestros abuelos, nuestros tíos, nuestros primos, nuestros hermanos, muertos por los Pedralbes, o en lucha con ellos;

mi novio, muerto sobre este corazón, que no ha perdonado, y que no perdonará nunca;...

las mujeres de nuestra raza, heridas y ultrajadas... hasta el fantasma de la tía Casilda, con su pierna rota por un tiro de fusil; todos esos fantasmas, parecen vagar por estos corredores pidiéndonos, Venganza...

y, nosotros, miserables de nosotros... ¿qué hacemos? envejecemos, proclives al sepulcro, sin haber vengado nuestros muertos y sin dejar quien pueda vengarlos, porque el último descendiente de la raza, tu hija, no bebió leche de odio en los pechos de su madre, no se nutrió de él, y, no lo siente circular por sus venas como un cálido veneno;

tu hija no odia a los Pedralbes, antes bien;... ¡ay! no digan mis labios las palabras que iban a decir;... no las digan;...

póngase la mano brutal del Silencio sobre mis labios ;... póngase ;... y calló.

—Yo, diré lo que tú decir no quieres, por vergüenza—gritó don Pedro, trémulo de ira, y con la voz invadida por el coraje— ; a decir ibas, que mi hija no sólo no odia a los Pedralbes, sino que los ama ; que ama a Leoncio Pedralbes ; ¿ no era eso lo que ibas a decir ?

—Sí—respondió la *leona* hecha trágica, como para un veredicto inexorable— ; y, si mis labios no se ulceran al decir eso, es porque pueden aún jurar, que mientras viva yo, los Pedralbes, no nos harán tamaña afrenta, porque aun hay fuerza en mi brazo para acabar con el último Pedralbes, y, la *leona* sabrá devorar el último cachorro de la raza adventicia si osa entrar en su guarida, o acercarse demasiado a ella ;...

—No, no—dijo don Pedro, asustado de tanta violencia—. Eso nos sería fatal ; los Mendozas, no querrían emparentar con nuestra raza, manchada de un nuevo Crimen, no querrían ya estrechar nuestra mano, tinta en sangre fresca ; Celina, no sería ya la esposa de Torcuato Mendoza ;



y entonces... ¿Cómo nacería el Vengador?

—Es Verdad ;...—dijo la *leona* reflexiva—. Es para ver nacer ese Vengador, para cuidarlo, para educarlo en el odio, para amaestrarlo a la pelea, que yo quiero vivir ;

tengo cuarenta años ;

déme el cielo veinticinco o siquiera veinte años más de vida, y mi anhelo será colmado ;

que vea yo nacer el último cachorro de nuestra raza, feroz e insatisfecho, capaz de arrancar de un mordisco los pezones de su madre ; de su madre que no nos ama y, que lo engendrará contra su querer ; que vea yo nacer y crecer ese último cachorro de león, y lo vea abalanzarse sobre el último cachorro de los Pedralbes, y, que lo vea vencerlo y devorarlo ; que su sangre manche mi seno de *leona virgen* ; vea yo este último combate de nuestra raza vencedora ; y..., muera después...

y, diciendo así, Matilde Rujeles, parecía engrandecer en la sombra creciente de la noche, su voz tenía asperidades de rugido, y, extendía hacia adelante las manos, con un desperezamiento de garras,

como si las inmergiese en un baño de sangre...

don Pedro, tuvo miedo de ella, y le dijo :

—Prométeme, que no harás ninguna violencia...

esquivando visiblemente la respuesta, Matilde, dijo :

—Hay que velar...

que nuestros ojos, como si no tuviesen párpados, no se cierren jamás, que estén abiertos siempre sobre aquel camino donde al caer de las tardes, viene el último de los Pedralbes a saludar a la última de las Rujeles...

y, ¡ay! de él, si salta el foso del camino ;

¡ay! de él ;

abatido será...

sólo los muertos no hacen mal ;

y, calló...

el Silencio parecía hacerse sonoro en torno de ellos, como si los muertos murmurasen en tropel contra esta afirmación que los aminoraba ;

y, parecía como si las alas de la Muerte, se agitasen violentamente en la sombra, con grandes ruidos hostiles...

un criado vino para llamarlos a cenar ;  
y, los dos hermanos, marcharon, el uno  
en pos del otro, como somnámbulos obse-  
sionados por el mismo sueño de Vengan-  
za y, de Ambición.





\*

\* \*

Para Torcuato Mendoza, la vida había llegado a una de esas confluencias definitivas, ante las cuales, es necesario detenerse a reflexionar, antes de dejar ir su barca a la *derivé*, olas abajo...

el Destino del Hombre depende de la voz de esas horas decisivas y de la orientación que ellas imponen al azar de la existencia ;

toda la realización o el fracaso de nuestros sueños, depende del uso que hagamos de estas escasas horas de libre arbitrio, en que podemos decidir de nuestros destinos futuros ;

él, tenía veintitrés años, y, hacía ape-

nas dos, escasos, que había abandonado el colegio de los padres jesuítas, en el cual había entrado a los catorce ;

había dejado aquella mansión con el corazón desgarrado de pena; y, abrumado de medallas, de coronas y de diplomas ;

sus maestros, lo habían visto partir, llenos de una verdadera consternación, porque era su discípulo preferido, el mejor y, el más aprovechado de todos ;

talento serio, equilibrado, y, por ende mediocre ; ajeno a toda genialidad, pero, como todos los de su especie dado al estudio con tesón, y de una admirable conducta por su espíritu de orden que iba hasta la meticulosidad, y, por su obediencia ciega, que iba hasta el servilismo ;

si la célebre Compañía, no hubiese poseído ya, la famosa máxima, *Perinde ac cadáver*, Torcuato Mendoza, la habría inventado, tanta era su pasión por obedecer, por borrarse, fundirse y desaparecer en otra voluntad, como un afluyente miserable buscando el río caudaloso en que morir ;

tenía el alma colectiva, como todos los débiles, y, aquel mas que odio, temor, al



Yo, que lleva a la renuncia de la personalidad a las almas sin consistencia, incapaces de toda rebeldía ;

eliminar la Personalidad, matar la Voluntad, hacer el Hombre Máquina, que es el objeto de la educación jesuítica había triunfado en él, admirablemente ;

abúlico por educación y, no por temperamento, era uno de esos deformados del espíritu que la célebre compañía forma como algo inerte y fatal, destinados a destruir y a torturar con la inconsciencia cruel de una rueda, que tritura sin voluntad ;

amable y servil con sus superiores, serio y reservado con sus condiscípulos, muy dado a prácticas de devoción, exagerándolas hasta un ascetismo cruel, que sus maestros tenían que moderar, poniéndolo sin embargo como ejemplo de edificación a los demás, con un solo confesor durante sus siete años de internado, se había conservado virgen ya que no casto, sin contaminarse del homosexualismo imperante en el colegio, pero sin poder librarse, y—antes bien, dándose con pasión a ellos—, de los vicios solitarios

que llegaron a dominarlo y, destruirlo por completo ;

su bella naturaleza, viciada, se agotó ;

se hizo maníaco, sombrío, receloso ; un hurón solitario y contemplativo, sin otro amor que sus libros y su soledad ;

su salud perinclitó entonces por completo ;

disturbios gástricos, vahidos, novedades cardiacas, síntomas de dismnesia, desmirriamiento rápido, y, accesos nerviosos rayanos en la epilepsia, lo atacaron con tanta frecuencia y, tan violentamente, que el Médico del Colegio, y, otros llamados en consulta, opinaron que era llegado el caso de devolverlo con premura a su familia, a la libertad, al aire libre ;

era necesario, que viviera, para amar, y, que amara para vivir...

ése fué el diagnóstico de los médicos...

él, sufrió mucho, ante ese veredicto, y, quiso resistir, y, quedar en la residencia de los padres, y, ser un jesuíta como ellos ;

ése había sido su solo sueño : ser sacerdote ;

y, no había creído nunca tener que renunciar a él ;

y, sin embargo, tuvo que hacerlo ;  
lloró, suplicó, pero, fué en vano ;  
sus maestros no aceptaron el Sacrificio ;

ellos sabían que sin tonsurarlo, él era un jesuíta ; estaba deformado por su garrá, y, no sería ya sino un jesuíta, un jesuíta laico, de esos que ellos necesitan en el mundo para doctrinarlo y dominarlo ;

llorando abandonó la casa de Loyola, pero su alma quedó prisionera de ella ;

instalado en su casa y, entre sus libros, no hizo sino cambiar de soledad ;

dócil a los suyos, no fué tierno para ellos ;

su alma, era una alma de apóstol, desarraigada de todos los afectos terrenales ;

y, no abandonó el colegio, sino para entrar en el Apostolado ;

la prensa, fué su dominio ;

el *Lignum Crucis*, que era la Revista mensual de los jesuítas, lo anunció entre sus redactores, y, otros periódicos del Catolicismo militante pidieron su colaboración ;

su prosa sólida y sin brillo, lejos de todo vuelo ; el caudal de sus ideas, escaso,



pero encauzado metódicamente entre los dos muros de la tradición y el clasicismo ; su ilustración muy vasta para su edad, aunque unilateral, y estrechamente escolástica, le crearon pronto un grande y real prestigio ;

era un místico a lo Novalis, pero sin las afinidades románticas que hacen de Henry d'Offterdingue un personaje de novela ;

su misticismo era idealista y no sensualista, como el de la mayoría de los místicos ; nacía de una fe y no de una decepción, como en Pascal, del cual aspiraba a ser discípulo ;

había nacido para ser un ascético contemplativo, pero, no de las sombras inútiles y diáfanas de los hijos de San Bruno, sino de los austeros y combatientes polemistas de Port Royal ;

estaba muy cerca de Pascal, por su intensidad de vida interior, tanto como por el convulsionismo visionario de su fe, nacido de un mismo vicio ardiente y fatal ;

no exento de las torturas y de los espantos morales del pascalismo, era sin embargo, menos sombrío, más humano, las sombras de su claustro interior eran

menos téticas, y, por eso su estilo era más armonioso, más claro y más sereno ;

sin ser un modernista—porque esa sola palabra lo horrorizaba—, no podía librarse de ser más moderno que su lúgubre modelo, y por eso, el ideal de la perfección personal, no lo preocupaba tanto, como el de la perfección universal, y, era, tal vez sin quererlo, ese algo, tan camaleonesco, tan absurdo y, sin embargo, tan común desde los tiempos, del brutal y quimérico Veuillot, que se ha llamado un místico socialista, de los cuales fué, el más bello *pivot* sin florecer, ese elocuente y autoritario Ferdinand Brunnetiere ;

serio y apasionado a la vez, no tenía el genio matemático de su Maestro, del cual amaba el estilo-hacha, de las *Provinciales*, a cuya elegante aridez no podía llegar, pero, lo suplía con un lirismo subjetivo y emocional, que hacía a veces el suyo, más bello por más humano, y lleno de un mayor soplo de vida ;

cosa rara, si se tiene en cuenta, que Pascal, había conocido el Amor, y, él, no ;

él, no habría podido escribir aquel : *Discurso sobre la pasión del Amor*, que la Safo poitevine, inspiró al solitario de Port

Royal, antes de hacerse tal, aunque ese discurso, por demasiado intelectualizado para ser sincero, demuestre más el deseo del Amor que el Amor mismo, y, haga ver que Pascal tuvo la *idea* del Amor, no la *pasión* ;

amaba la política casuística, dogmática y tiránica de sus maestros, pero, la predicaba con cierta ductilidad, que la hacía amable, desnuda de asperidades ;

el proselitismo, sin dejar de ser rígido, tomaba en él, formas suaves y, tiernas, como tendentes a fundirse, en un asisismo comprensivo y perdonador, lleno de redenciones ;

no tenía la pasión rencorosa de los conversos, porque para él, no había habido drama de conciencia, ni hora de revelación ; sus pupilas no habían sido ardidadas por el fulgor del rayo de Damasco.

Dios, había estado siempre en él, y, con él ;

los análisis hegelianos, no entraban para nada en sus creencias, como no entran en las de ningún católico ;

pensar según la Ciencia, es, lo contrario de creer, según la Fe ;



su convicción, era una convicción dogmática, no una convicción científica ;

el Dios, de Feuerbach, que no es sino, *la sombra del Hombre, proyectándose en el cielo*, habría dado miedo a su alma aquiniana y, teológica, temblando de rodillas, ante el Dios Único y vengador de los hebreos, arrancado a las fábulas mosaicas, para crucificarlo en una colina de Judea ;

todas las ideas fantasmas del catolicismo, concurrían a hacer de él, el Hombre Fantasma, o mejor dicho, fantasmal, de los católicos, el ser esclavo y sin voluntad, el *anti-Yo*, incondicional y sumiso, el hombre recua, la pécora irrazonante, resignada a pacer aquí, en los prados del Dolor, para abonar luego con su estiércol los prados estelares ;

el Hombre de Fe, es la negación del Hombre de Libertad ;

un Creyente, es todo lo contrario de un Hombre Libre ;

la Obediencia, es una renunciación al *Yo*, que debe ser el punto concéntrico de toda autoridad :

*Yo*, y, siempre *Yo* ; el *Yo* de Stirner, el

*Único*, debe ser el grito y la divisa de todo Hombre Libre ;

ese *Yo*, mucho más grande y, más concreto, que el *Yo*, confuso y, sin lineamientos fijos de Fichte, ese *Yo*, borroso, tan pronto a disolverse en los otros, como un fantasma en el aire ;

el *deber*, que es el nombre que las sociedades dan a sus *intereses*, encontró en él, un apóstol ferviente, y, un defensor apasionado ;

su propaganda revestía todas las formas de la esclavitud docente, familiares a su secta, y, eso encantaba a sus maestros, que veían levantarse en él, uno de los más fuertes pilares del Templo de las Tinieblas, cuando el agotamiento absoluto de su salud, vino a poner en peligro su vida...

aquel Pascal, pascalizante, se moría del mismo mal que mató al Onán del jansenismo en su celda de Port Royal...

le faltaba el beso que da la vida recibéndola ; le faltaba la mujer...

ante la aparición de los primeros ataques epilépticos, su padre alarmado, hizo junta de médicos ;

todos opinaron lo mismo ; era necesario

volver esa vida a la armonía que le faltaba ; entregar esa juventud agostada por el vicio estéril, al beso primaveral de la mujer, que la hiciera florecer en flores de placer y fructificar en bellos frutos de Vida ;

en las tinieblas de su mal, él, tenía conciencia de su degradación y, no osaba volver sus ojos a la Esperanza, porque ella se le aparecía bajo las formas vivas del Pecado ;

la serpiente que perdió a Adán con sus consejos le daba horror, y, la fruta pendiente del árbol, hacía temblar de terror todo su cuerpo, como si a su vista, oyese gemir en el espacio la lamentación milenaria de todos los dolores, perpetuados por el gesto amante de la procreación...

su padre, dispuesto a salvarlo, agotó todos los recursos ;

los médicos lo sometieron a una higiene reconfortante, que lo molestaba, turbando sus hábitos de soledad ;

se limitaron mucho sus horas de lectura y sus trabajos intelectuales ;

se ensayó, lanzarlo en los *sports* y, fortalecerlo por la gimnasia ;

se le inició en la vida de los placeres,



con la intención de inclinarlo cautamente hacia el Amor ;

se le entregó a sus primos, dados a correr aventuras, para que saliera con ellos en la noche, y, recorrieran los teatros y otros sitios de placer ; éstos, le hicieron presentación de bellas mujeres, y, lo llevaron a casas de lenocinio, donde hetairas expertas ensayaron en él, todas las caricias, sin lograr en esos placeres incompletos, vencer la terrible aversión que lo dominaba ;

el matrimonio, apareció entonces, como el único medio, seguro para salvarlo ;

así lo pensaron su padre y sus maestros ; y, éstos últimos se encargaron de buscarle el partido que mejor le conviniere ;

pronto lo hallaron.

Celina Rujeles, la más rica heredera de todas esas comarcas, perteneciente a una familia católica de antiguo abolengo, llenaba todas las condiciones requeridas ;

así se lo dijeron a don Fausto Mendoza que ya había pensado en ello y que no tardó en entablar negociaciones ;

triunfantes éstas, la mano de Celina Rujeles, había sido pedida y, concedida

para Torcuato Mendoza, en aquella visita a la *Almudena*, donde el joven prometido había hecho tan triste papel, ante aquella que le destinaban para esposa ;

cuando de regreso en su casa, su padre le hizo reproches a ese respecto, él, le contestó :

—Y, ¿ de qué mejor hablar a una mujer religiosa, que de cosas de Religión ? ; ¿ de qué mejor hablar a una virgen, que de la Virgen, de aquella que es el lirio y el candor de todas las virginidades ? no veo la inconveniencia que haya, en hablar de Dios, cuando se habla de Amor ; Dios, es el Amor Supremo ;

don Fausto calló, no teniendo empeño en discutir esta fórmula teológica del Amor, y, feliz de la evolución realizada por la cual ponía la mano sobre la fortuna de los Rujeles, y, sobre *Sierra Negra*, por cuyo distrito pensaba hacer diputado a su hijo ;

los tumultos democráticos que se habían alzado furiosos para abatir los viejos despotismos sociales, clericales y políticos, en todo el país, habían llegado hasta *Sierra Negra* y abatido el poder de los Rujeles, pero, éstos conservaban in-

tactas y aun aumentadas sus mesnadas y vivo su prestigio entre ellas, y lo que les faltaba era un jefe que las organizara ;

con el triunfo casi definitivo de los Pedralbes, la paz se había afianzado en el pueblo, pero, una paz armada, sin otra garantía que las corrientes políticas nacionales, que marcaban orientaciones hacia la Libertad, y, la vejez achacosa de don Pedro Rujeles, que moría sin herederos varones, que resucitaran su prestigio ;

tal era el campo que se ofrecía, como una especie de feudo vacante, a Torcuato Mendoza, para que fuera en él, el Príncipe Consorte, mediante su matrimonio con Celina Rujeles ;

no era esa ambición de dominio sanguinario en los combates, y, tumultuoso y agresivo en la Plaza Pública, la que movía el corazón de éste, que en el fondo era un corazón piadoso y angélico, inclinado a ejercer el proselitismo de las almas, no por el hacha que corta y la muerte que siega, sino por el poder de la Palabra ya hablada, en el seno de Asambleas creyentes y, pacíficas, o ya escrita, en los grandes diarios y en los libros ;



la idea de los combates brutales en aquel campo bárbaro no lo seducía, pero sí halagaba sus secretos ideales de triunfo, la idea de ser diputado por *Sierra Negra*, y, poder en los congresos ejercer el apostolado apasionado de sus principios ;

sus maestros lo impulsaban por ese camino, felices de que su discípulo más amado, aquel en quien tenían puestas todas sus dilecciones, se hiciera el heredero de la fortuna y del prestigio político de la raza feudal de los Rujeles ;

las trágicas leyendas de *Sierra Negra*, de sus asesinatos en masa, de sus incendios forestales, de sus quemas de herejes, y, sus azotamientos de mujeres en las plazas públicas, toda la lúgubre y sangui-naria leyenda rujeliana, gozaba de un gran prestigio entre ellos, y, le tributaban una devota admiración, por eso, ver perderse ese predio bajo la invasión herética y liberal de los Pedralbes, y, desaparecer la vieja raza cruel, falta de herederos varones que la perpetuaran, era un gran dolor, y una muy grande angustia para la compañía ;

el matrimonio de Torcuato Mendoza, con Celina Rujeles, venía a librarla de

ellos, con la reconquista política y moral de *Sierra Negra*;

esa felicidad de sus maestros no penetraba en el alma atormentada y contemplativa de su discípulo que perdido en su soledad no amaba sino las flores de ella, con cuyo jugo capcioso se adormecía como en una lenta disolución de su vida, en una caricia furtiva de labios y de manos invisibles.



En la magnificencia del silencio, Leoncio Pedralbes meditaba, inclinado sobre las tristezas de su corazón, como sobre un abismo en el cual durmieran todas las tempestades ;

una sombra inmensa se extendía sobre su cerebro y sobre su vida toda, hechos como parajes desolados de los cuales emergiera la noche ;

lentamente, lentamente, la angustia lo invadía, una angustia que se hacía colérica y trágica, como una nube negra orlada de rojo, y, en la cual caracolearan los relámpagos...

muy solo, muy alto y muy extraño, el



sueño que dominaba su corazón tendía a hacer feroces sus alas, como las de un petrel en combate con el rayo ;

ninguna voz humana podía llevar consuelo a aquel dolor que era un secreto, sellado con los siete sellos del Silencio, puestos sobre sus labios y sobre su corazón...

miserable de él, que había dejado llegar el Amor hasta lo más hondo de su ser y hoy ese Amor lo rompía con sus trepidaciones, haciendo turbia su vida, como las aguas de la mar mitológica, agitada por las antenas membranosas del Leviatán en furia ;

la llama de la desesperación subía hacia el cielo hasta entonces pacífico de su juventud y lo incendiaba, como la llama de un volcán inflama y hace purpúreo el azul del horizonte sonoro ;

una nube de sueños indómitos y, desesperados nubló la diáfana blancura de su vida sentimental como un vuelo de cormoranes enormes, hace oscura la limpieza de un pálido estuario calmado ;

la noticia del compromiso matrimonial de Celina Rujeles con Torcuato Mendoza, arrojó tal turbación en su ánimo, que lo dejó estupefacto, desorientado, como si

hubiese abierto los ojos, de pie sobre las ruinas de su propia vida ;...

un rencor sordo y, vigilante se despertó en él, como una fosforescencia nocturna sobre la inmovilidad de un paisaje tranquilo ;

tanta belleza heroica como había en su vida juvenil se sintió conturbada y perdió todo encanto de serenidad ;

ya no fué dueño de sí ;

perdido todo dominio y, todo control sobre sus sensaciones, ya no supo sino inquietarse, desesperarse y sufrir ;

el llanto, un llanto amargo, que no conocían sus ojos, hasta entonces abiertos sobre la vida como sobre un espejo sereno, anubló sus pupilas audaces, donde hasta entonces no se habían reflejado sino las alas de sueños heroicos, desplegadas como gallardetes trémulos, por el cercano aliento de las victorias ;

la armonía fuerte de su vida se rompía, como las olas de una bella y suave mar, bajo una quilla feroz ;

y, conoció las largas noches sin sueño, y las horas sin ventura ;

la enervación dolorosa de su coraje inútil lo atormentaba...

¿qué podía él, contra ese golpe de olas que rompía y amagaba sepultar la nave de sus sueños embanderada de esperanzas?...

del pacto firmado en la *Almudena*, entre los Mendozas y los Rujeles, por sobre su corazón sacrificado, apenas si veía el lado amenazante para la política de su partido, del cual era jefe reconocido, a pesar de su temprana edad ;

en las tinieblas de ese pacto que él, reputaba infame, no alcanzaba a ver sino los peligros de su corazón, la amenaza que se proyectaba como una garra sobre el jardín de sus ilusiones, antes floribundo y primaveral, pronto a convertirse bajo esa amenaza, en un meandro polvoriento bajo los cielos siniestros ;

la política de su partido, del cual había recogido la jefatura, como un estandarte caído sobre la tumba de su padre, pasaba a segundo término ante la violencia de su amor amenazado, hecho la pasión dominante de su vida y que engrandecía y desmesuraba como un loco torbellino que pasa asolando la llanura y descuajando las montañas en su vértigo de muerte ;



la idea de ver un día, a Torcuato Mendoza, tomar las riendas de la política rujeлиста para dirigirla, aspirando a dominar en *Sierra Negra*, con fuerzas extrañas traídas de la Capital, no lo inquietaba y antes bien, aguijoneaba su ánimo guerrero, ansioso de combates, feliz de hallar un enemigo al cual estaba seguro de vencer ;

pero, la idea de que Torcuato Mendoza, llegara un día, a poseer la divina belleza de Celina Rujeles, ajando con sus manos y con sus labios aquel lis de purezas, que era el cuerpo de esa virgen inaccesible a las manos de él, separada por ese lago de sangre, donde flotaban como algas insumergibles, todos los muertos de sus dos razas, eternamente mecidos por el oleaje del Odio, lo hacía feroz e implacable y, despertaba en el fondo de su ser las más terribles pasiones ;

tierno, como todos los hombres verdaderamente fuertes, había dejado al veneno del Amor, penetrar por todos sus poros, y filtrarse en todo su ser, y, ahora se sentía víctima languideciente de esa gran debilidad que es el Amor, de esa suprema fiebre cobarde, que ha sido la rui-

na de los héroes y el vencimiento definitivo de todas las grandes fortalezas de la historia ;

el sentido de su vida, se le aparecía con las líneas fuertes y, netas de una gran Tragedia de Amor ;

casos como el suyo habían sido el alma de las más grandes tragedias y habían ensangrentado el escenario de todos los tiempos, hasta aquellos más remotos, hundidos en el corazón misterioso de la Fábula ;

él lo sabía bien ; lo había aprendido así, en sus lecturas apasionadas de autodidacta, y, muchas veces, se había abrazado mentalmente a las sombras lamentables de esas tragedias como a unas sombras hermanas, dispuesto a igualarlas y aun a emularlas, no sólo en la grandeza desesperada de su Amor, sino en el horror de su Destino, que no pudieron vencer...

la flor del Crimen, nacida en esas praderas desoladas, le parecía una mágica rosa de ventura en cuyos tenebrosos pétalos de ámbar fatal, habían jugado taciturnas, las más bellas y más nobles ma-

nos, hechas a veces rojas por el roce con las espinas que guardan el solitario y, trágico rosal ;

en la vastitud de su pasión, el odio de su raza se extinguía, falto de fuerza, al llegar a los pies de esa Virgen Enemiga, como un tropel de olas amorosas, vencidas sobre una playa sin fronteras ;

¿ enemiga ?...

no, su corazón sabía que no ;

lo sabían, sus ojos, que contemplaban aquella flor de seducción, ajena a todo gesto de rehusa ;

lo había aprendido en la tácita actitud de aquellos labios, en los cuales los silencios florecían como promesas en capullo, en una música muda, sin palabras ;

lo adivinaba en el maravillamiento y la alucinación de sus ojos, llenos de mirajes ilimitados como litorales infinitos, donde las olas y los cielos, cantan una misma, cándida canción, languideciente ;

su psicología de Héroe, sana y fuerte, sin morbosidades enfermizas, ni complicaciones pasionales, tenía la rectitud de una columna dórica, hecha para sostener la estatua de la Victoria, con las alas abier-



tas, a la orilla de un mar vencido por el poder de sus argonautas ;

a causa de eso, su visión era pura, y, veía claro en el lejano corazón de aquella que adoraba ;

no había oído nunca su voz, respondiendo a sus requerimientos, pero, sabía que si esa voz se ahogaba en el Silencio era llena de emociones y de ternuras inexpressadas, trémula y sensible, como la ola que expira al llegar al agua muerta de un pantano, lleno de las metamorfosis inaudibles de su eterna visión tentacular ;

de sus cartas a Celina Rujeles, él, no había recibido nunca una respuesta escrita, pero había podido leerla en sus ojos lánguidamente apasionados, en su sonrisa suave, en toda la expresión de su casta belleza, que al mirarlo, parecía poner al desnudo su alma, estremecida como una sensitiva ;

no había faltado ninguna tarde, en asomarse a la hora fija, sobre el barandaje del corredor para verlo pasar, y, contestaba su saludo, y, la mirada de sus ojos lo seguían hasta verlo perderse en la lontananza gris ensombrecida por el crepúsculo ;...

la misma tarde de la visita de los Mendozas a la *Almudena*, para pedir su mano, ella, no había faltado a la hora de la cita muda, y, lo que nunca había hecho, había respondido a su saludo con la mano, describiendo en el horizonte, el gesto de una ala amante que se acerca ;...

las diarias delaciones de los siervos de la *Almudena*, le habían hecho saber, hasta en sus más íntimos detalles, el drama de familia que se desarrollaba allí ;

sabía que Celina Rujeles, no amaba a Torcuato Mendoza, y, que era miserablemente sacrificada a los rencores y a los intereses de su familia ;

sabía que ella se rebelaba contra este infame comercio, y ninguna de las escenas habidas, ni de las palabras dichas a ese respecto, las ignoraba él ;

sabía cómo la voluntad inexorable de Matilde Rujeles, imponía ese matrimonio a la debilidad rencorosa de su hermano, que a su turno la imponía a su hija ;

y sabía, que ésta y su madre resistían, sin otra arma que sus lágrimas y sin otra esperanza que sucumbir ;

todas las gentes de *Sierra Negra*, tirios y troyanos, sabían que Celina y su ma-

dre, no participaban de los odios y los rencores de su raza y, antes bien, tenían una especie de sagrada piedad, por esa tierra suya, fatigada de beber sangre ;

y, todos amaban y, compadecían esas dos mujeres, bellas y suaves, tan rudamente despotizadas, por el orgullo irreductible de la *leonã virgen*, y, la debilidad rencorosa de don Pedro Rujeles, que no sabía sino temblar ante su hermana ;

la noticia del matrimonio de Celina, con Torcuato Mendoza, no sugirió comentarios piadosos entre los habitantes del pueblo, justamente alarmados ante la probable reaparición de una nueva guerra como aquéllas que habían asolado la comarca, y de las cuales, los Pedralbes habían sido unos como héroes nacionales, que habían libertado esa tierra del despotismo sanguinario y, la barbarie feudal de los Rujeles ;

para nadie en *Sierra Negra*, era un secreto, el amor silencioso y, romántico de Leoncio Pedralbes por Celina Rujeles, y, la imposición de ese matrimonio, que venía a añadir un elemento de tragedia, a ese idilio desgraciado, interesaba y conmovía a todos, especialmente al alma



sensible de las mujeres, que protestaban en el silencio de sus corazones, contra este atroz egoísmo, que sacrificaba dos vidas a la exigencia cruel de sus rencores ;

saber que se negociaba así, en un vil comercio político, con el alma y, la ventura de aquella joven tan bella, prisionera entre los muros de la *Almudena*, sublevaba los ánimos, y un sordo rumor de protesta se levantaba contra este sacrificio ;

los mismos partidarios de los Rujeles, en el pueblo, que no eran tan abyectos, como los siervos de la gleba, que trabajaban en sus dominios, veían con pena el proyecto de ese matrimonio, que venía a hacer resurgir, con elementos extraños, las viejas querellas que habían ensangrentado esos campos, y hubieran deseado que la unión de los últimos herederos de las dos razas rivales, hubiera sido el ala pacificadora, bajo la cual, se durmieran para siempre, los viejos odios vencidos ;

y, rodeaban de una simpatía noble, las dos víctimas de ese drama, que lastimaba todos los corazones ;

los ecos de esa gran cólera colectiva, llegaban con frecuencia a la *Almudena*, ora, en forma de comentarios y murmura-

ciones, traídos por los siervos, ora, en forma de anónimos vehementes, que es el alma usual de los pueblos incultos.

Matilde Rujeles, se indignaba ante esta inmiscuencia atrevida de los extraños en los asuntos de su familia, y, como los anónimos imprudentes hablaban del rapto de Celina, para impedir su sacrificio, no cesaba de instigar a su hermano para estar en acecho, e impedir por todos los caminos, aún por el del crimen, si era preciso, que Leoncio Pedralbes, o sus amigos, pusieran en práctica su atentatorio proyecto, y, puso ojo avizor a *Sierra Negra*, redobló su espionaje, y, adiestró sus perros de presa, como en tiempos de sus antiguas cacerías de hombres ;

no era la *leona* una alma que vacilara ante el delito, ni cuyo corazón temblara al ordenar o dar la muerte, por eso todos empezaron a temer por Leoncio Pedralbes, y, a velar por él, aunque de lejos, y, Celina Rujeles, fué la primera, en poner oído atento a la amenaza, y, espiar hasta los más pequeños movimientos de la *leona*, y de los más avezados lebreles de su vieja jauría de asesinatos ;

así supo, que Casiano, el hombre de con-

fianza de Matilde Rujales, aquel labriego tuerto y, feroz, que la había asesorado en sus más criminales empresas, había recibido orden de apostarse bajo uno de los puentes del camino, cercano de la casa, para vigilar un buitre, que según decires había aparecido, y devoraba los corderos y cabritillos recién nacidos.

Casiano, tenía orden de *abatir la bestia*, cuidando de hacerlo con atención, porque como era tuerto, podía herir algún transeunte...

todos leyeron entre líneas, lo que esta advertencia quería decir, y, el sirviente que la escuchó vino pálido y, temblón a decírselo a la niña, como ellos llamaban a Celina ;

y, ésta se apresuró a transmitir la noticia, a aquel a quien más interesaba ;...

y, una tarde, dulcemente sonora, como el clavesín de un coro de novicias, cuando Leoncio Pedralbes avanzaba, en la belleza de la hora, que parecía entusiasta de músicas extrañas, y, trataba de mirar por entre el follaje balanceante de las arboledas, hacia la *Almudena*, vió saltar de detrás de un cercado, a Susana, la vieja leñadora que era quien llevaba sus cartas



a Celina y, que esta vez no venía a llevar sino que traía una entre las manos, y, se la entregó ;

era un pequeño billete, en el cual, una letra elegante, había escrito :

«No paséis por el camino habitual ; os acechan ; volved hacia la izquierda, remontando el curso del río, hasta el puente del Molino» ;

por toda firma, llevaba una *C*, elegantemente trazada, como una cifra heráldica ;

cual si una aurora insólita, hubiese irrumpido sobre los cielos y, en su corazón, quedó como deslumbrado y, estático ante aquella misiva inesperada, la única recibida hasta entonces, de parte del ser amado ;

la llevó con devoción a sus labios, y, la puso luego sobre su corazón ;

después, volvió las riendas de su caballo, y tomó el sendero que se le indicaba, todo encauzado entre el oro de las margaritas, y, el blanco diafanado de los geranios salvajes ;

remontó por la orilla del río, hasta un puentecillo rústico, que llamaban del Molino, porque ogaño había existido uno allí, y del cual, hasta las ruinas habían

desaparecido; ricas dehesas circunstantes ocupaban su lugar y, un grande árbol solitario, era el único sobreviviente de aquel antiguo paisaje;

al otro lado del puente, y, más allá del camino, colindando con él, se alzaban los muros de la *Almudena*, encalados y blancos, como un cementerio morisco, oscurecidos a trechos por el verdor de las parásitas, y, la sombra de los árboles del huerto, cuyos ramajes caían afuera como cabelleras desesperadas;

diafanizada por las perspectivas violáceas y, el blanco de los rosales que parecían evaporarse en la niebla, sentada sobre el banco rústico de una especie de mirador, cuyos pretilos de piedra, se desmoronaban sobre el camino, heridos de vetustez, y a la sombra de una encina, tan antigua como la vida de esos campos, Celinia Rujales, aparentaba leer, mirando sin embargo, con una inquietud creciente, hacia el sendero, que más allá del río, se obscurecía lentamente;...

no tardó mucho en aparecer por él, avanzando a pie hasta colocarse debajo del árbol cercano al puente y detenerse allí, Leoncio Pedralbes;

el corazón de Celina, susultó de alegría, porque lo vió ya libre de la emboscada.

Leoncio la miraba fijamente, devotamente, en un gesto de adoración ;

la saludó ;

ella contestó, sonriendo, sin poder ocultar la ventura, que emanaba de todo su ser, como un perfume ;

en la bruma azul y, verde de la hora, sus miradas se encontraron, y sus almas quedaron como prisioneras la una de la otra en ese gesto beatífico de captación ;

quedaron así, como si para ellos, no hubiera ya otros paisajes que los de sus corazones, iluminados por un sol de vértigo que aceleraba su vida ;

por primera vez, los dos se miraban así, tan cerca sus almas en esa atmósfera de ardiente recogimiento, en el maravillamiento de todas las cosas, en las ondas apaciguadas y, calmantes de la luz, que se moría sobre aquel paisaje de beatitud, como sobre un pálido cristal ;

caducaba la divina policromía de los cielos, en un fondo gris obscuro de sayal ;

la fantasmagoría polifónica de la hora, parecía cantar el éxtasis de los dos amantes, en un coro infinito de visiones...



y, ellos mismos cantaban su sueño en estrofas de una música muda, hecha de todas las armonías de sus corazones ;

como embriagada de ensueños, ella, contemplaba la figura de Leoncio destacada en el horizonte cóncavo, a la sombra del árbol, cuyo follaje parecía bordar sobre él, los acantos de un escudo, y, continuaba en sonreírle, como no le había sonreído nunca, con una sonrisa suave y apasionada a la vez, que era como un flúido que emanaba de toda su persona, ardiente y, dorado, como el rayo de sol, que baña los contornos de una estatua ;

y, él, fuerte y, calmado la devoraba con los ojos, así tan bella en el corazón del paisaje hipnotizante que parecía vocalizar las más ardientes églogas de la musa virgiliiana ;

detrás de él, oculto entre los matorrales, se oía piafar el caballo, empeñado en golpear el suelo, como si quisiese extraer de sus entrañas algún mágico tesoro ;

el campo desierto, bajo el cielo inviolado, tenía una suave quietud de aguas tranquilas ;

un ruido en los follajes del jardín, hizo a Celina prestar atención, interrumpien-

do el mudo coloquio de esas dos almas amantes ;

la joven vió moverse cautamente los ramajes, y, adivinó pronto, quién avanzaba con cautela, por entre ellos ;

e hizo seña a Leoncio, con la mano, para que se alejara ;

el joven desapareció entre los boscajes, como si lo hubiesen tragado los enmarañamientos del monte ;

y, ella, inclinó la cabeza sobre el libro que tenía en las manos, y, fingió absorberse en su lectura ;

pronto de entre un grupo de clemátides que enfestonaban y ocultaban los senderos de un laberinto del viejo jardín, ya casi obstruído a causa del desuso, apareció la figura monumental de Matilde Rujeles.

Celina, hizo el gesto de no verla, y, de no oír el ruido de sus pasos sobre la arena ;

la *leona*, se acercó al pretil, cerca al cual, estaba sentada su sobrina, hasta rozarla con sus trajes, interrogó el horizonte calmado y los paisajes inmóviles, sumidos en una como absoluta amnesia de la vida ;

el cielo enrojecido por los resplandores de la hoguera, donde moría el sol suplicado, se reflejó en sus ojos, como las llamas de un volcán sobre dos pozos petrolíferos, prontos a incendiarse ;

puso la mano extendida bajo su frente para hacer sombra a sus pupilas cansadas, y, miró largamente, tenazmente, la belleza de los paisajes, sobre los cuales la aparición de las estrellas, extendía ya, una irrealidad de miraje ;

visiblemente contrariada por la actitud de la joven, que parecía no haberse apercibido de su llegada, dijo, con su voz fuerte, que empezaba a hacerse gutural, por el relajamiento de las cuerdas vocales :

—Me pareció haber escuchado un ruido de pasos ; ¿ no ha atravesado nadie el puente ?

—No he hecho atención—respondió Celine, cual si se sintiese visiblemente contrariada de ser interrumpida en su tarea.

—Me pareció haber oído el ruido de unos pasos, y ver la sombra de un hombre más allá del río—dijo Matilde fijando sus ojos terriblemente escrutadores, en la joven ;



ésta, resistió la mirada sin inmutarse. cerró el libro con displicencia, y, dijo mirando a su tía, en los ojos, con una agresiva frialdad :

—No sé ; no he hecho atención ; tal vez sería el tuerto Casiano, en busca del buitre que usted le ha ordenado abatir, buscará aguas arriba, la manera de errar el tiro ;... probablemente, no lo ha logrado ; —y, una sonrisa maliciosa y cruel, ondeó por entre sus labios delgados ;

la *leona* recibió impávida esas palabras, y, dijo con una voz sorda, que no lograba dominar la audacia de su sobrina :

—¿ Te interesa mucho la suerte del buitre ?

—¿ Bah !—dijo Celina— ; los buitres saben defenderse ; es para eso que tienen las garras y, las alas ; los buitres no tienen miedo de los leones, porque los buitres vuelan ; ¿ qué pueden las garras contra las alas ? ; tanto como contra las estrellas —y, rió, con una risa seca y nerviosa ultrajante en su desdén...

Matilde, haciendo el gesto de despreciar la alusión, dijo trémula de rabia y de rencor :

—¿Por qué llevas tú, mi misma sangre?... ¿para deshonrarla?...

—La sangre no se deshonra, sino vertiendo infamemente la de los otros; por eso yo, no he deshonrado mi sangre; puras están mis manos de todo gesto de crimen—y, diciendo así extendió sus manos en el candor de la tarde, como para emularlo, y, semejaron dos lirios orientales en un paisaje de oro...

instintivamente, Matilde Rujales, retiró, como para esconderlas en los pliegues del traje, las suyas redondas y fuertes como dos garras, y acercando su rostro al de su sobrina, le insufló mas que le dijo, con un tremor de siglos de odio en los labios:

—¿Hablas así ante estos paisajes, testigos mudos del exterminio de nuestra raza?... tú no eres una Rujales, eres algo bastardo y deshonroso, incapaz de poseer y comprender el alma de nuestra raza.

—¿El alma de nuestra raza, es pues el alma del Odio y del pillaje, la entraña del Delito y, de la Devastación?... ¿no hemos sido y no seremos sino una raza de asesinos, ajena a todo amor, que no sea el de la Muerte y, la Venganza?...

—¿Así insultas nuestros grandes muertos? ;... ¡ Ah!... si tú hubieras visto como yo, caer los Rujeles, uno a uno, heridos por el fuego ó por el hierro de los Pedralbes, como he visto yo morir entre mis brazos, a mi padre, a mis hermanos, a mis primos, entre ellos aquel que estaba destinado a ser mi esposo, y que expiró sobre mi pecho, asesinado por Lucas Pedralbes ;... ¡ ah! entonces sería digna de nosotros, y, hablarías de otra manera...

—Y, ¿ los Pedralbes?... ¿ cómo han muerto los Pedralbes?—dijo Celina, con una voz grave, como si alzase una requisitoria contra una raza extraña acusada de todos los delitos, y, añadió :—¿ murieron también todos asesinados por los Rujeles?...

—Todos, no—rugió la *leona*, como si le disputasen una presa— ; todos, no :... aún queda uno ;... pero, ése también caerá ;... ¿ lo oyes bien?... ése también caerá ;... y, con él, la simiente de los Pedralbes, se habrá extinguido hasta en su última generación...

—Y, ¿ la de los Rujeles?—dijo Celina, despreciativa y soñadora...

—Esa—dijo Matilde Rujeles, como si



quisiese aplastar a su sobrina, bajo el peso de su respuesta—. Esa, vivirá en ti, pero, perpetuada por la sangre de los Mendozas; de tu vientre saldrá nuestro Vengador; somos una raza de leones, y, no estamos dispuestos a morir agotados en el corazón de la selva; quieras o no, tú, engendrarás el *cachorro de león*, que ha de acabar con la raza del contrario...—y, diciendo así, apretó ante el espacio sus manos homicidas, que parecían exprimir vides de sangre, y volviendo la espalda se alejó en la Noche naciente, Euménide Implacable, soñadora de venganzas, y se perdió en las tinieblas arboladas del huerto, sin escuchar las notas cristalinas de la risa de Celina que sonaban musicales en el Silencio, como dos cuerdas de arpa que azotarán las ancas opulentas de la *leona*.



\*

\* \*

En la *Almudena*, los días se pasaban, lentos, monótonos, insonoros, llenos de grandes silencios como aguas de estanques pútridos, donde en el cáliz de las parásitas enfermas, durmiera el alma taciturna de todos los viejos odios en acecho ;

en esa paz precaria, expuesta a todas las contingencias, vagaba una atmósfera de hostilidad cruel, que era como un gas acumulado, pronto a estallar a la primera chispa ;

los habitantes de esa casa, hecha sombría en su mudez tumbal, apenas si se dirigían la palabra, y, esquivaban encontrarse, como si tuviesen miedo al contacto de sus almas enemigas ;



apenas se veían en la mesa, a la hora de las comidas, y, eso no todos, porque siempre alguna de las mujeres, se hacía excusar por enferma.

Matilde hacía largas ausencias, especie de submersiones, en las sombras del Oratorio, donde parecía que las tinieblas la tragaran ;

nó invitaba ya a su cuñada, ni a su sobrina, a estas fiestas de santoral, y, antes hacía el gesto de esquivarlas, encerrándose con el cura ya en su capilla, ya en sus aposentos, para tratar de la «Junta de Damas Catequistas», de *Sierra Negra*, de la cual era Presidenta, o ya, del equipo y provisión de ornamentos, que según el cura empezaban a escasear en la Iglesia del Pueblo ;

con estos diarios coloquios, siempre en penumbras discretas, y, los inevitables rozamientos de sus cuerpos, el cura estaba en ascuas ; su sensualidad bestial, se exacerbaba hasta el paroxismo ;

la belleza salvaje y agresiva de Matilde Rujales, aunque ya declinante y empezando a hacerse fofa, como una poma mordorada, por los pálidos soles octubrales, tenía aún encantos en los bellos ojos

imperativos, y en la gran boca, carnosa y sensual, perpetuamente roja, como si la sangre vertida por sus manos, afluyese a sus labios, en olas empurpuradas y, delatoras.

el Otoño de la *leona virgen*, ardía en ella, con llamas más vivas y, más ardientes, que las de sus estíos, ya muertos y de sus primaveras lejanas ;

las miradas lascivas del cura, empezaban a turbarla, y, no se defendió ya de ellas, antes bien, parecía buscarlas y, provocarlas con empeño ;

el cura interesado y taimado, como todos los de su taifa, empezó por explotar la absurda religiosidad de la *leona*, a quien arrancó grandes cantidades de dinero con el pretexto de mandas piadosas, y urgentes reparaciones por hacer en el templo de *Sierra Negra* ;

la *leona*, enardecida, daba sin contar, y, añadía a los dineros, los efectos del Oratorio de la *Almudena*, aun aquellos los más valiosos ; un par de candelabros de oro macizos, admirablemente laborados por orfebres españoles del siglo xv ; una custodia del mismo metal, ornada de esmeraldas, que en aquel país, se daban ma-

ravillosas ; un cáliz de plata, repujado, con incrustaciones de malaquitas verdes y, topacios amarillos, que había sido regalo de un Arzobispo, al Oratorio de la *Almudena*, que tenía privilegios eclesiásticos de Capilla Pública ; ornamentos riquísimos donde las manos de todas las Rujeles pretéritas, habían bordado milagros de oro, en sedas opulentas, dignas de la Corte de un Marahajad ;

nada resistió a aquel huracán de despojo ; nada, ni la casulla que Celina Rujeles, había empezado a bordar, y, que luego, no había querido concluir ;

el cura ardiente y audaz, perdía los estribos y rompía toda medida, ante el deseo que los atractivos, dentro de pronto venerables de Matilde Rujeles, le inspiraban, y, así buscaba por todas partes la ocasión de hallarse con ella, en la soledad, ya fuera ésta, la del Oratorio, y, los salones penumbrosos de la *Almudena*, ora fuera la de las capillas de la Iglesia, o la sacristía, ora las de la casa cural, donde la *leona* parecía haber trasladado su guarida, según las largas temporadas que pasaba en ella ; para disimularlas se había hecho la amiga íntima de Pilar, la hermana del



cura—*Pilarsita*—, como ella la llamaba y, con la cual pasaba días y, semanas enteras entregadas a las labores del bordado y, al calado, interrumpidas por las frecuentes llegadas del Cura, que no perdía ocasión de ver a la *leona*, y, exasperar mirándola sus deseos ;

la caída de ésta, careció de todo interés, de toda belleza y de toda novedad ;

se dió al cura, una tarde, en la sacristía de la Iglesia, mientras arreglaban flores de trapo para un altar, y, continuó en dársele todos los días y, en todas partes, con el despotismo y el ardor, que ella ponía en todas sus pasiones ;

sus largas estadías en la casa cural, despertaron murmuraciones en *Sierra Negra*, pero, eso, importaba bien poco, al insolente orgullo de la *leona virgen*, que ya no era virgen, pero, era siempre leona, por la ferocidad en todo, hasta en el placer ;

sus largas ausencias arrojaban una onda de pacificación sobre la casa de la *Almudena*, que se hacía quieta, tranquila, llena de silencios amables y consoladores ;

lejos de la influencia nefasta de su hermana, don Pedro, no reñía a su mujer y,

a su hija, que continuaban en esperar muy tristes, la fecha del matrimonio de Celina, que avanzaba rápidamente ;

los seis meses se iban transcurriendo con celeridad ;

la casa del *Retamal*, estaba ya casi concluída por completo ; era un lindo *chalet*, hecho con todo *confort*, y, el cual, ni la novia ni su madre, habían querido nunca ir a visitar ;

los Mendozas, no cesaban de escribir, enviando flores y objetos valiosos de regalo.

Celina, los recibía sin emoción, y, parecía no darse cuenta de ellos ;

modistas de la Capital, le enviaban su ropa interior y trajes suntuosos, que ella apenas si ensayaba, por no disgustar a su madre, que amaba verla bellamente ataviada.

Matilde, venía a veces, a recibir noticias sobre el matrimonio de su sobrina, en el cual continuaba en poner todas sus esperanzas, de lo que ella llamaba : la Restauración de los Rujeles ;

en una de esas idas a la *Almudena*, la *leona*, preguntó a Celina :

—¿Has recibido el traje de novia ?

—Sí—dijo ésta, displicente.

—Y, ¿te lo has medido?

—Los muertos no ensayan su mortaja, antes de llevarla—respondió la joven, con tanta altanería, y tal aire de reto, que su tía no respondió y, se alejó, volviendo la espalda con un fingido desprecio;

y, partió lanzando grandes reproches contra la ingratitud de los suyos...

y, cuando ella se hubo alejado pareció que una grande ala de Mansedumbre y de Paz se extendía, con vibraciones de perdón, sobre la vieja casa trágica, donde todo hasta las sombras rencorosas de los muertos, parecían apaciguadas.





\*  
\* \*

En las tardes inocentes de paisajes ti-bulianos ;

ante el campo siempre ornado de belleza vegetal ;

a la sombra de las negras arboledas centenarias que la luz del sol poniente, incendiaba en su esplendor, Celina Rujes, y, Leoncio Pedralbes, continuaban en verse todas las tardes, en su infaltable cita vespe-ral ;

desde el día en que ella, había salvado la vida de Leoncio, anunciándole la celada, que la *leona* le tendía, el joven, no volvió ya, a aparecer por el camino al declinar de las tardes, ni volvió a vér-sele atra-

vesar, jinete en su corcel, las veredas solitarias ;

venía a pie, por senderos incultos, ocultándose a la sombra de los muros de los huertos vecinos, amparado bajo el dosel de sus ramajes, hasta llegar al árbol del Molino, y, allí esperaba inmóvil.

Celina, no tardaba en aparecer, bajo el arbolado tupido del jardín, inclinándose sobre el muro, para saludarlo, y, sentándose sobre el pretil que daba hacia el camino, entre las macetas de tuberosas, como si se incrustase en ellas, y, fuese un poco flor y, un poco pájaro, según los giros de alas y, los trinos sonoros, con que las golondrinas y los tominejos venían a saludarla, como circuyéndola de adoraciones ;

la suave tristeza del día los ganaba y permanecían absortos largo rato, contemplándose en el azul difuso de la tarde, hasta que las estrellas aparecían una a una, como si fuesen lágrimas de duelo sobre el rostro angustiado de la Noche ;

las distancias, se fueron acortando paulatinamente ;

al principio, el joven se detuvo más allá del río, e intentó hablar, pero el ruido de



las aguas, rompiéndose contra las piedras, ahogaba su voz ;

pasó entonces el puente, deteniéndose al lado de acá, y, un diálogo, casi todo en monosílabos, se entabló entre ellos ;

al fin, él, llegó al pie del muro sobre el cual, ella se inclinaba ;

y, hablaban ;

sus palabras, tanto tiempo contenidas, se escapaban entonces, mas de sus corazones que de sus labios ;

ella, miraba abajo el joven, casi cubierto por los ramajes que pendían del muro, y, lo hallaba bello, de una belleza máscula y, fuerte, en toda la plenitud de su virilidad ;

nunca lo había visto tan de cerca, y, nunca había podido fijar en él, sus ojos, tan largo tiempo ;

era alto y musculado ; rubios los cabellos, de un color rubio obscuro de espigas otoñales ;

los ojos azules, de un azul verdoso, estriado de rayas negras, la boca fuerte y sensual, ornada de un débil bozo, tan suave, que era como el vello de ciertos hidro-leáceos del trópico ;

él, la miraba extasiado, como si no pu-

diera dar crédito a sus ojos, cual si no creyese verdad, el verla así, tan cerca de él, y, oír el ruido armonioso de sus palabras cayendo en la soledad de la tarde, como en un recipiente sonoro, como en un crisol maravilloso, que al fundir sus palabras, fundiese también sus almas, en un solo sueño de beatitud ;

al principio, fueron cosas inconexas, frívolas, cuasi triviales las que se dijeron ;

tenían como miedo de llegar a la entraña de su amor, y, poner la mano sobre ella ;

hablaron del tiempo, de los campos, de todo, menos de su corazón ;

el loco deseo que tenían de aproximar sus almas, los hacía detenerse, tiernos y pensativos, en el umbral de las confianzas ;

y, cuando llegaron a ellas, fué un desbordamiento tumultuoso de reminiscencias y, de pasión ;

toda su infancia, toda su adolescencia, su juventud naciente, su vida toda, pasaron como en un kaleidoscopio ardiente y, precipitado por sus labios y, por sus razones ;

y, cuando llegaban a hacer alusión al

abismo de odios que separaba sus dos razas, se callaban... o buscaban un eufemismo delicado, con que nombrar esa hoguera, llena de víctimas insatisfechas, y, sobre la cual volaban sus sueños enamorados, como pájaros incombustibles, llenos de exaltación ;

ella, apoyaba sus dos manos sobre el pretil, para inclinarse hacia el joven, y, su rostro, irradiaba a la luz solar, como si la despidiese de sí, más viva y más radiosa, bajo el halo de la cabellera negra, que parecía centuplicar la irradiación ;

guardaban a veces largos silencios, y, se miraban fijamente, como si sus almas dialogasen en sus ojos, en la tregua deliciosa que les ofrecía el corazón de la tarde, hecha musical, como un clavesín, en el cual, vibraran las cuerdas, aún agitadas del estremecimiento impuesto por la mano que las tocó ;

y, así permanecían hasta que la muerte de la tarde, hacía blancos los paisajes y, blanco el río, con una blancura láctea, coronada de oro ;

y, se separaban, cuando ella le había entregado la rosa o el jazmín que llevaba en las manos, o sobre el pecho, y, que él le



pedía, más que con los labios, con los ojos mendigadores ;

él, se alejaba lentamente, y, ella, lo seguía con la vista, hasta verlo desaparecer tras los árboles cercanos al poblado, que el gesto de la luna, parecía inmovilizar, mágicamente.

Matilde Rujeles, demasiado absorbida en su tardía pasión carnal, espiaba menos a su sobrina, como si hubiese cerrado momentáneamente los ojos avizores para todo lo que no fuera el drama de su láscivia, que empezaba ya a escandalizar al pueblo ;

don Pedro Rujeles, pasaba largas temporadas en la ciudad, donde habiendo confiado la defensa de sus intereses a don Fausto Mendoza se entregaba a la cesión de sus poderes, y al arreglo de sus asuntos, que estaban muy enmarañados ;

doña Encarnación, se entregaba displicente, a ciertos arreglos de ropa blanca para la boda de su hija, de la cual, las dos no hablaban nunca, sino con una gran tristeza, y, una suprema repugnancia ;

y, Leoncio y Celina, aprovechaban esta momentánea y, fugitiva soledad, en la cual, todo se hacía su cómplice, para pro-

longar sus entrevistas, como si los asaltase mutuamente, el presentimiento, de que algo vendría brutalmente a interrumpirlos y, a separarlos ;

y, se confiaban sus temores asaltados de un mismo temblor de alma ante lo desconocido ;

una tarde, mientras hablaban, con el pretexto de decirle algo, él agarrándose al muro, trepó ligero sobre el pretil, y se sentó a su lado ;

ella, tuvo miedo, y, miró a todos lados, pero nadie lo había visto, y, cubierto por la parte más hojosa de la vieja encina que los arropaba, nadie lo veía...

él, lleno de una grave inquietud le tomó las manos, y, ella, se las dejó aprisionar, temblorosas, con la languidez de dos margaritas que se abrieran ante la noche ;

sus rodillas se tocaron, y, como sacudidos por una descarga eléctrica, una misma onda de calor los envolvió, intensa y, devoradora ;...

sin saber cómo, sus labios se acercaron, mientras el ramo de rosas que ella tenía en el pecho, se desfloró sobre la falda, y, la luna se ocultaba tras una nube pálida,

como una rosa amarilla deshojada sobre un velo de tisú ;

en aquel beso se dieron todo su ser, y, lo prolongaron intensamente, como si hubiesen querido fundirse y desaparecer en él ;

sus almas respiraban el divino veneno, que agitaba sus cuerpos con un soplo de huracán...

esas citas se repitieron, y, esos besos se redoblaron, hasta que cegados por el deseo, cayeron en brazos uno del otro, en el abrazo ineluctable y fatal...

ella, se dió a él ; consciente de lo que hacía ; feliz de entregar su virginidad al hombre que amaba y, segura de ser madre del *cachorro de león* que ella había soñado ;

¿ qué le importaba ya, casarse con Torcuato Mendoza, raquíptico y agotado, si ya llevaba en sus entrañas, el león que había de asolar esas comarcas ?...

no, no la condenarían a una virginidad incompleta, y, a una vida de esterilidad ;

se amaban con un amor loco y frenético, que hacía estremecer el candor de las camelias, y, agitarse de lascivia los rama-  
jes circundantes ;



a medida que se aproximaba el día de su enlace, ella extremaba más el ardor de sus abrazos, como si quisiera llevar al lecho nupcial, su cuerpo torturado por el mayor número de caricias ;

la poseía la embriaguez perversa y, vindicativa de no ser sacrificada, y, entregaba con delicia su cuerpo, a aquel a quien había dado su alma ;

a las citas vesperales, sucedieron las citas nocturnas, y, se amaron bajo el candor de las estrellas, como antes se habían amado bajo el blanco palor de los rosales...

se dejaron cegar por las llamas de sus besos, y, perdieron toda prudencia ;

permanecían largas horas, en brazos uno del otro, palpitantes, exhaustos, rendidos de placer, como si sus dos vidas, fatigadas de darse, se hubiesen evaporado ;

rendidos de laxitud miraban a veces despuntar la aurora, por sobre los árboles que les habían servido de dosel, en un verdadero maravillamiento de orfebrecías ;

el perfume de las magnolias y de los jacinintos acrecentaban su ardor, y, se separaban cada vez más tristes, de no poder hacer eterno su abrazo irremediable. .

La nostalgia del jardín, se diría sagrada, llena de voluptuosidades profundas.

Leoncio Pedralbes, atravesó el puente e iba a trepar el muro, como de costumbre, cuando vió el fogonazo de una arma de fuego disparada contra él, y, se sintió herido ;

retrocedió hacia el puente y, recibió un nuevo balazo...

Celina, que llegaba en aquel momento y oyó las detonaciones, se lanzó hacia el muro, y sólo tuvo tiempo de ver a Leoncio, que herido por un tercer disparo, rodaba del puente al río, y, desaparecía en su corriente...

corrió al lugar de donde habían partido los disparos, apartó las ramas, y, se halló frente a frente con la *leona*, en cuyas manos humeaba aún el arma homicida...

se la arrancó con violencia, y, apuntando sobre ella, disparó ;

la *leona* se agachó, y el proyectil pasó rozándole la cabeza...

no teniendo ya más proyectiles en el revólver, Celina golpeó con él, tan fuertemente a Matilde que ésta, con el rostro bañado en sangre, rodó al suelo ;

viéndola indefensa, la joven se inclinó

sobre ella, con la intención de estrangularla, pero, ésta, había tenido ya tiempo de reaccionar y, poniéndose de pie, la apartó bruscamente, y se alejó, perdiéndose en la arboleda...





\*  
\* \*

El matrimonio de Celina Rujeles, con Torcuato Mendoza, tuvo que ser celebrado en la capilla de la *Almudena*, sin pompa alguna y en la más rigurosa intimidad, porque los partidarios de los Pedralbes, indignados por la muerte de Leoncio, tenían sitiada la casa y amenazaban raptar la novia ;

fuerzas militares venidas de la capital, mantuvieron el orden ;

los recién casados pasaron por entre esas fuerzas, para su nueva residencia, el *Retamal*, el bello *chalet*, construído al otro lado del pueblo, sobre una colina florecida, alzado allí, pensando en la salud tan

delicada de aquel que iba a ser su habitador ;

la primera noche de bodas, fué para Celina, un verdadero sacrificio, y, una tortura verdadera ;

inexperto miedoso, casi impotente para la realización del acto carnal, aunque preparado por todas las drogas posibles, su esposo ensayó sobre ella, una posesión que aunque incompleta, llenó todas las apariencias ;

eso era cuanto ella necesitaba para cubrir su situación, porque entraba justamente en su segundo mes de preñez ;

así, no le importaba nada, lo incompleto de su posesión, ni el alejamiento de su marido, que no volvió a poseerla, sino muy pocas veces y se alejó definitivamente de su lecho, con pretexto de enfermedad ;

ella, se sabía ya madre, fructificada por el único hombre que había amado sobre la tierra...

¿ qué podía importarle lo demás ?

a los siete meses dió a luz un bello niño, que algunos encontraron prematuro ;

tenía los ojos azules como su padre verdadero, pero eso no fué óbice para que don



Fausto lo hallase un Mendoza completo, y, quedase encantado de la fuerza de su hijo que tan bello retoño le había dado ; y, al cual impusieron el nombre de Héctor.

Matilde Rujales, no concurrió ni al alumbramiento de Celina, ni al bautismo de su hijo, porque estaba reclusa en la casa cural, donde había dado a luz dos gemelos portentosos, macho y hembra, y, de los cuales, mediante una buena suma de dinero, Pilarsita, la hermana del cura, condescendió en pasar por madre, culpando de la paternidad, a un pobre criado medio idiota, a quien casaron.

Matilde, fué su madrina y, les hizo poner por nombres : Tomás y Ruth ;

el pueblo, con su instinto maravilloso, no se engañó, y, no llamaba ya a Matilde, la *leona virgen*, sino la *leona vieja*, lo cual, la indignaba enormemente ;

doña Encarnación, murió pocos meses después del nacimiento de su nieto, y, don Pedro, quedó solo con Matilde en la *Almudena*, a donde Celina, no volvió nunca a poner los pies.

Torcuato Mendoza, perdonado y olvidado por su mujer, se entregó por completo

a su vida de estudios y de política, perpetuamente dominado por la preocupación de su salud, que veía decrecer rápidamente ;

creyendo haber dado de veras un heredero a su nombre, se propuso educar el niño, tal como él concebía que debía educarse un hijo suyo, pero, llegado a la edad, en que quiso ponerlo interno en un colegio de jesuítas, se halló con la oposición irreductible de la madre, que no quería que su hijo resultara, *una sombra de hombre como su padre* ;

bajó la cabeza ante el justo reproche y, resolvió mandarlo a la ciudad, a casa de sus padres, para que estudiara como externo, en un colegio muy reputado que allí había ;

los abuelos tuvieron que sufrir mucho del carácter díscolo y borrascoso de su falso nieto, que no tenía tiempo sino para reñir con sus condiscípulos, y organizar bandos de chicuelos que se batieran en guerra de guerrillas ;

era verdaderamente un Pedralbes, aquel párvulo tormentoso y audaz, de una grande inteligencia, pero rebelde a toda disciplina ;

el niño, no tenía más adoración que la de su madre, que se veía obligada a venir con frecuencia a casa de sus suegros, llamada por éstos para meter en orden al terrible rapazuelo o para curarlo, ora de alguna pedrada recibida, ora de alguna luxación ganada al saltar fugitivo las tapias de algún solar ;

la presencia de la madre transfiguraba al niño, que a su influjo se calmaba por completo, y, se hacía atento a las clases y, menos terrible en sus juegos y recreos ;

adelantando prodigiosamente en sus estudios, fué pronto trasladado a un Instituto superior, y, eso obligó a su madre a permanecer en la ciudad, yendo muy pocas veces al *Retamal* y una sola en todo ese tiempo a la *Almudena* cuando la muerte de su padre, acaecida en pocos días ;

allí vió a Matilde cerca al lecho del moribundo, y, no le dirigió sino aquellas palabras que no pudo evitar dirigirle ;

cumplidos sus deberes filiales, volvió a la ciudad después del entierro de su padre.

Matilde quedó sola en la *Almudena*, a



donde había llevado sus dos *ahijados* para tenerlos más cerca ;

la *leona* se hacía extrañamente tierna contemplando esos dos frutos de sus entrañas, a los cuales se puso a amar apasionadamente ;

su maternidad tardía, había tomado como todas sus pasiones, una vehemencia, que era casi una ferocidad ;

de sus dos pequeñuelos, prefería al varón, en el cual principiaba a cifrar extrañas esperanzas ;

en sus oídos vibraban siempre las violentas palabras de Celina Rujeles, cuando con las manos crispadas para estrangularla, le gritaba aquella noche trágica en que ella, había asesinado a Leoncio Pedralbes : «No olvides, *leona*, nuestro duelo es a muerte ; ojo por ojo y diente por diente» ;

después de aquella noche, Celina se había envuelto en el duelo y en el silencio ; se había entrado en su matrimonio como en un laberinto de tinieblas, no haciendo saber a nadie, si era feliz, o no ; vivía inclinada sobre los ojos de su hijo, mirándose en ellos, como en un cristal mágico, del cual viera surgir nuevos soles de esperanza...

cuando al pie del lecho de muerte de don Pedro Rujeles, Celina, la había mirado, sus ojos, más que sus labios, le habían repetido el trágico reto: «No lo olvides, *leona*, nuestro duelo es a muerte; ojo por ojo y diente por diente»;

y, era temiendo siempre a ese reto de Celina, terrible, como todo reto de venganza incubado en el corazón de un Rujeles, que ella ponía todo su amor y toda su esperanza en Tomás Laguna, su hijo, de quien soñaba hacer un rival de Héctor Mendoza, a quien odiaba de muerte, como si hubiese presentido, que era el último cachorro de la raza odiada, que ella no había logrado exterminar;

con la muerte de Leoncio Pedralbes, el partido del cual era jefe, entró en desorientación, mientras halló un nuevo jefe;

la ola reaccionaria que invadía todo el país, arropó por completo a *Sierra Negra*, y, el rujelismo tuvo una resurrección potente, bajo la Jefatura de Torcuato Mendoza, guiado por su padre;

pero, la política de Torcuato Mendoza, era una política inteligente y, de atracción, ajena a toda violencia, y, tendente a

apaciguar los viejos odios, en nombre de un Olvido generoso ;

el rujelismo, desarmado por esa política de apaciguamiento perdió sus caracteres de ferocidad, y, el pedralbismo que no se vió atacado con la antigua fiereza asesina, perdió mucho de su agresividad y, se sintió lentamente atraído a esa órbita de reconciliación ;

la *leona* rugió contra esa política sin brutalidades, que prescindía de sus consejos, y, había eliminado al cura de sus deliberaciones ;

la mentalidad superior de Torcuato Mendoza, no tenía necesidad de la colaboración mental de esos dos elementos que le eran tan inferiores, y cuyo desprestigio era nocivo para su política de apaciguamiento y extinción de viejos rencores.

Matilde se opuso con furor a esa política, que según ella, era una traición al rujelismo, y, se dió a trabajar en contra de ella, con un círculo de sus arrendatarios, presididos por el cura ;

los Mendozas, cortaron por lo sano, influyendo con el Obispo, para que el cura, fuera trasladado a otra parroquia ;

y, éste partió, muy feliz de escapar a la



tiranía de *la leona*, que hacía años le pesaba como una cadena ;

ésta, amputada así de su brazo derecho, se retiró a la *Almudena*, como a un Aventino suyo, de donde pensaba bajar un día sobre *Sierra Negra*, traída por la victoria de Tomás Laguna, su *ahijado* ;

aunque *Pilarsita*, la madre apócrifa de los gemelos, había partido con su hermano, éstos quedaron con su madrina ; que se muró con ellos en la *Almudena*, como en la última fortaleza de sus Odios.

Héctor Mendoza, llegado a los quince años, se negó a entrar en ningún colegio de religiosos como quería su padre y pidió ser enviado a la única Escuela Militar que había en el país ;

eso halagó enormemente a don Fausto, orgulloso de llegar a ser un día, abuelo de un Oficial del Ejército ;

enviado su hijo a la capital del país, Celina, regresó definitivamente al *Retamal*, y, se recluyó allí, sin más sociedad que la de su esposo, muy intermitente, porque ya su condición de diputado, ya su profesión de abogado, lo retenían con frecuencia lejos de allí.

Torcuato Mendoza, además de su gran

inteligencia, era sensible, cariñoso y bueno; y, viéndose perdonado por su mujer, del cumplimiento de ciertos deberes, tuvo por ella un grande afecto y muchas consideraciones, lo cual hacía la vida de los dos casi feliz;

no trataban a Matilde Rujeles, que había roto con ellos, por causas políticas, y, habían aceptado con gran placer esa ruptura, que los libertaba de cargar con los odios, que *la leona* inspiraba a todo el pueblo.

Héctor Mendoza, venía dos veces al año, durante las vacaciones, a visitar a sus padres, y, eran éstos, días de verdadero regocijo, tanto en el *Retamal*, como en el pueblo;

nunca retoño alguno de la raza de los Rujeles, había gozado de tal popularidad en *Sierra Negra*;

como la política de su padre había eliminado toda violencia, y, los asesinatos habían cesado, los odios habían ido decreciendo, casi hasta desaparecer;

el partido de los Pedralbes, había renacido lentamente, y, tenía un nuevo jefe, Sergio Torrella, hijo de una hermana de Leoncio Pedralbes, y, de un rico comer-

ciante forastero, establecido en *Sierra Negra* ;

este mozo y Héctor Mendoza, eran amigos íntimos, y, como este último no hacía política, los pedralbistas lo atendían mucho y lo invitaban a todas sus fiestas con gran placer de sus padres, especialmente de Celina, y, con gran disgusto de Matilde, que acusaba altamente a su sobrino de traicionar su raza ;

ella, hubiera querido, que todos esos cariños, esas atenciones, esa adhesión, se hubiesen tributado, a Tomás Laguna, su *ahijado*, el zafio y agrio gañán, incapaz de toda cultura, y, a quien ella destinaba *in pecto* a ser jefe del rujelismo futuro, tal como ella lo soñaba ;

bello, con una belleza exuberante y elegante a la vez, con bellos ojos gris azulosos color de mares nórdicos, cabellos castaños, alta estatura y fuerte complexión, amable y serio, cortés y franco, decididor y encantador, con un coraje llevado a la temeridad, y, una generosidad llevada al sacrificio, Héctor Mendoza, a los diez y ocho años de su edad, no tenía sino que dejarse ver, para hacerse amar ;

arrogante en su uniforme de cadete en



los primeros años y de oficial en los últimos era irresistible, y los ojos femeniles, lo seguían con pasión a dondequiera que iba ;

solo dos personas en *Sierra Negra*, no capitulaban con aquel prestigio, y, veían su acrecimiento con malos ojos : Matilde Rujeles y, Tomás Laguna ;

la leona, veía como un robo hecho a su hijo todo homenaje hecho al hijo de Celine Rujeles ;

a Tomás, lo consumía, una envidia sorda, contra el sobrino de su madrina, del cual él, ignoraba que era pariente ;

la apostura, la elegancia, el refinamiento de trajes y de maneras de Héctor Mendoza, tan distintos de sus modales zafios, su rusticidad agresiva, sus violencias brutales, lo exasperaban ;

incapaz de imitarlas, ni de llegar a ellas, se conformaba con odiarlas, denigrándolas ;

desde niños, cuando iban a la escuela del pueblo, habían tenido varias riñas, y en ellas Héctor, por su maestría ágil y nerviosa, había triunfado de la fuerza muscular de su contrario, y, lo había humillado perdonándolo ;

ese odio y, esa envidia crecían en el alma del gañán, azuzados por *la leona*, que en todas sus conversaciones, le hacía creer, que los Mendozas y sus amigos, se burlaban de él, porque no era elegante y refinado como Héctor ;

éste, no había puesto nunca sus pies en la *Almudena*, y, a *la leona*, la había apenas entrevisto, más que visto en su niñez ;

tenía un gran odio instintivo por ella, odio que su madre estimulaba, contándole fragmentos de la historia de asesinatos de Matilde ;

ella, hubiera querido gritarle :—«Esa mujer asesinó a tu padre»—, pero no pudiendo hacerlo, se conformaba en cultivar en su corazón, el odio a *la leona* culpable, esperando poder adiestrarlo para las revanchas futuras ;

de *los gemelos de la leona*, como llamaban en *Sierra Negra*, a los *ahijados* de Matilde Rujales, el pueblo sólo veía a Tomás, porque Ruth, no salía nunca de la casa ;

más de cinco años había estado en un colegio de la capital, y, había regresado de allí, para ser reclusa en la *Almudena*, como en otro Beaterio, en plena soledad ;

toda la belleza adusta y trágica de los

Rujeles, parecía haberse condensado, espiritualizándose y afinándose en aquella virgen que se hundía en la soledad, como la corola de un ninfeo, en el verdor infecto de una palude mortal ;

divinamente triste, como consciente de su bastardía, que la condenaba a un injustificable abandono, Ruth, tenía la aspiración a ocultarse, a borrarse, a desaparecer, a no ser vista nunca o a ser olvidada por aquellos que la vieran ;

desde el colegio se había sentido sola, con derecho al aislamiento, como herida por una maldición cuando había visto, cómo a sus otras condiscípulas, las visitaban sus padres y sus parientes, y, a ella, sólo de vez en cuando le llegaba una carta de su madrina...

—¿ No tenéis padres ?—le preguntaban las otras.

—Sí, pero muy lejos—les respondía ella, asaltada de un deseo invencible de llorar...

muy lejos... sí ; muy lejos, de su recuerdo y de su corazón...

¿ quiénes eran sus padres ?...

de su madre, Pilarsita Laguna, apenas si recordaba la figura pálida y borrosa,



aparecer en su memoria, bajo un nimbo sin ternuras ;

de su hermano sólo recordaba las brutalidades dolorosas a que la sometía ;

reintegrada en su soledad, se había hundido con violencia en ella, como dispuesta a perderse en sus limbos y a ser devorada por sus misterios ;

los pocos campesinos, arrendatarios de la *Almudena*, que la habían visto, hablaban de su belleza con asombro, y, la describían vagando, vestida de blanco, como una aparición fantasmal, por los corredores sombríos, llenos de opacidades verdosas, o bajo los follajes del jardín perdida entre la magnificencia selvática de los rosales, ofreciéndose a sus perfumes, como una rosa más, o cerca a las fuentes, como encantada por las músicas del agua, con un libro en las manos, huyendo a la intensa luz que llenaba de su violencia los paisajes ;

en esa soledad a que la condenaba todo un pasado irredimible de los otros, la virgen se preguntaba tal vez las causas de su aislamiento ;

su vida era un desierto, un horizonte vacío, sobre el cual, el vuelo de ningún

pájaro había extendido jamás la curvatura de sus alas ;

nadie venía a la *Almudena*, nadie hablaba con ella, a excepción de su madrina, que apenas le dirigía frases breves sobre asuntos de devoción o quehaceres de la casa ;

la ternura de su alma se extravasó entonces, en languideces mórbidas y extrañas, profundas, como una mar de melancolías ;

su sensibilidad se expandía, en un panteísmo casto y piadoso, un gran amor franciscano por las flores y por los pájaros, por el alma movible y canora de las aguas ;

amaba cultivar las flores con manos fraternales y tiernas, hundiendo sus mejillas en los racimos frescos y abrazándose con pasión a los ramajes esquivos ;

daba de comer a los pájaros, que venían a su reclamo, posándose en su cabeza y sobre sus hombros, como para hacerle un nimbo de alas, que parecía, una aureola de flores movibles, que el viento arrebatava con besarlas ;

el sentimiento apasionado de la tragedia, y las visiones alucinantes de la Muer-

te, que obsesionaban esos parajes de exterminio, parecían condensarse en su alma, en grandes gritos de exaltación, y, se le veía coronarse de flores y de follajes, para vagar por los jardines, dialogando con los pájaros y los nenúfares a la orilla de las fuentes ;

el hábito de la tristeza daba a sus ojos, tenebrosidades de aguas nocturnas, y, el de la soledad, los hacía tímidos, como los de una cierva montesa ;

su *madrina* parecía amarla muy poco, absorbida, como estaba por el amor de Tomás, ese nuevo lebrél, con que la Diana caduca, soñaba sembrar de nuevo el terror en la comarca ;

y, la joven se agotaba, en diálogos inútiles con las sombras de sus sueños, perdida en el misterio doloroso de esa soledad, llena de cosas trágicas que parecían sollozar en las tinieblas.







Afuera una verdadera feria de luz, llenaba como enloquecida los cielos y, los paisajes ;

la sierra escueta, perdida en la lejanía, tenía una azulidad blanca de leche, y, mordorada por el sol, se hacía irreal, como desaparecida y ahogada por el estuario de luz que la separaba del *Retamal* ;

el campo todo parecía una mar de oro, donde los alfalfaes frescos hacían islotes de verdura, cerca a los trigales maduros, que hacían oleajes amarillos hasta perderse de vista ;

las frondasones oscuras del huerto y los jardines que rodeaban la casa, no al-

canzaban a defenderla por completo de la furia del sol, que llegaba a ella triunfador y, la invadía, entrando como enloquecido por puertas y ventanas ;

en el despacho de Torcuato Mendoza, los estores corridos, dejaban pasar apenas los rayos de ese sol, doblemente tamizados por las telas y por los follajes ;

convólvulos enormes se asomaban, como niños curiosos por sobre el barandaje de los balcones, trayendo en el morado episcopal de sus corolas, como prisioneros de ellas, insectos zumbadores, que voloteaban y rumoreaban sobre el cambiante terciopelo de sus hojas, mientras rosas invasoras, crecidas en los jarrones de mayólica, entraban libremente, perfumando el aire de efluvios primaverales ;

en la especie de tromba, que los rayos del sol formaban al caer de lo alto de los balcones hasta el suelo, los insectos giraban y rumoreaban orquestando su gama de zumbidos ;

una abeja rubia voloteaba como perdida, dando con sus débiles alas contra los cristales de la librería.

Torcuato Mendoza, de pie, en el centro



de su despacho, hojeaba un gran legajo amarillento ;

la luz del sol, bañaba de un resplandor diáfano su cabeza, prematuramente encanecida ; era una bella cabeza de pensador, con una frente noble y serena, ojos muy tiernos y, meditativos, hundidos en un círculo violáceo que los hacía profundos, boca de labios tristes y, exangües ; de todo él, emanaba uno como hálito de intelectualidad, que lo hacía espiritualmente bello, en su *robe de chambre* de paño gris, con reveses de un azul claro de flores de romero ;

su hijo le estaba al lado, porque justamente, lo había hecho venir esa mañana a su despacho, para hacerle ver los viejos legajos que contenían las escrituras de compra y, posesión inmemorial de la *Almudena*, por los Rujeles, sobre la cual, quería alegar ahora Matilde, pretensiones de única propietaria.

Torcuato, se complacía en explicar a su hijo, sus derechos a aquella posesión, iguales a los de *la leona*, pues ella, y, Celinia, eran las únicas herederas de esa gran fortuna ; y, era bueno que él supiera, la claridad y, legitimidad de esos derechos

de su madre a la mitad de la *Almudena*, ahora que Matilde, pretendía discutirlos, y, había instituído herederos suyos a sus dos *ahijados*, nombrando Administrador de todos sus bienes a Tomás, el cual no tenía aún capacidad legal para ejercer de tal, ni podía hacerlo, sin el consentimiento de Celina Rujales, por tratarse de bienes pro indiviso; y, era necesario que Héctor supiera todo eso, y, conociera bien los antecedentes del asunto, para que pudiera y, supiera defender los intereses de su madre que eran los suyos propios, caso que él—su padre—llegara a faltar;

y, como si ese presentimiento, no hubiese esperado sino ser dicho para ser cumplido, Torcuato Mendoza se puso horriblemente lívido, giró los ojos extraviados, dejó caer el legajo que tenía en las manos, y, se hubiese desplomado al suelo, si Héctor, no lo hubiese tomado en sus brazos, gritándole angustiado:

—¡ Papá ! ¡ Papá ! ¡ qué tienes ?

inerte y, ya casi rígido, Torcuato Mendoza, no respondía;

viéndolo morir, Héctor, lo colocó sobre un sofá, y, llamó a su madre.

Celina, acudió desolada cerca de su ma-

rido, tomándolo en brazos y, haciendo todo lo posible para reanimarlo ;

enviaron a buscar el médico del pueblo, y, a avisar por telégrafo a don Fausto Mendoza para que viniese trayendo consigo un médico de la ciudad ;

de rodillas ante el sofá en que estaba inerte Torcuato Mendoza, o haciéndole toda clase de aplicaciones para reanimarlo, Celina y su hijo pasaron horas de verdadera angustia ;

ella, no amaba apasionadamente a su esposo, como tal, pero, lo estimaba y, lo respetaba, como a un amigo cariñoso, por el cual tenía mucha deferencia y un cariño real ;

igual cosa, sucedía a Héctor, que si no sentía, un gran cariño por aquel que pasaba por ser su padre, sí le tenía mucho respeto, y, una estimación cariñosa, por que nunca había recibido de él, sino sanos consejos y juiciosas advertencias ;

en el pueblo hubo una gran consternación al saber la enfermedad de Torcuato Mendoza, por cuyo gran talento, y noble carácter, todos tenían una grande admiración ;

él, había acabado con la política de em-



boscadas y de asesinatos, que había sido durante un siglo la de esas dos razas que se habían diezmado y exterminado sin piedad ; él, había llevado a los cauces legales y de las ideas, una política que hasta entonces, no había sabido correr, sino por los de las pasiones y los del crimen ; lo llamaban por eso : *el Pacificador* ;

diputado al Congreso por *Sierra Negra*, él, había obtenido con sus influencias, grandes ventajas materiales para el pueblo, que los hombres de ambos bandos políticos habían sabido agradecerle ;

sólo *la leona*, y el pequeño círculo de los suyos, habían ensayado obstruir esa política, continuando la suya de barbaries y de crímenes, pero Torcuato Mendoza, les había salido al paso, con la ley en la mano, y, los había hecho retroceder ; el cura, instigador de esos crímenes, había sido trasladado a una parroquia inferior ; el tuerto Casiano, que era el ejecutor de las justicias de *la leona*, estaba en presidio después de haber sido condenado a muerte, e indultado por influencias de don Fausto Méndez ; Matilde Rujales, misma, había sido llevada a los tribunales del pueblo, cuando había hecho azotar a un

niño, hijo de sus contrarios, por haber sido sorprendido, cogiendo frutas, en un pomar de la *Almudena*; a las puertas de la cárcel estuvo, y, se libró pagando una fuerte multa; *la leona* contenida, incubaba nuevos rencores, y, soñaba nuevas venganzas, para cuando Tomás Laguna, su *ahijado*, se hubiese puesto al frente de sus huestes, para acabar con los Mendozas, y, reducir a cenizas, el *Retamal*;

el médico del pueblo, que fué el primero en llegar cerca al lecho de Torcuato Mendoza, no hizo sino certificar la muerte acaecida por una angina de pecho, de la cual había estado siempre amenazado;

cuando don Fausto, y, el médico de la ciudad, llegaron, hacía ya horas, que Torcuato Mendoza había muerto, rodeado de los suyos.

Celina y, su hijo, estaban sumidos en un verdadero dolor, que era un justo homenaje a aquel hombre tan noble, que había sido tan bueno para ellos;

en el pueblo, la emoción, fué muy sincera, y, se colgaron de negro las puertas y las ventanas;...

había muerto: *el Pacificador*;

sólo en la *Almudena*, hubo una gran alegría con esta desgracia :

—¿Cuándo acabará de reventarse ese feto?...—había dicho *la leona*, al saber la enfermedad de Torcuato Mendoza :

—Al fin se reventó—dijo cuando supo su muerte, y añadió— : ¡ bendito sea Dios, que me quita ese fantasma de delante !... ese espantajo que me quería arruinar ; ¡ no se había opuesto últimamente a que yo vendiera los potreros del *Chicorial*, con el pretexto de que pertenecen a la *Almudena*, y, la *Almudena*, es también de su mujer porque ésta es una Rujeles ?... si no se hubiera muerto ese picapleitos, habría terminado por echarnos de aquí diciendo que la *Almudena*, era suya ; y, todo para dejar rico a su pimpollo, a ese pichón de General, que cree que va a conquistar el mundo con su uniforme, y te desprecia a ti, porque no llevas guantes, y no vas a los bailes de los Pedralbes, como él, que ha olvidado toda la historia de nuestra familia, y, nos traiciona ignominiosamente ; seguramente que ahora querrá ser jefe del partido rujelista, como su padre, y, tú se lo dejarás hacer ;... ¿ verdad ?



dijo, plantándose en jarras, ante Tomás, en actitud burlona y desafiadora :

—Pero, si yo, no soy un Rujeles, ¿cómo se lo voy a disputar?—dijo, malhumorado el gañán, siempre rencoroso contra su bastardía.

—Pero, eres un hombre—gritó *la leona*—; y, un hombre disputa a otro lo que quiere ; y el más fuerte es el que triunfa ; ¿para qué tienes esos puños?... si tienes el corazón como los puños, el triunfo será nuestro, y un día ; ¿lo oyes?... un día no muy lejano, el pichón de general debe sentir tus puños en la cara, o tú no eres un hombre ; y, yo te echaré de aquí como un perro ;... abofeteado por ti, él se defenderá ; tú no vas nunca desarmado ; y en legítima defensa todo es permitido ;... además... un acto primo ;... ¿comprendes?... ¿qué vas a comprender tú, pedazo de bruto?—dijo volviendo las espaldas con desdén, al mozo cejijunto y, taciturno, que callaba, lleno de torvos pensamientos ;

y, tropezando al volver, con Ruth, que inmóvil, la escuchaba, con los ojos húmedos en llanto, gritó colérica :

—¿Cómo ? ¿tú lloras por Torcuato Mendoza ?

—Era tan bueno...—replicó la joven.

—Tan bueno... y nos quería dejar en la miseria ;... anda, y vístete de negro, para que vayamos todos al *Retamal* ; hay que cubrir las apariencias ; además ; es preciso que yo lo vea con mis propios ojos ; que lo vea muerto, y, me convenza que es verdad ;

y, se alejó arrastrando un poco la pierna izquierda, que le había quedado algo inerte, después del último ataque de hemiplegía mal curada, que había tenido ;

y, alejándose así, a oscuras, por entre los muebles del salón, producía el mismo efecto, de oír alejarse una bestia carniceira, rompiendo en la noche los zarzales de una selva.



En el gran salón del *Retamal*, el cadáver de Torcuato Mendoza, yacía en su ataúd lujoso, sobre una gran mesa colocada en el centro y vestida de paños negros con galones de plata ;

en cada uno de los ángulos de la mesa, un gran candelabro de plata, con cirios encendidos ;

grandes coronas, ramos, y, flores sueltas, lo circuían ;

cerca, un recipiente de plata, lleno de agua bendita, con una rama de hinojo adentro, que hacía las veces de hisopo ;

allí, los concurrentes que llegaban, hundían el dedo pulgar, para humedecerlo y



santiguarse, y, aspergeaban el cadáver después de haber rezado una oración ;

la serenidad del muerto, era augusta ;  
parecía dormir ;

tenía las manos cruzadas sobre el pecho, sosteniendo en ellas un crucifijo de marfil...

y, las manos eran tan blancas, que superaban las tersuras de la efigie ;

por los balcones abiertos, entraba un hálito de paz infinita, venida de los altos cielos calmados ;

a lo lejos, el anfiteatro de montañas se hacía opalescente, de una transparencia cristalina, en la cual la negrura de los bosques parecía, manchas de montes lunares ;

los árboles del jardín, guardaban actitudes hieráticas bajo la luz de la luna que hidratizaba sus copas azulosas, y parecían humedecidas en el cristal de los arroyos cercanos ;

el olor de las rosas que rodeaban el cadáver, perfumaba la atmósfera, mezclándose a la de los geranios y las magnolias de afuera, que el viento traía en oleadas amorosas ;

la larga mirada de una estrella, parecía

espiar a través de un bosque de eucalip-  
tos, y, se ocultaba a veces, detrás del ra-  
maje, como para llorar ;

una ligera brisa, inclinaba a intervalos  
las luces de los cirios, en una gran genu-  
flexión, cual si buscasen el rostro del  
muerto, para darle un largo beso de luz ;  
adentro, el silencio, era completo ;

había cesado el rezo de las mujeres pia-  
dosas, que habían agotado ya sendos ro-  
sarios ;

el cura, había suspendido hasta el ama-  
necer del otro día, su serie de responsos ;

la concurrencia, casi toda, se hallaba re-  
unida en el despacho, anexo al salón, a  
donde Celina y su hijo, se habían retirado,  
después de orar largamente ante el cadá-  
ver...

se oyó un ruido extraño, sonar a lo lar-  
go del camino...

todos prestaron oído atento, y luego se  
miraron azorados ;

conocían ese ruido ;

era el de las campanillas del tronco de  
mulas que llevaban el viejo coche de Ma-  
tilde Rujeles...

—*La leona*—dijeron todos en voz baja,

y un estremecimiento de inquietud pasó por todas las almas ;

los pedralbistas y, sus familias, que casi todas estaban allí, tomaron en el acto, su actitud, más hostil y más severa ;

los rujelistas, se hicieron graves y esquivos ;

el cura sonrió, feliz de poder tener un encuentro con *la fiera*, como él, la llamaba, a la cual, podía decirse que no conocía, pues hacía más de diez años que *la leona* no salía de su guarida ;

la última había sido, cuando fué al Tribunal, para ser condenada, por los azotes al niño merodeador ; y entonces, habían sido él, y, Torcuato Mendoza, quienes habían tenido que librarla, de los furoros del pueblo, que la quería linchar ; a los padres del niño moribundo, había habido que encerrarlos para impedir que la mataran ;

mucha de la gente joven que allí había, no conocía *la leona*, sino oída mentar por los labios de la leyenda ;

hubo en todos un sentimiento de curiosidad y de aversión, al sentirla aproximarse ;

por ese instinto gregario que hace a los



rebaños juntarse a la aproximación del tigre, casi todos los concurrentes, se atropellaron hacia el salón donde estaba el muerto, y, que era por donde debía entrar *la leona* ;

y, efectivamente, no tardó en aparecer, en el umbral de la puerta, apoyada en el brazo de Tomás y seguida de Ruth ;

*la leona* era imponente ;

los sesenta años ya contados, le habían robado todo encanto, pero no habían abatido, la soberbia insolente de su porte y de sus actitudes ;

erguida, casi doblada hacia atrás, por la comba de los senos repugnantes, que le pendían como dos ubres de vaca ;

la garganta elephantina, las ancas calipigias, el vientre descomunal, como que había renunciado por completo al uso del corsé, después de sus paritorios ;

conservaba su palidez marmórea, que empezaba a amarillear ;

los ojos que habían sido tan bellos, se opacaban, pero conservaban su resplandor de ferocidad, y, los entrecerraba, como los de una fiera en acecho ;

los maxilares fuertes, eran siempre los de un felino ; la boca imperativa, pero los

dientes se habían hecho amarillos por falta de cuidado, y, la hemiplegía, la había torcido un poco ; lo cual le daba el aire, de masticar constantemente ;

la cabellera completamente blanca, y copiosísima, peinada sin raya, violentamente hacia atrás, y sostenida sobre la nuca ;

apoyaba una mano en el brazo de su hijo, y otra sobre el vientre, como una garrera en reposo ;

tenía bien el aspecto de una leona, pero una leona de piedra, ultrajada por las aguas y los soles ;

vestía de negro, un traje de seda adamsada, cuya falda a grandes pliegues, la hacía más enorme ; un chal de lana la protegía contra el frío de la noche ;

avanzó sin mirar a nadie, y, directamente hacia el cadáver, como si éste la fascinase y la atrajese ;

se detuvo al llegar cerca de él ;

se santiguó ;

rezó una oración que sus hijos repitieron ;

después, quedó inmóvil, mirando ávidamente el muerto, y, sus manos hacían involuntariamente el gesto de extenderse,

como agitadas por un vehemente deseo de tocarlo ;

tomó el hisopo de hinojos y aspergeó el cadáver ;

se santiguó de nuevo ;

volvió la espalda, y, se dirigió hacia el despacho, donde supuso que se hallaban los dolientes ;

se le veía ya visiblemente contrariada, de que no hubiesen salido a recibirla ;

al verla, Celina y su hijo, permanecieron sentados en el sofá donde recibían, sin venir a su encuentro ;

cuando llegó cerca de ellos, le extendieron la mano y, la invitaron a sentarse.

Celina, después de abrazar y de besar tiernamente a Ruth, a quien amaba desde niña, la invitó a sentarse a su lado ; y, luego, presentó Héctor a Matilde, porque podía decirse que no se conocían :

—¿ Tu hijo ? ; es ya un hombre—dijo *la leona* con voz ronca y pausada, mirando fijamente al mancebo, como si quisiera enfermarlo, comunicándole un extraño maleficio ;

éste, no se apercibió porque la figura de Ruth, lo había como deslumbrado, y, sólo



se ocupaba de mirarla, respondiendo a la presentación que su madre le hacía ;

la impresión de belleza que se escapaba de ella, era de un poder de sugestión tan completo, que todos la miraban, sin acertar a apartar sus ojos de tan divino objeto de contemplación ;

nadie la conocía, porque la insignificante *hija de Pilarsita*, que todos habían visto cuando niña atravesar las calles del pueblo, no auguraba ser la criatura espléndida, que se mostraba a los ojos de todos, en esa atmósfera de transfiguración ;

armoniosa, serena, hierofántica, su figura era la de un divino mármol animado ;

sus ojos ovales, de un gris opaco de sardonias, parecían dos flores magnéticas, que se iluminasen y, se moviesen por el influjo de un astro muy lejano.

Héctor, entrecerró los ojos, como si hubiese querido aprisionar en ellos, el esplendor de aquella aparición.

—¿ No te acuerdas de Ruth ?—le dijo su madre, notando la impresión que aquella le causaba, y acariciando cariñosamente,

la cabeza de la joven, que se inclinaba con la languidez de un nenúfar.

—Sí—dijo éste, ensimismado—; vagamente la recuerdo ;... era tan niña.

—Yo, quería venir antes—dijo la joven, como si no hubiese escuchado esas palabras— ; pero, la madrina no quiso ;... se lo supliqué tanto...

su voz tenía, un ligero temblor de arpegio, que vibrara en el aire ;

era una voz tan baja, que tenía que prestársele mucha atención para oírla ; se diría que quería hacerse perdonar, el hacer conocer al mundo, ese instrumento de divina armonía que era su voz ; una de aquella voces, que después de haberlas escuchado, quedan largo tiempo vibrando en nuestros oídos, y, a veces en el silencio de las noches, nos parece oírlas sonar, como si cantasen extrañas canciones languidecientes ;

en torno de *la leona* se había hecho el vacío ;

uno a uno o por grupos, aquellos que rodeaban a la viuda y, al huérfano, se fueron alejando, hacia el salón donde el muerto parecía esperarlos, rodeado de sus coronas.

Sergio Torrella, y, su familia, se habían agrupado en torno a la anciana señora de Pedralbes, que había querido partir a la aproximación de aquella que había matado su hijo ;

toda la plana mayor del pedralbismo, y, el rujelismo que había encabezado Torcuato Mendoza, hicieron un vacío inmediato en torno a aquella por cuya causa casi todos ellos, habían tenido que verter alguna lágrima.

Matilde Rujeles, se sentía ahogar en aquel silencio hostil, y, pretextando la necesidad de tomar aire, se puso en pie, dió su manto de lana a Ruth, para que lo tuviera, y, apoyada en el brazo de Tomás, atravesó el salón y se dirigió al corredor a donde varios hombres conversaban ;

al verla pasar, las alusiones desobligantes menudeaban ;

al llegar frente al muerto se santiguó de nuevo, y, lo miró fijamente, como para convencerse de que estaba bien muerto y, no era una alucinación ;

llegando al corredor, se acercó a un grupo de viejos rujelistas que conversaban, haciendo el gesto de no verla llegar, y, les



dirigió la palabra tuteándolos, como en tiempos de su antiguo Señorío.

—Estaréis muy tristes por la pérdida de vuestro jefe ; era un hombre muy inteligente—les dijo.

—Es verdad—respondió el más anciano— ; pero, nos queda el hijo, que anuncia ser tan gran jefe como su padre.

Matilde se mordió los labios, y dijo con su voz ronca, de sochantre :

—Es muy joven, para ser jefe.

—Otros lo han sido tan jóvenes, como él—dijo uno de los del círculo, con ademán un poco agresivo, añadiendo— ; Leoncio Pedralbes, tenía poco más o menos esa edad, cuando heredó de su padre la jefatura...

—Y, era tan joven cuando fué villanamente asesinado—dijo otro, con una voz rencorosa, que era como un dardo lanzado contra *la leona* ;

ésta, palideció, entornó más los ojos tétricos, y, dijo, como si nada hubiese oído :

—El muerto valía mucho...

—El, salvó a *Sierra Negra*, de la anarquía—dijo un viejo, balbuciente por la edad, añadiendo— ; y, su hijo completará

la obra ; será un gran caudillo ; es el último Rujeles.

—¿ Y, Tomás ?—iba a decir *la leona*, pero ahogó la palabra delatora y, dijo— : ¿ y, yo ?

—Hablamos de los hombres, únicos que pueden ser jefes de hombres—dijo el viejo, con autoridad y, con desdén ;

*la leona*, empezaba a desconcertarse, cuando felizmente para ella, don Fausto se acercó al grupo.

Matilde, se apresuró a darle el pésame, con gran solemnidad, y, aprovechó la ocasión, para presentarle a su *ahijado*, Tomás Laguna, como el mozo más inteligente, más serio y más valeroso de *Sierra Negra*, el único capaz, de ser jefe del ruje-lismo, una vez que Héctor, no podía preocuparse de eso, por tener que residir en la Capital, terminando su carrera ;

don Fausto, que no amaba a *la leona* después de las tres tentativas de asesinato, contra Torcuato Mendoza y de las cuales se sabía que ella había sido la instigadora, quedó asombrado ante la audacia de esa presentación, y mucho más ante la absurda pretensión de que aquel bastardo insolente quisiese suplantar a su nieto, en

el puesto social y político que le pertenecía de derecho, y sólo dijo, muy cortés :

—Señorita : la ocasión es bien triste para hablar de eso ; sin embargo, nuestros amigos han convenido ya en que Héctor ocupe el puesto de su padre ; él, dirigirá la política y, yo, lo ayudaré con mis consejos.

—Y, ¿ no vuelve a la capital ?—dijo Matilde, visiblemente alarmada ante la idea, de que los Mendozas, continuaran en ejercer la jefatura del rujelismo, bajo la dirección de don Fausto, político tan avezado y de tan alta categoría.

—No sé—contestó el viejo abogado— ; su madre decidirá ; yo, no creo prudente que se ausente, ahora que circulan tan persistentes rumores de guerra ; y, se alejó haciendo una gran reverencia, obligada y fría ;

*la leona* quedó en el corro, hablando de los aires de revuelta que pasaban por el país, anunciando una próxima tormenta, y, ante la sola idea de que la guerra civil estallase de nuevo, después de tantos años de paz, y la sangre volviese a correr, como ella la había visto en su juventud, su voz se hacía cálida y, vibrante, sus ojos



irradiaban de un fuego extraño, los cartílagos de sus narices se dilataban como los de una leona verdadera al olor de la sangre, y, sus manos ensayaban gestos de garras enfurecidas ;

el cura que pasaba en ese momento, se detuvo ante ella, y la saludó con una inclinación de cabeza ;

ella, no amaba a ese clérigo, inteligente y, letrado, que se había adherido a la política de Torcuato Mendoza, había colaborado en sus periódicos, y era su brazo derecho en asuntos electorales, y, así cuando lo vió detenerse, tomó su aire de reina en destierro, y, después de contestar su saludo le dijo :

—¡ Qué Jefe há perdido usted !...

—Lo hemos perdido todos ; era un hombre admirable ; *Sierra Negra*, lo llorará eternamente—dijo el cura, dejando caer lentamente las palabras, seguro del efecto que ellas hacían.

—*Sierra Negra*—dijo *la leona* con un gesto despectivo en los labios— ; olvida sus bienhechores con mucha facilidad ; todos los míos se han sacrificado por ella, y, ella, no se acuerda ya de sus defensores ;

—Sí, se acuerda y continúa en amar sus descendientes, por eso llora hoy con Héctor Mendoza, la muerte de su padre, y, lo reconoce ya como su jefe.

—¿A ese niño?

—No hay otro heredero de los Rujeles, que él, ¿verdad?—dijo el cura con una intención regulada y fría, mirando alternativamente a Matilde y a Tomás; y añadió:—Si usted hubiera tenido hijos...

*la leona*, enrojeció, no de pudor, sino de cólera, y mirando al cura con un rencor creciente, replicó, señalando a Tomás:

—Pero, he adoptado éste.

—Sí; pero ése no es un Rujeles—dijo el cura, para acabar de exasperarla.

Tomás, miraba torvamente al clérigo, enarcadas las cejas, lívido el rostro; visto así aquel bruto, era amenazante;

el cura se alejó, haciendo una reverencia...

Matilde continuó en hablar de política, ante un círculo cada vez más escaso;...

su voz, era la única que interrumpía la majestad del Silencio...

cuando ella callaba, ese Silencio se hacía tan profundo, como el de un estuario,

en cuyo fondo las olas tienen pesadeces mortales de quietud ;

algunas familias que empezaban a regresar al pueblo, desfilaban por el corredor donde Matilde discurría en alta voz ;

era tan raro ver *la leona* fuera de su madriguera, que las gentes gozaban en pasar cerca de ella, para contemplarla, como un espectáculo extraño, que acaso no volverían a ver :

— ¡ Qué vieja está !—decía una Señora que la había conocido en sus mocedades.

— Y, ¡ qué gorda !...

— Es la sangre que ha bebido...

y, se alejaban, rememorando los crímenes de *la leona*, en aquellos años ya distantes, en que salía en las noches, a caballo, seguida de sus peones armados, para asaltar el cortijo de algún enemigo, o asesinar otro en un camino ; y, el nombre de las víctimas, salía de aquellos labios como un rosario de gotas de sangre, desgranado en la noche...

todo un pasado de lágrimas y muerte, surgía ante aquellas almas, a la sola evocación del nombre de *la leona*, y, parecía que la atmósfera misma, se hacía pesada de horror ;



clareaba ya el alba, cuando Matilde, y sus *ahijados* abandonaron el *Retamal*;

el repiqueteo de las campanillas de las mulas enjaezadas de su coche, anunciaron al pueblo, el paso de *la leona*, cuyas palabras y, actitudes políticas, recientísimas, empezaban ya a sembrar inquietud en los espíritus;

los grupos de mozos, que regresaban del *Retamal*, y los de trabajadores, que se dirigían a las labranzas, miraban pasar el coche, con miradas agresivas, y, si les pasaba muy cerca, amenazando atropellarlos, llenaban de invectivas a Tomás que iba guiándolo;

miradas de hostilidad, gestos de amenaza, y, largos silbidos, siguieron al carruaje, hasta que se perdió de vista en los primeros recodos del camino y dejó de verse el fanal rojo, que llevaba en la parte posterior, y el cual desapareció entre los matorrales que bordeaban la vía, como el ojo de una bestia carnícora que entra en su cubil.



\* \*

*La leona* entró en su soledad, hecha más feroz, por las humillaciones que según ella, acababa de recibir ;

no había podido engañarse, sobre el vacío que se había hecho en torno de ella, y, sobre la atmósfera de rencor y de hostilidad, que la había rodeado ;

sus sobrinos la habían recibido con una frialdad, que era casi una repulsa ;

la familia de los Pedralbes, se había aislado de ella, como de un contagio, volviéndole la espalda con desdén, como si no temiese ya, la sombra de sus garras ensangrentadas ; los más jóvenes, que la veían por primera vez, la habían mirado



fríamente, cara a cara, escupiéndole su odio como una saliva, y, ella se había turbado ante esos ojos inocentes, a los cuales parecía asomarse el alma de todos los muertos que ella había hecho o había mandado hacer en el corazón de esa raza devastada por su mano ;

los rujelistas, no habían tenido para ella, ninguna clase de atención, rechazando abiertamente sus pretensiones, a dirigir de nuevo la política, y a establecer otra jefatura que no fuera la de Héctor Mendoza ;

el recuerdo del cura y de su faz agresivamente burlona, al preguntarle por qué ella no había tenido hijos, la exasperaba todavía ;

haber visto por todas partes a Tomás, que era su adoración y su esperanza, rechazado como un espúreo, por aquellos a quienes trataba de imponerlo como un jefe, llevaba su exaltación a los últimos límites ;

pero, lo que la colmaba y, la hacía extravasarse, como una copa de veneno, era el recuerdo de las atenciones que Celina Rujeles, había tenido en su presencia, con la vieja madre de Leoncio Pedralbes, la *Do-*

*lorosa*, como la llamaban en el pueblo, y, a la cual había dado el brazo, para llevarla al comedor a restaurarse, y, le había cedido el puesto de honor en todas partes ;

aquella anciana alta, pálida, demacrada por los años y, por los dolores, había pasado cerca de ella, haciendo el gesto ostensible de no mirarla como para no manchar sus ojos con la vista de aquella, cuyas hordas, habían asesinado a su marido en un motín electoral, y, cuyas manos, habían asesinado a su hijo, en una emboscada cobarde ;

ese fantasma doloroso que parecía pedirle cuenta de sus crímenes, no conmovió su corazón sanguinario, y, antes bien pareció exasperar su odio atávico y la fatalidad asesina de su temperamento, condensada ahora, en una sola persona : Héctor Mendoza ;

vagamente, confusamente, pero tenazmente, ella, odiaba en él, a un Pedralbes ;

sin saber, ni poder sospechar siquiera, que fuese el hijo de Leoncio Pedralbes, a quien ella, había asesinado, para castigar su amor, que creía absolutamente romántico por Celina Rujeles, odiaba a ese que

para ella era el hijo de Torcuato Mendoza, con un odio torvo y violento, que emulaba y tendía a superar a aquellos que había sentido en otros tiempos por los Pedralbes y, que la hora crepuscular de su edad, hacía más violento, como todas las pasiones últimas, que tienden a hacerse únicas, con la formidable crepitación de una llama que va a morir ;

y, ya no pensó, sino en impedir de todas las maneras, que Héctor Mendoza, bajo la dirección de don Fausto, ejerciera una jefatura que le pertenecía a ella ;

y, para eso empezó todos los trabajos que su dinero y sus intrigas le permitían, para dividir el rujelismo y perpetuar la agitación política en *Sierra Negra* ;

apenas pasados los funerales de Torcuato Mendoza, ya empezaron a hacerse sentir por todas partes, las garras de *la leona*.

Tomás, erigido en *Condottiere* de aquellos peones analfabetos a quienes embriagaban para el crimen, como un rebaño a quien se inoculara la rabia, empezó a hacer incursiones amenazantes, en los campos, circunvecinos ;

los potreros del *Chicorial*, que Matilde



había querido vender, y a lo cual Torcuato Mendoza, se había opuesto, fueron el teatro de las primeras violencias ;

los arrendatarios, mantenidos allí contra el querer de *la leona*, fueron expulsados, y, los que se opusieron, fueron cazados como reses bravías ;

esto, soliviantó al pueblo, que empezó a inquietarse, porque vió ya la reaparición de la vieja política de fuerza bruta y, de terror, y, comenzó a mirar de nuevo, con odio, hacia la *Almudena*, donde veía alzarse otra vez, inquietante y vengadora, la silueta de *la leona* ;

don Fausto, resolvió cortar por lo sano, hizo abrir un sumario, y, para apoyar las decisiones del juez, hizo venir una compañía de tropas de la capital ;

por sentencia judicial, los arrendatarios del *Chicorial*, fueron repuestos en su dominio usurpado ; fueron condenados a prisión y, enviados a ella, los que habían disparado sobre los campesinos inermes, y, Tomás, cuya responsabilidad, no pudo ser bien probada, merced al silencio obstinado de sus cómplices, fué condenado a seis meses de cárcel, que fueron condonados

por una multa cuantiosa, que Matilde Rujeles, se apresuró a pagar ;

estas cosas acababan de sulfurar a *la leona*, que no cesaba de gritar en todos los tonos, contra la dictadura de los Mendozas, que querían arruinarla, en beneficio de los Pedralbes, a los cuales estaban miserablemente vendidos ;

como una estrella límpida, en un cielo encapotado de tormenta, un albor de idilio, se esbozaba en el fosco corazón de esa tragedia ;

la aparición de Ruth Laguna, en el camino de Héctor Mendoza, había tenido el resplandor desconcertante de una anunciación ;

no se habían visto, y, no se habían hablado, sino durante las horas escasas, que *la leona* pasó en el *Retamal*, la noche en que velaban, el cadáver de Torcuato Mendoza ;

habían sido horas de deslumbramiento ;

ante un ser así, de tan excepcional belleza, el mundo se hace maravillado y, maravilloso, cuasi irreal, como si la perfección vista en ese grado, lo hiciese evaporarse y perinclitar, como un miraje de

aguas, en el cual muriese el corazón de un sol ;

él, no ignoraba el origen bastardo de aquella virgen, que colindaba con su raza, por nexos que no podían nombrarse ;

y, veía, cómo, el extraño germen de sangre cruel y, bárbaro que había corrido como un río de lava, de generación en generación, por las venas de los Rujeles, se hacía en aquel cuerpo portentoso un elemento exquisito de gracia y de belleza ;

los atavismos siniestros y, enloquecidos de su raza materna, se hacían sobre su frente, bellos, como una corona de asfodelos, sobre la frente de una Diana, que haroto su carcax, y, atraviesa el bosque, soñadora y, melancólica, sin flechas y sin jaurías ;

las hembras de los Rujeles, todas habían sido bellas de una belleza inquietante y fiera, hasta *la leona*, en su aureola de sangre y de exterminio ; pero, ésta, las superaba a todas, por el prestigio enigmático de su hermosura, tan extraña, como esas rosas parásitas, nacidas sin raíces en el turbio corazón de las aguas solitarias ;

habían sido horas de contemplación, esas en que se habían visto, cerca al cadá-



ver de Torcuato Mendoza, como dos ninfeos inclinados sobre una urna mortuoria, recibiendo de la vecindad de la Muerte, una mayor intensidad, de sensaciones, que la que pudieran comunicarle, todas las cosas frágiles y, precarias de la Vida ;

mientras Matilde Rùjeles, hablaba de política, y, Celina atendía en el comedor a aquellos que habían venido a acompañarla en su duelo, ellos habían quedado solos, en el corredor de la casa, que daba sobre el campo ;

los jardines, se hacían blancos de rosas, que se abrían una a una, apareciendo como una procesión de primeras comulgantes, venidas para rezar sobre el catafalco del muerto, donde otras tan blancas como ellas, agonizaban en una quietud cineraria, que era un largo gesto de oblación ;

bajo los saudales, que daban una sombra azul de gruta marina, las begonias ofrecían su corazón, rojo como una herida, a la mirada de los luceros, dura y, fría, como el reflejo de corindones estelares aun sin pulir en la cuenca oscura de los cielos ;

sobre los arcaduces somnolientos, los rododendros y, las adelfas se inclinaban como para mirarse en las intermitentes claridades, que el oscilar de los ramajes hacía sobre el cristal taciturno que el viento agitaba de uno como espasmo de fiebre ;

en las avenidas rústicas, la sombra daba a las camelias palideces de cera virgen, y, los crisantemos tenían opacidades ocres, de acantos de un viejo escudo ;

en las fuentes, que mármoles recientes encauzaban, se oían quèrrellar las aguas, cerca a los ánades inmóviles, que hacían el gesto de castigarlas, entreabriendo sobre ellas, alas pesadas de sueño, y tibias de un lánguido calor ;

ingenuos y sin artificios, ajenos a las perversiones estilizadas de la dialéctica amorosa, solo hablaron de cosas, graves ; y, en el temblor de sus voces, había algo inconfesado, que temblaba sin expresarse, como una modulación de olas ;

la magnificencia de los rosales, hacía una como divina aureola a sus almas tímidas, prontas a abrirse en una floración de ensueños y de quimeras, en la primave-

ra de sus corazones, vírgenes aún de toda emoción de amor ;

sus almas cándidas se hacían vastas como los cielos diáfanos que los cubrían y, los campos que los rodeaban, con su verdura interminable ;

un hálito de revelación, pronto a todas las confidencias los rodeaba, y, así supo él, la soledad de aquella virgen que se creía sin madre, amparada bajo el egoísmo violento de su madrina, que la martirizaba, y, las brutalidades de su hermano, que la trataba con la más bárbara rudeza ;

la confesión de estos dolores solitarios, hecha bajo la mansedumbre de las estrellas, que parecían incendiar las enredaderas cercanas, en una floración de convólulos de fuego, conmovió sus almas de tal manera, que cuando Celina vino a buscarlos, porque ya *la leona* partía, halló que ambos habían llorado, y, temblaban aún bajo la emoción de las palabras dichas, y, la ausencia cruel, de aquellas que no alcanzaron a decirse ;

se separaron en silencio, y, al estrecharse las manos, la suya hizo como un gesto de juramento, cual si prometiese en el si-



lencio, proteger aquella virgen desamparada, contra todos y contra todo ;

y, en ese momento, la sombra de *la leona*, que partía, se alzó entre ellos, siniestra y amenazante, como engrandecida por la luz oblicua de un poniente de sangre.





Héctor Mendoza, tenía el alma demasiado noble, para buscar en ese amor algo más que una aventura ;

sin saberlo era un Pedralbes, y, todos los Pedralbes habían sido soñadores, muertos a caza de su ensueño o en pleno epitalamio con él ;

en la suya, como en toda alma heroica, el ensueño, era un motivo de acción, no de quietud ;

y, había un pigmento heroico, en ese amor, que se abría como una rosa indefensa bajo las garras amenazantes de *la leona* ;

y, una ráfaga de orgullo, hacía erguirse



desafiador ese amor en su corazón, como un joven laurel, hacia cielos de victoria ;

su amor, era un reto a *la leona*, y, por eso centuplicaba su ardimiento, como un vino capcioso, de aquellos que se beben al pie del Vomero, y, que parecen extraídos de una vid de lavas, crecida en las entrañas mismas del Vesubio ;

era una sensación, deliciosa y exaltante, esa de disputar a la fiera, una flor nacida en sus dominios, y crecida bajo el patrocinio de sus garras ;

ciertos amores parecen nacidos no en nosotros, sino con nosotros, tal es lo fulmíneo de su revelación ;

tal así ese amor embriagante, que había nacido en ellos, en esa noche de muerte, en que los rosales tenían la palidez insólita del cadáver que velaban, y los narcisos parecían haber bebido todo el Olvido que como un filtro penetraba en el alma inerte de las cosas ;

diríase que un largo pasado ya fatigado de vivir, estuviese en ellos, sin conciencia del presente, en marcha a un lejano porvenir sin auroras...

el Destino que unía sus almas, en un esposalicio misterioso, ante un altar invis-

ble, sin otros ídolos que sus corazones, parecía haberles dicho ya, todos los himnos de sus liturgias, en nupcias anteriores, a través de siglos fatigados de odios ;

nada podían contra la Fatalidad torva, que los aproximaba el uno al otro, en una hora impensada, ofreciéndoles la misma copa llena del licor combustible, hecho ya llamas, y, los obligaba a beberla, seguros de la inutilidad de toda rehusa y lo absurdo de toda rebelión ;

¿ dónde se habían hallado antes sus almas, que al encontrarse fueron la una hacia la otra, como llevadas por el mismo viento de Fatalidad, sin poder esquivarlo ni vencerlo ?

todas las atmósferas intermedias desaparecieron, las apariencias se borraron para dar lugar a la única Realidad tangible : el Amor ;

como si se hubiesen llamado con voces inaudibles hasta entonces, sus corazones se oyeron y se juntaron, en vuelo hacia la misma cima ;

se separaron amándose ;

no pudiendo verse de nuevo, se escribieron ;

todo siervo es corrompido y corruptor, como un miasma ;

no tuvo él, que hacer grandes esfuerzos, para hallar entre los de la *Almudena*, aquél que llevara sus cartas a Ruth, a pesar del temor casi supersticioso, que Matilde Rujeles inspiraba a su servidumbre ;

y, una correspondencia cuasi diaria, se estableció entre los dos jóvenes, con gran inquietud por parte de Celina Rujeles, que no ignoraba nada, y, temía grandemente por la suerte de su hijo, pues sabía de todo lo que sería capaz *la leona*, si llegaba a descubrir esta correspondencia ;

y, eso no tardó en suceder ;

pero, *la leona* no rugió alto ;

guardó su cólera para la emboscada, y aguardó en acecho ;

ordenó a su *ahijada*, escribir una carta a Héctor, dándole una cita para la noche, en los jardines de la *Almudena* ;

la joven rehusó hacerlo ;

*la leona* en furia, la abofeteó, le mesó los cabellos, la arrastró por el suelo, y, la encerró medio desnuda, en una habitación sin luz ;

imitando torpemente la letra de Ruth,



con la suya, indómita a toda elegancia, como su estilo, escribió a Héctor dándole cita, en la noche, para el lugar mismo en que ella había ultimado a Leoncio Pedralbes, y, que era por lo solitario y, umbrío, el más a propósito para estas emboscadas ;

felizmente, el siervo que llevaba las cartas, pávido ante la actitud de *la leona*, que lo había descubierto se refugió en el *Retamal* denunciando la acechanza, que a Héctor se preparaba.

Celina, sintió todo el pavor rencoroso de los antiguos días, renacer en su corazón ;

y, vió la vida de su hijo, amenazada en esa aventura ;

mas, ¿ cómo decirle la verdad ?

optó por contarle lo que la tradición decía, y, señalarle el lugar trágico donde Leoncio Pedralbes había sido asesinado por *la leona*.

Héctor, no fué a la cita y, *la leona* burlada, acrecentó su cólera, descargándola, contra la niña indefensa, que tenía prisionera en su oratorio ;

los ecos de este tormento llegaban hasta el *Retamal*, y, ocasionaban en *Sierra Ne-*

*gra*, los más duros comentarios, empezando a hablarse de una expedición a la *Almudena*, para rescatar la joven y, pedir su depósito en una familia honorable del lugar ;

pero los síntomas de guerra civil, hacían ya difícil esa expedición, porque *la leona* había empezado a armar sus arrendatarios, y, sus bandas a las órdenes de Tomás Laguna, hacían incursiones peligrosas hasta los prados aledaños al pueblo, con el pretexto de perseguir un abigeato, que ellos y no otros ejercían ;

la atmósfera política se hacía densa, y un halo trágico se diseñaba ya en el horizonte, dándole el siniestro color de una aurora de sangre...

no era aún la guerra, pero era una calma brumosa y pesada, obscurecida por una sombra trágica ;

las madres empezaban a temblar, y, despertaban en la noche, poniendo oído atento a los menores ruidos, como si sintiesen ya las hordas desalmadas de *la leona*, atacando a *Sierra Negra* ;

volvían los tristes días y las largas noches de la inquietud constante ;

en el *Retamal*, se hacían también apres-

tos bélicos, esperando el rayo que anunciara la aparición de la tormenta.

Héctor, había suspendido definitivamente su vuelta a la capital, donde la Escuela Militar, se había cerrado ;

venía con frecuencia al pueblo, donde de acuerdo con Sergio Torrella, y sus partidarios, trataba de seguir una política, que ahorrara al pueblo los terribles horrores de la guerra, pero que lo pusiera también a cubierto de las probables tentativas de dominio de *la leona*, que empezaba ya a hablar de *reconquista*, amenazando arrasar todos los campos, haciendo una sola ruina desde el pueblo hasta el *Reta-mal* ;

la atmósfera era casi irrespirable, para los poquísimos partidarios de *la leona* en *Sierra Negra*, que permanecían encerrados en sus casas, maldiciendo *in pecto*, la política temeraria de aquella que había roto la era de armonía que había reinado en el pueblo durante veinte años, y venía con sus fanfarronadas imprudentes, a desatar sobre ellos, tan recias amenazas.

Tomás, solía venir al pueblo, con aire bravucón, escupiendo por el colmillo y,



armado de todas armas, luciendo, como arreo militar, una especie de dolmán, fabricado por su *madrina*, para que cómpitiera con el uniforme de Héctor; esa prenda estrafalariamente fabricada, hacía reír las gentes, y, sulfuraba al gañán tan burdamente disfrazado;

uno de esos días, Héctor había ido al pueblo;

había dejado su caballo en la posada, y, conversaba en una esquina, con jóvenes amigos suyos.

Tomás Laguna, que acababa de llegar, se le acercó y lo llamó aparte.

Héctor se retiró con él.

Tomás, sacando del bolsillo la última carta que Héctor había escrito a Ruth, y que él, y *la leona* acababan de arrancar a la joven después de mil tormentos, le preguntó indignado:

—¿Tú has escrito esto?

—Sí—respondió Héctor, fríamente.

Tomás, levantó el brazo para abofetearlo:

Héctor evitó el golpe, y con el foete que tenía en la mano y que era la única arma que llevaba, azotó rudamente a su adversario;

se oyó un tiro :

Héctor cayó al suelo ;

y, Tomás escapó veloz, montando en su caballo que un peón, tenía de la brida en la esquina de la plaza ;

del grupo de jóvenes, unos fueron en auxilio de Héctor ; otros salieron en persecución de Tomás, que huía a toda carrera de su cabalgadura.

—Si no lo matas, no vuelvas—le había dicho *la leona*, al acompañarlo hasta la puerta, de la *Almudena* ;

y, él, volvía, seguro de haber matado a su rival.

Héctor, recogido exánime, fué llevado a casa de los Pedralbes ;

la indignación del pueblo no tuvo límites ;

las casas de los leonsistas, como llamaban ya a los partidarios de Matilde Rujelles, fueron asaltadas y sus moradores tuvieron que huir, refugiándose en la *Almudena* ;

partidas de mozos a caballo, partieron en persecución de Tomás Laguna, ilegando hasta las goteras de su casa, sosteniendo un verdadero tiroteo, con sus siervos armados ;

*la leona*, feliz, de respirar de nuevo esa atmósfera de combates, se mostró sobre los muros del jardín, insultando a sus contrarios ;

pero, su gozo duró poco ; pues no tardó en saber que la herida de Héctor no tenía gravedad ninguna, un ligero rozamiento en la tetilla izquierda, que curaría prontamente.

Celina Rujeles, venida a la cabecera de su hijo, lo llevó al *Retamal*, con mil precauciones ;

la convalecencia fué corta ;

quince días bastaron para el completo restablecimiento del herido.

Héctor, se opuso a que se siguiera contra Tomás Laguna, ninguna acción judicial, reservándose el exquisito placer de hacerse justicia con su mano ;

cuando su madre lo oía hablar así, miraba con un odio ciego hacia la *Almudena*, repitiendo mentalmente, el juramento trágico : «No lo olvides, leona ; nuestro duelo, es a muerte ;... ojo por ojo... y diente por diente.





Antes de ponerse en pie Héctor Mendoza, definitivamente curado de su herida, la guerra civil había estallado en el país con caracteres terribles, y, había llegado a *Sierra Negra*.

Sergio Torrella, había armado sus partidarios, y los rujelistas de Torcuato Mendoza, se habían armado también, esperando que Héctor, completamente curado estuviese en actitud de ponerse a su cabeza ;

eso sucedió bien pronto, y ambos antiguos partidos lo reconocieron como jefe

militar, vistos sus conocimientos tácticos, adquiridos en sus años de estudio ;

aprovechando los primeros días de desconcierto, las bandas de Matilde Rujeles, habían hecho dos ataques a la población, casi sola porque los rujelistas y pedralbistas se organizaban en el *Retamal*, y, penetrando en ella, habían cometido las peores tropelías, asesinando a niños y ancianos indefensos ;

las huestes de Héctor Mendoza las pusieron bien pronto en fuga, rechazándolas más allá del río ;

y, la *Almudena* fué sitiada ;

la leona acosada en su madriguera, centuplicaba su ferocidad :

—Yo arderé tu matorral—le había gritado Héctor, una vez que la vió aparecer sobre los muros, con una carabina en la mano ;

y, cumplía su promesa ;

la *Almudena* ardía ;

los pinares que la circundaban habían sido incendiados, así como los trigales, aun los más lejanos ;

la llanura era un mar de fuego ;

los sitiados no tenían manera alguna de escapar ;

en el momento culminante del incendio, el coche de Celina Rujeles, paró a las puertas de la *Almudena* ;

*la leona* que la vió, le gritó estrangulada la voz por el coraje :

—¿Vienes a defendernos? no tenemos necesidad de ti ; vete ;

y, miró a todas partes como buscando quien disparara sobre ella ;

pero era tarde, la escasa turba de arrendatarios estaba ya vencida o vendida, y, habría disparado mejor contra *la leona*.

Celina Rujeles, venía allí de acuerdo con su hijo, para salvar a Ruth, que estaba encerrada en el Oratorio ;

en ese momento, los asaltantes hicieron irrupción saltando los muros.

Tomás Laguna, vencido en todas partes, y acosado por el incendio, se había refugiado en el corredor.

Héctor Mendoza, apareció a poca distancia sobre el muro ;

saltó a tierra y avanzó...

—A él, Tomás, a él—gritó *la leona*, con una voz ronca, que era un rugido.

Tomás apuntó con su rifle ; y disparó ; marró el tiro...



y, cayó atravesado el cráneo por el tiro certero de Héctor Mendoza.

Celina Rujeles, que venía en ese momento de libertar a Ruth, que la seguía, vió a su hijo indemne, y a *la leona*, que aullaba de rodillas abrazada al cadáver de Tomás que yacía por tierra :

—Llévatela—dijo a Héctor entregándole a Ruth ;

éste montó a caballo y desapareció con ella ; entre los resplandores del incendio ;

cuando Celina, llegó cerca de Matilde Rujeles, ésta continuaba en gritar algo ya ininteligible, abrazada al cadáver de su hijo ;

al ver a Celina, articuló claramente : Mi hijo, mi hijo...

—Ya lo sabía yo—dijo Celina, y añadió— : Confesión, por confesión ; ¿sabes quién ha matado tu hijo?... mi hijo, el hijo de Leoncio Pedralbes ;... engendrado en mi vientre de Rujeles ; a tu hijo lo mata el hijo de Leoncio Pedralbes a quien tú mataste ;... leona, yo te lo dije, nuestro duelo es a muerte ; ojo por ojo y diente por diente ;

*la leona* estupefacta, parecía no oírla ; los ojos extraviados, la boca horriblemen-

te torcida y cubierta de espuma ; todo el rostro contraído y asqueroso de mirar ; acababa de ser herida por una repetición de la hemiplegía de la cual estaba amenazada...

el incendio marchaba ;  
su voz lo dominaba todo ;  
crepitaban los pinares ;  
se iluminaba el jardín de una luz sinies-  
tra ;

las llamas asomaban ya por sobre los barandajes del corredor...

*la leona*, abrazada al cadáver de su hijo, veía avanzar sobre ella el fuego, pero no podía huir, no podía moverse ; la parálisis la inmovilizaba.

Celina, hubiera podido salvarla con sólo arrastrarla hacia el patio, fuera del corredor que principiaba a incendiarse ;

pero, no lo hizo ;  
vió indiferente, el fuego que ganaba las enredaderas secas ;

vió volar sus hojas incendiadas ; llegar a *la leona*, arderle el traje ;

y vió la tromba de llamas que la envolvía...

entonces volvió la espalda a *la leona* que rugía devorada por las llamas ;

había apenas descendido la escalinata desvencijada, y llegaba a la reja del jardín, cuando oyó el ruido de la casa incendiada que se derrumbaba, sepultando en sus escombros *la leona* y su cachorro.

FIN

LECTOR :

Si este libro te agrada, no lo prestes. Porque restándome compradores, agradecerías el deleite que me debes, devolviendo mal por bien.

Si este libro no te agrada, no lo prestes. Porque obra insensatamente quien propaga lo malo.

Prestar un libro es un gran perjuicio para el autor que cobra derechos por ejemplar vendido.



RARE BOOK  
COLLECTION



THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA  
AT  
CHAPEL HILL

PQ8179

.V3

C23

1920

OBRAS DE V.  
PUBLICADAS POR LA

Vuelo de Cisnes.

De los Viñedos de la  
Libre Estética.

María Magdalena.

Sombras de Águilas.

El Final de un Sueño  
Salomé.

La Ubre de la Loba

Ibis. (*Edición definitiva.*)

Las Rosas de la Tarde

Flor del Fango. (*Edición definitiva.*)

Cachorro de León.

La Simiente. (*Edición definitiva.*)

Sobre las viñas muertas

Alba roja. (*Edición definitiva.*)

Aura o las Violetas.

Los discípulos de Emaüs. (*Edición definitiva.*)

El camino del Triunfo. (*Edición definitiva.*)

La Conquista de Bizancio. (*Edición definitiva.*)

El Minotauro. (*Edición definitiva.*)

La Demencia de Job. (*Edición definitiva.*)

Los Parias. (*Edición definitiva.*)

De sus lises y de sus rosas. (*Edición definitiva.*)

La voz de las horas. (*Edición definitiva.*)

Archipiélago sonoro. (*Edición definitiva.*)

Lirio blanco. (*Edición definitiva.*)

Huerto agnóstico. (*Edición definitiva.*)

Lirio rojo. (*Edición definitiva.*)

Lirio negro. (*Edición definitiva.*)

